

Amador Moya

UNA NOVELA DE INTRIGA

El Administrador de Fincas

En la cuerda floja



EL ADMINISTRADOR DE FINCAS
EN LA CUERDA FLOJA

Amador Moya

El Administrador
De Fincas
En la cuerda floja

© Por Amador Moya, 2019
Registro: 1904120633126
Todos los derechos reservados

Diseño: Editorial MIC
Corrección: Pau Almenar Subirats
Fecha de edición: mayo de 2019

www.afmoya.com
f @intrigaymisterio

DEDICATORIA

*Dedico este libro a todos mis compañeros de profesión.
El administrador de fincas es una figura muy importante para el desarrollo
de la actividad vecinal.*

*Su labor está pensada para ayudar y facilitar la vida al administrado.
Desde aquí, quiero rendir un homenaje a estos profesionales que trabajan
cada día para servir a los demás.*

*Con ello, espero poner mi granito de arena para la dignificación de esta
tarea.*

CITA

«Por sus hurtos los conoceréis» Mateo 7.16

ADVERTENCIA

*Debo dejar constancia de que, tanto la historia aquí narrada como los
personajes que intervienen en ella, son enteramente de ficción; por lo tanto,
cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.*

LA REUNIÓN

DÍA 27 DE AGOSTO DE 2018. LUNES. 20:30 H.

La reunión empezó a torcerse desde el principio. No había forma de que la gente se callara y algunos se encontraban muy alterados; entre ellos, el señor Alonso.

A Mariana le extrañó ver tan pocos vecinos pero, luego, se dio cuenta de que los que estaban eran precisamente los alborotadores, los que habían pedido la reunión, y que el resto se habían inhibido.

«Bueno, que sea lo que dios quiera», pensó.

—Señores, si no se callan, doy la reunión por finalizada y nos vamos todos a casa —dijo Mariana gritando y, poco a poco, el silencio fue imperando.

Cuando pudo hacer uso de la palabra, comenzó a explicar los motivos por los que le parecía que no era adecuado tomar una decisión sobre la continuidad de la administradora: «No, hasta que se aclare este embrollo. En estos momentos no hay nada en contra de ella. Si ha tenido algo que ver, yo misma convocaré la reunión de inmediato, os lo prometo», sus palabras apenas se podían oír entre el murmullo de la gente. «Tomar una decisión ahora me parece un disparate, por lo que propongo posponer la toma de un acuerdo y dar por finalizado el acto». Las protestas se hicieron aún más patentes si cabe. Si no era uno, era la otra que gritaban, «¡a votar!», o «¡aquí ¿cuándo se vota?!».

La presidenta observó que Isidoro se encontraba entre los agitadores más activos. Tras una breve reflexión, lo entendió a la perfección. Aquello era más complicado de lo que parecía a primera vista.

«No sabes con quién te enfrentas, amigo mío, esto que estás intentando no lo conseguirás; de eso me voy a encargar yo, aunque tenga que ir puerta por puerta explicando tus miserias a cada uno de los vecinos», se dijo a si misma apretando los dientes, y volvió a intentar hacerse oír en medio del jaleo.

—Hay información que ahora no puedo comunicaros, pero si la supierais, os levantaríais y os iríais todos de aquí; por eso, ¡esta reunión es nula! —dijo a voces.

—Pues dilo ahora, tenemos derecho a saberlo —se oyó a un vecino de la última fila.

—Es mentira —se apresuró el señor Alonso—. No saben nada.

—Lo dice solo para conseguir que no votemos —intervino Isidoro.

Algunos vecinos se miraron entre sí, otros apuntaban hacia las primeras filas de la sala mientras susurraban entre ellos. Se levantó un murmullo de asentimiento, pero en ese momento Isidoro gritó: «¡Aquí hemos venido a votar!» «¡Votemos ya!»

Mari vio la duda en algunos de los vocingleros y pensó que aquella era su oportunidad. Había estado haciendo recuento de los votos posibles en un sentido y en otro, y sabía que con unas pocas abstenciones entre las filas de los alborotadores podía librar la votación a su favor.

—Pues votemos. A ver, yo tengo quince delegaciones de voto aquí sobre la mesa, más los tres votos de los miembros de la junta, todos a favor de la continuidad de la administradora y en contra de la propuesta. ¿Alguno más está conmigo?

Una mujer que había al fondo y que no había alzado la voz hasta el momento, levantó su mano.

—Yo —dijo.

—Bien, diecinueve en total —concluyó Mari tras una leve espera.

—No, yo no voto a favor.

Mari miró a su izquierda. Era el vocal del portal 35. Nunca debió fiarse de él y menos cuando no aportó ninguna delegación de voto. Su mirada fue a posarse en la cara de Isidoro que exhibía una amplia sonrisa.

—Rectifico, dieciocho a favor de la continuidad de la administradora. Veamos cuántos hay en contra.

—Todos los demás estamos en contra —dijo el señor Alonso, que ya se las prometía muy felices.

—Yo me abstengo.

—Y yo.

—Y yo también. —La sorpresa se dibujó en la cara de los dos cabecillas de la reunión.

—Hagamos recuento de los votos en contra de la administradora. —Mari se tomó su tiempo mientras contaba los votos y anotaba la identidad de su procedencia. También tomó nota del origen de las abstenciones como le había advertido Piedad—. Dieciocho también, incluyendo las delegaciones que ha traído el señor Alonso y tres abstenciones —dijo finalmente, sin saber cómo digerir aquel resultado.

—No me has contado a mí —volvió a intervenir el vocal del portal 35.

«¡La madre que te parió!» pensó Mariana mientras veía asomar de nuevo la sonrisa en la cara de Isidoro. «¡Qué hijo de puta traidor!». Y, como por inercia, volvió a repasar la votación para asegurarse, a la vez que crecía la incertidumbre entre los asistentes.

—Bien, diecinueve en contra. Fin de la reunión. Todos a la calle. Pero os anticipo que no pienso hacer efectivo este acuerdo hasta no se resuelva el caso.

—¡Esto es un atropello! ¡Te llevaré a los tribunales! —dijo el señor Alonso dando grandes voces.

—¡No puedes hacer eso! —intervino Isidoro—, ella ya no es administradora desde este mismo momento. No te queda más remedio que ejecutar el acuerdo.

—Votemos ahora para elegir al nuevo administrador —voceó el señor Alonso que veía que era su oportunidad—, yo me ofrezco para el cargo, si me votáis lo dejamos ya acordado.

—¡De ninguna manera! —gritó Isidoro levantándose de la silla muy nervioso, que temía que su plan se podía ir al traste.

—La sesión ya se ha levantado hace cinco minutos —advirtió Mariana de pié y dispuesta para marchar—. Lo que usted pretende no se puede votar en esta reunión, señor Alonso; y en cuanto a lo que se puede o no se puede hacer, señor Isidoro, eso lo iremos viendo poco a poco, ¿no le parece?

Mariana les dirigió estas palabras ya casi saliendo por la puerta. Tenía tal cabreo que se había olvidado de todos los demás vecinos.

Ya en la calle, Francisco apenas podía seguirla. El resultado de la reunión no era lo que más le dolía en ese momento.

LA ESPERA

CAPÍTULO UNO

DÍA 30 DE JULIO DE 2018, LUNES 00:50 H.

Mariana le había dicho a su marido que encontraría al culpable, pero todos sus esfuerzos habían sido en vano.

Durante la última semana, los miembros de la familia vigilaban a los pequeños que jugaban en la zona del patio y jardín comunitarios aunque, finalmente, descartó que fueran los niños, los que se entretuvieran con estas travesuras.

Nunca le había gustado hacer esperas, pero no era la primera vez que las hacía y sabía que, para este cometido, la elección del punto de vigilancia era clave; por ello, eligió para posicionarse las escaleras de salida directa desde el garaje.

Se trataba de unas escaleras de emergencia y nunca eran utilizadas por ningún vecino; es más, la mayoría no sabían ni que existían. Constaban de un solo tramo que conectaba el sótano con el nivel de la calle. Desde allí tenía ante sus ojos todo el jardín y podía observarlo sin que nadie se percatara de su presencia.

Sentada en el tercer escalón y en la más absoluta oscuridad, volvieron a su memoria los recuerdos de los primeros años después de salir de la academia, cuando estuvo destinada en Valencia. Allí, los seguimientos y las esperas eran continuos, no había horarios, a veces duraban varios días y los policías se turnaba para comer y dormir como podían. Su condición de mujer, en un cuerpo en el que escaseaban, la hacía idónea para pasar desapercibida en este tipo de trabajos. El ascenso a subinspectora la había apartado de correr estos riesgos y su posterior traslado e integración en el grupo de Violencia de Género, le suponía una vida más organizada y cómoda.

Ya llevaba diez días metida en aquel agujero esperando pacientemente a que apareciera el protagonista en la escena. No era una obligación. Lo hacía porque quería y, esto, unido a que en casa tenía que aguantar las bromas de sus hijos, provocaba que apareciera el desánimo a cada momento y estuviera a punto de tirar la toalla.

La noche no era buena. El tiempo había refrescado y, tras casi dos horas al acecho, sentía entumecidos los músculos de las piernas y el culo se le había

quedado plano sobre el duro granito donde reposaba. Quizá tuviera razón Francisco, ¿quién le mandaba meterse en aquel berenjenal, pudiendo estar durmiendo en su cama?

El chirrido metálico de la cancela de acceso al jardín la alertó del movimiento, y la sombra de los pensamientos que habían traído la inactividad se disipó barrida de un soplo por la leve brisa nocturna. Allí entraba alguien con un perro pequeño. La silueta se agachó hacia él y, al instante, éste correteó por el jardín. «A ver si la espera ha merecido la pena», pensó.

En seguida el perro, tras olisquear varios rincones, se paró en uno de ellos y, agachándose, se puso a hacer sus necesidades.

En el mismo momento en que el animal acabó de realizar su función fisiológica y siguió con su olisqueo aquí y allá, el miedo a ser descubierta se apoderó de ella. Su escondrijo resultaba impecable para su cometido, pero aquel chucho entrometido podía arruinar sus intenciones y ponerla al descubierto a través de su olfato.

Un característico ruido de carraca la puso sobre aviso. En su preocupación por el animal, había descuidado su atención sobre el humano. El consiguiente giro de cabeza le descubrió a éste incorporándose.

Ahora ya no había duda de quién era el que manipulaba los aspersores del jardín. Lo siguió atentamente con la mirada mientras se desplazaba en la misma línea y comenzaba a tantear en el suelo unos diez metros más acá.

Tras unos minutos, de nuevo el ruido de carraca característico del giro del aspersor. Pero, «¿quién es este tipo?, ¿quizá un vecino del edificio de al lado que la ha tomado con ellos? ¡No puede ser!: ningún vecino de los alrededores se va a arriesgar a ser reconocido en semejante maniobra».

Mientras ella seguía en sus elucubraciones sobre la identidad del sujeto, él continuaba manipulando los terminales de riego. Parecía que conocía de memoria su ubicación, dada la facilidad con que los encontraba en medio de la noche.

Estaba a punto de salir de su escondrijo para identificarlo, cuando el perro se acercó lo suficiente para que lo pudiera observar con detalle. El puzle se recompuso en su cabeza. Aquel animal coincidía con la silueta y los andares de su amo. Ahora, la pareja era sobradamente conocida para ella.

La sombra llamó al perro; su inconfundible voz y el nombre del can alejaron cualquier duda de la mente de Mariana. El animal acudió a su llamada, le puso la correa y ambos se encaminaron hacia el pasadizo que comunicaba con la parte delantera del edificio, donde se encontraba el portal.

Todo empezaba a cuadrar, pensaba mientras se daba un paseo por las inmediaciones para relajar sus piernas y asimilaba la sorpresa recibida.

Ya en la cama, dispuesta para el merecido descanso, su mente volvió a la reunión en que fue nombrada presidenta, no hacía siquiera dos meses.

La conversación con Francisco, días antes del evento, la puso ante la ineludible realidad de asumir su responsabilidad como miembro de la comunidad de vecinos.

—Me ha llamado la administradora esta mañana —dijo Francisco mientras comían.

—¿Debemos algún recibo? —fue la respuesta de Mariana.

—No, es que va a ser la reunión anual y parece ser que nos toca entrar en la junta rectora. Somos los únicos que aún no hemos pertenecido a ella.

—Ya, entonces habrá que acudir, ¿no te parece?

—Sería lo recomendable. Además está ese panfleto que nos ha buzzoneado el del tercero.

—¿Cuál, ése que dice que quiere ser él el administrador?

—Sí, ése mismo. Creo que va a ser una junta “divertida”.

—¿Quién de los dos va a desempeñar el cargo?

—Yo estoy muy liado ahora en el trabajo, así es que, si puedes serlo tú, te lo agradeceré —dijo Francisco.

—Claro, no te preocupes.

Hacía tiempo que Mariana no acudía a una reunión de la comunidad. Cuando llegó, ya estaban todos sentados y a punto de comenzar. Se ubicó en una silla de la segunda fila, justo detrás de su vecino del tercero: desde allí podía observar con detalle su comportamiento y su estética sin que él lo percibiera.

A algunas personas, que no veía habitualmente, le costó trabajo reconocerlas, a pesar de ser sus vecinos. «¡Cómo pasa el tiempo! Vivimos unos al lado de los otros y pueden transcurrir años sin vernos», pensó.

En aquella escena, su vecino le aparecía como un verdadero anacronismo. «Creo que viste la misma ropa que en la última reunión en la que coincidimos, hace no menos de diez años: pantalón gris marengo, chaqueta blazer azul marino cruzada y camisa a cuadros». Siguió observándolo.

Por un momento una duda cruzó su mente: «también podría ser un maniático de ciertas prendas y las renueva cada año con la misma apariencia pasada de moda. Podría ser, incluso, que hubiera comprado varias prendas

iguales y las fuera reponiendo». Pronto descartó tales teorías. «El cuello de su camisa está muy desgastado; los colores de los cuadros, apagados; los brillos de su chaqueta y las erosiones en los bajos de sus pantalones, ponen bien a las claras que son las mismas prendas de hace diez años. Sus zapatos y su corbata lo confirman».

Mariana siguió observándolo mientras el presidente abría la sesión y ponía en marcha la reunión. «Es posible, y hasta probable, que el bigote le haya crecido en todo este tiempo, pero no lo parece porque se mantiene en los mismos límites exactos donde siempre lo ha conservado su dueño. Sin duda, trata de hacer ver que por él no pasan los años. ¡Qué iluso! Basta con mirarle la cara para comprobar que se le ha puesto arrugada como una pasa».

Con la sensación de que su vecino se había quedado anclado en el siglo pasado, se percató de que la administradora comenzaba a explicar las cuentas. Casi de inmediato comenzaron a sucederse las interrupciones del personaje que, a toda costa, trataba de tomar el protagonismo de la reunión.

«Señor Alonso, usted habrá pagado la deuda ayer, pero hace un mes, a fecha del cierre del balance contable, era deudor» le explicaba ella con paciencia.

Tenía colocada sobre sus rodillas una gran agenda que iba repasando con minuciosidad para luego hacer preguntas de las que ya conocía la respuesta: «¿Este siniestro se solucionó?», «¿aquellas baldosas se arreglaron?».

«Señor Alonso, todo eso ya ha sido controlado por este presidente y usted sabe que se ha reparado. Pasemos al siguiente punto del orden del día», le dijo el presidente observando que el resto de vecinos, hastiado, resoplaban y hacían gestos de cansancio. «Pero es que aún me quedan preguntas por hacer» respondió él sin darse por aludido.

El espectáculo tomó nuevo impulso con la llegada del punto referente a la renovación de los cargos de la junta. Haciendo caso omiso de lo que la administradora explicaba con referencia al turno seguido para el nombramiento del presidente y los vocales, se levantó y comenzó a moverse por entre las sillas para hablar con cada vecino pidiendo que lo votasen para el cargo de administrador. Un revuelo se levantó en la sala. Todos lo miraban sin ocuparse del transcurso de la reunión.

El presidente pedía silencio sin que nadie le hiciera caso. «Señor Alonso, siéntese, por favor», repitió varias veces armándose de paciencia y sin resultado alguno.

Los vecinos se sentían molestos, coaccionados por una persona que los

asaltaba en el momento más inoportuno y al que les resultaba un auténtico compromiso decirle que no a la cara.

Uno se levantó de su silla y se plantó ante él para gritarle contundentemente: «¡¡No ha escuchado al presidente!? ¡Siéntese, “coño”!». Todos se quedaron en silencio. El hombre que le hacía frente le sacaba la cabeza. La tensión era máxima. El señor Alonso se dio media vuelta y se fue a su asiento.

Nadie hablaba, pero lo observaban con expectación. Recogió la agenda y el bolígrafo en su inseparable cartera y dijo: «Señores, me van a disculpar ustedes, me tengo que ir. Tengo a mi madre en el hospital y hay obligaciones que son prioritarias».

Sin más se levantó con su cartera colgando de su mano derecha y dejó a los presentes mirándolo mientras se iba por la puerta sin volver la vista atrás. Nadie dijo nada: todos respiraron incrédulos y aliviados.

A partir de ese momento, la reunión volvió a la normalidad. En ruegos y preguntas, la administradora trató de explicar que la información buzoneada por el ausente era falsa y solo perseguía desprestigiarla, pero eso ya no le interesaba a nadie y, en apenas diez minutos, se dio por finalizado el acto con todo acordado por unanimidad. En los corrillos posteriores, no se hablaba del incidente: todos querían olvidarlo.

UN PROBLEMA GRAVE

CAPÍTULO DOS

EL SEÑOR ALONSO y García cerró la puerta de su casa tras de sí y respiró hondo. Aquella mañana se sentía especialmente bien. Acababa de mandarle un correo a la administradora que sabía que no le iba a gustar. Llevaba dos horas redactándolo y le había ocupado cinco páginas. Estaba satisfecho: había quedado perfecto.

Con paso resuelto se dirigió a las escaleras para bajar a la calle, pero se paró de inmediato al recordar que era lunes. Con su vieja cartera colgando de su mano derecha, giró en redondo y se dirigió al ascensor para pulsar la tecla de llamada.

Los lunes tocaba la revisión de la escalera, por lo que subía hasta el último piso y bajaba recorriendo toda su extensión para comprobar si se había cumplido con el trámite de la limpieza semanal. De sobra sabía él cómo funcionaba aquella gente, «si no estás encima de ellos, te la juegan. Laura es una mujer muy simpática, pero me ha costado mucho meterla en vereda y solo a base de vigilarla casi a diario, lo consigo», pensó.

Cuando salió del ascensor en el rellano del séptimo piso, su mirada fue directa a posarse en el rincón de la derecha donde había dejado la semana anterior un palillo de los dientes colocado sobre el rodapié. Desde aquella posición no lograba verlo, por lo que se acercó con paso rápido y «efectivamente, ahí continúa el palillo. Otra semana más sin pasarse por aquí con la fregona. Y mira que sabe que la vigilo, pero a la que la dejo sola, “¡zas!” me engaña; al menos, eso es lo que se piensa, porque yo voy siempre un paso por delante de ella», se dijo muy satisfecho.

Abrió su cartera con habilidad y extrajo la agenda. Acto seguido, busco en el bolsillo interior de su chaqueta y percibió el contacto suave y característico de su inseparable bolígrafo para apuntar la incidencia.

Echó un vistazo rápido al rellano donde se encontraban las puertas de las viviendas sin que apreciara nada más que reseñar y, con la agenda en una mano y la cartera en la otra, enfiló la escalera de bajada iniciando la rutina que tenía mecanizada de semanas anteriores.

Al llegar al sexto escalón de bajada se paró en seco y se volvió para inspeccionar de nuevo el rellano. Aquella era la altura exacta a la que sus ojos

quedaban al mismo nivel que el suelo. Aguzó su vista para detectar el polvo que solía acumularse junto a las paredes.

«Sí, ahí está la confirmación de que no ha fregado este rellano. Seguro que andaba con prisas; a lo mejor se demoró demasiado tomando café y no le dio tiempo a fregar la escalera completa. ¡Está visto que no puedo con ella! Tengo que echarla de aquí porque de mí no se ríe», siguió con sus pensamientos.

Giró sobre sus talones y continuó escaleras abajo, despacio, fijándose a cada paso en las esquinas y los rincones.

El golpe de una puerta al cerrarse lo sacó de la concentración requerida por su labor inspectora. Se detuvo para escuchar. La actividad provenía de, al menos, tres pisos más abajo. Probablemente sería su propio rellano, el del tercero. Miró el reloj. Justo eran las 9:30. «Mi vecina sale todos los días a esta hora para ir a trabajar», reflexionó. «Voy a llegar tarde al juzgado. He de darme prisa».

Reanudó su recorrido sin ser tan exhaustivo, pero parándose de forma sistemática en el sexto escalón de cada primer tramo de escaleras para observar el rellano de cada planta. Cuando llegó al descansillo situado entre el cuarto y el tercer piso se agachó para escrutar con detenimiento uno de los rincones.

«No hay duda. Por aquí ha pasado limpiando porque falta la colilla que le dejé la semana pasada. Las inmediaciones de mi casa las limpia con esmero: ¿se piensa que solo voy a revisar una planta por arriba y otra por abajo? ¡Qué ignorante! Se va a llevar una sorpresa», susurró mientras anotaba la incidencia.

Luego, revisó las plantas que aún le quedaban. Total: tres rellanos sin limpiar aquella semana. Hizo las anotaciones que le quedaban en el mismo portal. Guardó la agenda en la cartera y se colocó el bolígrafo en el bolsillo interno de su chaqueta. Miró de nuevo el reloj: las 9:45. No podía demorarse más porque llegaría tarde al juzgado.

Aligeró el paso para cruzar los casi veinte metros que medía el portal y se plantó en la calle. Cuando se hubo distanciado de la puerta, no pudo por menos de volverse para mirar su placa colocada al lado derecho de la entrada: «Bufete Alonso y García»; y bajo esta leyenda, en letras más grandes, la palabra «ABOGADOS».

«Tengo que reconocer que ha sido una idea genial», pensaba mientras caminaba meneando su cartera al ritmo de su mano. «A cualquiera que la vea

no le quedará ninguna duda de que se trata de un despacho potente formado por varios abogados que podrán solventarle cualquier duda y sobre cualquier materia. El caso es que el cliente entre, firme la hoja de encargo y pague la provisión de fondos; luego ya vendrá todo lo demás».

Caminaba con pasos cortos y rápidos, observando el mundo desde sus escasos ciento sesenta centímetros con la barbilla levantada y su bigotito recortado y recién peinado. Hacía tiempo que había decidido afeitarse la cabeza para disimular su prominente calvicie, por lo que su fino y cuidado bigote era el único reducto de pelo corporal que quedaba a la vista. Su pasado con organizador de grupos marcaba cada detalle de su comportamiento: su caminar dinámico, su meticulosidad y autodisciplina, su obsesión por apuntar en la agenda cada detalle que le ocurría...

De vez en cuando, saludaba de forma ostensible a alguna de las personas con las que se cruzaba. No importaba que no la conociera de nada, él sabía que si era observado desde fuera por un tercero, éste no tendría ninguna duda de que era un abogado bien relacionado que conocía a mucha gente.

—Ahí viene «la Santísima Trinidad», no te pares y sonríe.

A Carlos no le dio tiempo a preguntar. Miró al señor Alonso que caminaba a toda prisa por el pasillo del juzgado y le lanzó una sonrisa a modo de saludo. Su compañero Manuel le saludó efusivamente desde la distancia con voz potente y sin pararse.

—Adiós Alonso, ¿todo bien?

—Todo bien, Manolín. Perdona que no me pare, pero llevo mucha prisa. Me están esperando en el 3.

—Nada hombre, nosotros también llegamos tarde —puntualizó Manuel sin pararse.

—Oye, ¿por qué le has llamado “la santísima trinidad”? —susurró Carlos a su amigo mientras se alejaban del señor Alonso.

—¿No conoces a éste?

—Lo he visto por aquí aunque, si te soy sincero, no sé ni a lo que se dedica. ¿Quién es, un subastero?

—¡Qué va! Es un compañero.

—¿Un abogado?

—Bueno, al menos está colegiado...

—No he coincidido nunca con él en ningún caso.

—Ni coincidirás. —Carlos lo miró con cara de no entender nada; éste,

viendo su sorpresa continuó—. Nadie le conoce caso alguno, pero todos los días lo puedes ver por el juzgado caminando como si tuviera prisa, como si lo esperasen en alguna parte.

—Entonces, ¿de qué vive?

—Tiene una pensión, creo. María, la del 7, se lleva muy bien con él y me dijo que era un prejubilado de Telefónica. Aunque, creo que fue un procurador el que comentó un día que había oído que fue guardia civil. No sé, son rumores.

—¿Y lo de la Santísima Trinidad...? —preguntó Carlos de nuevo, con cara de intriga.

—Sí hombre, tres personas distintas y un solo Dios verdadero —Manuel rio con ganas.

—No lo entiendo...

—Se ha hecho unas tarjetas con el nombre de “Bufete Alonso y García, ABOGADOS”, tratando de simular que es un potente despacho con varios abogados y, en realidad, lo lleva todo él solo desde la cocina de su casa.

—¿No me digas? —Carlos soltó la carcajada comprendiendo la broma de su amigo—. Todo un personaje, por lo que veo.

—No lo sabes tú bien ¡Ah!, y procura no pararte y darle conversación porque, entonces estás perdido —concluyó Manuel a modo de despedida mientras se introducía en el 5 y dejaba a su amigo que siguiera su camino.

Piedad era la administradora del edificio. Lo era desde el inicio, desde que fue entregado por el promotor a los propietarios tras su construcción.

Aquella no era una comunidad normal. Tenía sus peculiaridades y sus personajes como otras muchas de las que administraba, pero lo que la hacía singular era la presencia del señor Alonso.

Aquel tipo se había convertido en una auténtica pesadilla para ella. En su obsesión por fiscalizar y tutelar la vida de la comunidad, se metía en todo y trataba de controlar a todos los que tenían alguna relación con su gestión.

Cuando esa mañana, al llegar a la oficina, vio el correo que le había enviado, respiró hondo tratando de acumular la suficiente energía para hacer frente a su contenido. «El señor Alonso puede espera. Primero haré unas llamadas urgentes que tengo pendientes de ayer», pensó mientras seguía con su labor de repasar los mensajes que había recibido.

La llamada de Mariana le trajo a la memoria el maldito correo que aún no había abierto. De nada le serviría ponerlo en pantalla mientras hablaba con

ella porque tendría, por lo menos, cinco páginas. Era la norma. Siempre decían lo mismo, pero utilizaba un verdadero testamento para hacerlo. A veces resultaba complicado entenderlo porque mezclaba, confundía o repetía; no obstante, siempre dejaba bien claro su alusión a la incompetencia e incumplimiento de sus obligaciones por parte de unos y de otros, entre los que se encontraba siempre ella.

—Hola Mariana ¿ha pasado algo en la comunidad?

—Sí, pero nada grave: los problemas habituales con los aspersores del jardín, ya sabes. —La presidenta no quiso alarmarla por teléfono con su descubrimiento.

—Es que he recibido un correo del de siempre y, bueno, aún no lo he abierto...

—Ya, de eso tenemos que hablar. No sé si tendrás tiempo para que nos veamos esta tarde...

—Claro, ¿a qué hora?

—A las cinco sería buena hora, ¿puede ser?

—Sí, perfecto. ¿Pasas tú por aquí o quieres que me acerque yo?

—Hablamos más tranquilas en tu oficina, pero primero quiero que me envíes al del mantenimiento del jardín.

—Sí, lo llamo ahora para que vaya a colocar los aspersores.

—No, que vaya hacia las cuatro y media de la tarde, quiero estar yo allí porque tengo que hablar con él. Cuando acabe con el jardinero voy a verte a ti.

Piedad colgó intrigada y abrió el documento adjunto al correo que ya tenía en pantalla. Efectivamente, cinco páginas encabezadas por el “De mi consideración” acostumbrado. Se armó de paciencia y comenzó a leer.

CAPÍTULO TRES

LA PRIMERA QUEJA era sobre los aspersores. Había tres que no funcionaban y otro mal regulado. Estaban programados para las seis de la mañana y, a esa hora, ya se encontraba preparado para fiscalizar si funcionaban o no. Le diría al de mantenimiento que los programara para las cuatro, a ver si ponía el despertador y se levantaba en mitad de la noche.

Luego venía la queja de la limpieza: que no limpiaba, que no cumplía con los horarios, que... Aquello era un «corta y pega», un clásico, la queja que siempre incluía de relleno para aumentar el volumen del panfleto; como se la sabía, pasó a la siguiente.

A continuación venían los ruidos que hacían los vecinos. En seguida detectó que se trataba de una réplica del que le había mandado hacía dos o tres meses.

Seguían una serie de instrucciones dirigidas al administrador de la finca sobre lo que debía inspeccionar, vigilar y comunicar a los demás vecinos y al resto de la junta rectora.

Entre todas ellas había una en la que se quejaba de que la presidenta de la comunidad nunca estaba en casa y que no podía hablar con ella ni le cogía el teléfono para darle las instrucciones oportunas: «Ruego le comunique se ponga en contacto conmigo al objeto de que la pueda informar sobre el cumplimiento de lo establecido en el artículo 4.2 del Reglamento de Régimen Interno...» y continuaba durante casi media página en la que mencionaba normas y derechos que le asistían para poder hablar con los miembros de la junta y sus respectivas obligaciones.

«Qué pérdida de tiempo», pensó Piedad apartando la vista del escrito con la mente puesta en archivarlo directamente en la carpeta correspondiente.

El remordimiento y la duda le hicieron volver a él con la intención de darle un vistazo por encima y constatar sus temores. Su atención se posó sobre la última instrucción que le dedicaba. Le llamó la atención porque apenas ocupaba tres líneas y eso era poco usual en él. «Va, son solo tres líneas... y son las últimas», se dijo aliviada y comenzó a leer: «Que por el administrador, se proceda a reparar (soldar) y pulir, la abrazadera que sujeta el pasamanos que discurre por el sexto tramo, subiendo por la escalera del portal 37. Me

parece vergonzoso que esta deficiencia se encuentre en este estado desde el mes de mayo de 2011».

Piedad se reclinó hacia atrás en su silla y una leve sonrisa se dibujó en su cara. Definitivamente, aquel tipo estaba loco de remate. «¿Desde el mes de mayo de 2011? ¿Más de siete años y es la primera vez que aparece entre sus quejas? ¿Cómo es posible que ahora pueda precisar que la deficiencia data de aquella fecha?», pensó divertida.

Entonces, se dio cuenta de lo que estaba pasando: habría mirado en una de sus viejas agendas de aquellas fechas, habría encontrado anotada la deficiencia y ahora la reclamaba.

La cuestión era mucho más grave de lo que ella había llegado a pensar nunca. Siete años sin que ni él ni ninguno de sus convecinos se percatasen del problema indicaba que éste debía ser muy pequeño, imperceptible incluso. Pero que estuviera revisando las agendas donde anotaba las incidencias y lo hiciera desde más de siete años atrás, comprobando una a una si estaban o no atendidas, la ponía sobre aviso de que su afán de control sobre todo lo que se movía en el edificio era patológico.

Su vista se posó de nuevo en la instrucción 11 y la observó sin saber qué hacer, «lo tengo que comentar con Mari cuando la vea esta tarde para que, al menos, sepa quién es este individuo. La mayoría de los vecinos no saben quién es en realidad, a pesar de que lo ven y lo saludan todos los días», reflexionó mientras, como por inercia, comenzó a releer: «Que por el administrador, se proceda a reparar (soldar) y pulir...» Una carcajada sonó espontánea en toda la oficina.

En su mente se vio a sí misma provista de un enorme mandil negro y dos guantes a juego, uno en cada mano, que sostenían los utensilios y herramientas propios del soldador mientras, en su cabeza, una enorme máscara plana y también negra tapaba todo su rostro. Se encontraba preparada y dispuesta frente a un brillante pasamanos de acero inoxidable en el descansillo de una escalera y rodeada de un grupo de, al menos, una docena de vecinos que reían y la jaleaban con mucho ruido mientras le gritaban: «vamos, atrévete, es muy sencillo. Solo tienes que posar el “ferodo” sobre el metal y saltarán las chispas». De pronto reparó en su fotografía mental y allí estaba, el primero del grupo y el que más alto gritaba: el señor Alonso. La risa amenazó con ahogarla, hasta el punto que sus compañeros de trabajo se preocuparon por ella.

«No tiene arreglo», pensó cuando ya hubo recobrado la respiración; en

ese momento reparó en sus convecinos y se sintió afortunada; al fin y al cabo, ella no vivía allí.

El timbre sonó en su puerta. Las tardes tenían la oficina cerrada al público y las dedicaban a sacar trabajo. Efectivamente era Mariana.

—Pero, ¿qué me dices? —preguntó sorprendida Piedad, tras escuchar su relato.

—Como te lo cuento. El mismísimo señor Alonso y su perro.

—Siempre he sospechado de él; es más, estaba segura. No podía ser otro.

—Pues yo no. Yo pensaba en alguien ajeno a la comunidad. Alguien que viva en los alrededores y al que no le afecte el coste de los daños que él mismo está generando.

—Este tipo es capaz de cualquier cosa con tal de poder mostrar a los vecinos que las cosas no funcionan para luego decir que es culpa mía.

Mari se quedó pensativa mirando un punto fijo en la ventana situada tras la espalda de Piedad. «Ya está personalizando el problema», pensó y, tras una leve mueca a modo de sonrisa, continuó.

—Creo que exageras.

—En absoluto. En los últimos diez años no me ha dado tregua. Te podría contar multitud de historias, pero no quiero aburrirte con los tejemanejes de ese tipo.

A pesar de ello, Piedad no lo pudo resistir y le contó la reclamación que hacía referencia a soldar el pasamanos de la escalera. Las dos mujeres rieron relajadas.

—Vaya lotería que me ha caído con ser presidenta. ¿No había otro mejor para el cargo?

—Ni mejor ni peor, ya han pasado todos por la junta y te tocaba.

—¿Y qué hacemos ahora con él?

—No lo sé, tú eres la policía.

—¡No pretenderás que lo detenga!

—Si por mí fuera...—rio Piedad.

—Tú, ¿qué opinas?, ¿qué harías en este caso?

—Lleva mucho tiempo manipulando la comunidad e incordiando a los miembros de la junta; yo creo que ya es hora de pararle los pies.

—Ya. ¿Cómo se hace eso?

—Esto deben saberlo los vecinos; así, todos se darán cuenta de quién es el señor Alonso y no volverá a arriesgarse a ser pillado de nuevo.

—Sí, pero ¿y si lo niega y me acusa de ser una mentirosa? En ese caso sería mi palabra contra la suya y...

—Vamos, Mari, tú lo has pillado *infraganti*.

—Ya, ya lo sé.

—Oye, ¿qué te ha dicho el jardinero? —cambió de tercio la administradora.

—Pues que tres aspersores rotos y uno para regular.

—¿Te ha dado presupuesto?

—Me ha dicho que 150 euros, porque cambiar los aspersores le lleva al menos dos horas.

—Voy a mirar la cuenta de jardín para ver los gastos que llevamos en el último año.

—Le he dicho que hable contigo de la factura.

—732 euros de gastos extraordinarios en mantenimiento de jardín durante el año pasado; casi todo por reparaciones.

—Eso es mucho dinero, ¿no?

—Claro, hay diez aspersores cambiados. Esto no me pasa en otras comunidades. Puede que cambie dos o tres aspersores en un año, pero, ¿¡diez!?! Eso es una barbaridad. Tendría que preguntarle al jardinero, aunque me temo que sean la totalidad de los existentes. Deberíamos denunciarlo.

—¿Denunciarlo? —preguntó Mari con extrañeza.

—Bueno, no sé si es denunciable, de eso tú sabrás más. Yo de temas de denuncias...

—Por ser, claro que lo es. Son unos daños intencionados, pero eso nos llevaría a la comisaría y yo trabajo allí.

—¿Te dedicas a la investigación?

—No exactamente. Estoy en violencia de género.

«Violencia de género... ¡cómo no! Otra mujer enchufada con el “rollito” ese. Y tendrá hasta un despacho para ella sola. ¡Menudo chollo!» Piedad hizo una pequeña pausa mientras la observaba y continuó de inmediato manteniendo el hilo de la conversación.

—¡Ah!, ya. Si quieres metemos la denuncia en el juzgado, yo lo hago habitualmente. También se lo podemos pedir al abogado, nos puede ayudar o, incluso iniciar él mismo el procedimiento. Podemos hacerle una consulta... si quieres.

—Sería lo mismo, porque el juzgado nos la remitirá a nosotros para que investiguemos y, entonces, yo tendría que intervenir.

—Tú me dirás porque, si hay una sentencia en contra, ya no puede negar la evidencia. Creo que esta es nuestra oportunidad. Yo tuve una y siempre me he arrepentido de haberla dejado pasar —dijo Piedad con cierta nostalgia.

—¿Una oportunidad dices?, ¿cómo fue eso?

—Una de sus hazañas. Llevaba un tiempo quejándose de las molestias de algunos vecinos, así es que se le ocurrió la feliz idea de poner un comunicado en el tablón de anuncios haciendo mención a sus queridas normas de régimen interno.

—¡Otra vez con sus comunicados! —dijo Mari con fastidio.

—Sí, pero él no se paró ahí, fue más allá. Como no quería dar la cara y que supieran que era él el autor del panfleto, hizo una composición con el encabezado y pie de página de mis cartas y así simulaba que había sido yo la comunicante. Incluso puso un garabato imitando mi firma, bastante logrado, por cierto.

—¡Eso es una falsificación documental!

—Como una casa de grande.

—¿Por qué no lo denunciaste?, porque ahí lo tuviste en tu mano.

—Lo hablé con el abogado y me dijo que podía convertirse en pleito largo, incluso costoso, con pruebas periciales caligráficas y esas cosas. No es que eso me importase demasiado si al final había una condena, pero el problema era que carecíamos de prueba porque, aunque se demostrase con facilidad que aquella carta era una falsificación, atribuírsela a él como autor de los hechos iba a resultar mucho más difícil y, al final, desistí.

—Entiendo. Pues eso mismo me pasa a mí.

Las dos mujeres se quedaron reflexionando un instante, luego Mari, como movida por un resorte, dio un pequeño saltito en la silla en la que estaba sentada y continuó.

—¡Ahora lo recuerdo! Un día Andrea llegó a casa y me dijo: «Oye mamá, me he encontrado en el portal al tío ese del tercero, el del bigote. Me ha metido un susto...». Lo recuerdo perfectamente porque me sorprendió que la niña se asustara y le pregunté cuál era el motivo. Ella me contestó: «¿Qué quieres mamá? Abro la puerta de la calle y, al encender las luces, veo allá al fondo a un tipo que está manipulando el tablón de anuncios. Al principio no lo reconocí porque estaba de perfil. Me dio un susto de muerte, pero él pareció más asustado que yo». «¿Asustado?» Le pregunté con extrañeza, «si te lo encuentras por todos lados...» continué tratando de quitarle hierro al asunto. Ella me contestó: «No lo sé, mamá, me miró como si lo hubiera pillado

haciendo algo malo y se le cayeron unos papeles al suelo. Fue el momento clave ¿sabes? Él se agachó a recogerlos a toda prisa y yo tuve tiempo de darme cuenta de quién era y reaccionar. Cuando se incorporó con los papeles de nuevo en la mano, todo volvió a la normalidad, nos saludamos y, él continuó a lo suyo y yo a lo mío».

El relato de Mariana permitía a Piedad analizar a su interlocutora mientras la observaba con una sonrisa en los labios y sin perder la atención en lo que le contaba. «La verdad es que se conserva bien. Nadie le echaría cuarenta y siete años. No aparenta ni cuarenta. Tiene buen tipo “la condenada”. ¿Metro setenta de estatura? Quizá algo más. Ésta, seguro que no sale del gimnasio. Quien pudiera... En la comisaría andará siempre rodeada de tíos. Aunque no parece mala gente...», pensó Piedad y continuó

—¡Vaya! ¿Ves? Es la prueba que me hubiera hecho falta. ¿Cuánto hace de eso?

—Pues... no sé. Andrea acaba de empezar la universidad y tendría catorce años o así... unos cuatro o cinco años.

—Justo por cuando ocurrió aquello.

—Oye, ése tiene llaves de todo, ¿no?

—El otro día te enseñé dónde están las llaves en el cuarto de la comunidad, pero él fue presidente varios años seguidos al principio y estoy segura de que se quedó con copia de las llaves más importante.

—Sin embargo, él no tiene por qué tenerlas ¿no?

—En absoluto. Es otra irregularidad.

De nuevo Mariana se quedó pensativa un instante.

—Veo que todo esto es más grave de lo que imaginaba. Dile al del jardín que quiero que el importe de la factura de los daños sea superior a cuatrocientos euros, así el delito será más grave. Si revolucionamos la comunidad es mejor hacerlo bien.

—Descuida, ya se lo explico yo.

—Pero solo el importe de la factura, luego, él que cobre lo que en realidad valga el arreglo —aclaró Mari.

—Otra opción sería no reparar los aspersores; incluso, quitar el riego y dejar secarse el jardín; así, cuando se haya cansado de meter escritos y pregonar a los cuatro vientos lo malos e ineficaces que somos todos, presentas la denuncia y convocas una reunión para explicar el motivo de que estén parados —apuntó Piedad.

—No sería mala idea. Utilizaríamos su propio ruido contra él mismo. —

Las dos rieron.

—Pues piénsatelo, éste es el momento.

—Creo que lo más indicado sería hacer una consulta al abogado. Mira a ver si puede recibírnos mañana por la mañana.

—Descuida, Mariana, ya lo llamo yo.

El nombre de la administradora apareció en la pantalla de su móvil y ella lo vio como una oportunidad de salir del tedio en el que se había sumergido aquella mañana de agosto.

—Hola Piedad. Dime.

—Acabo de hablar con Sergio, el abogado. Ahora está en el despacho, pero ésta es la última semana que trabaja porque se va de vacaciones. Si quieres, te atiende ahora mismo. Lo tienes ahí al lado.

—¿Tú vas a venir?

—Ahora me resulta imposible. Estoy fuera de León y no sé a qué hora llegaré.

—No importa, me paso yo sola. Ya sabe que voy, ¿no?

—Sí, sí, ya hablé con él.

—Envíame la dirección por el Wass —concluyó Mari.

La oportunidad que se le presentaba de amortizar la media mañana que le quedaba de trabajo no podía dejarla pasar, así es que avisó a sus compañeras sobre su salida para hacer una gestión y fue a ver a Sergio.

El abogado resultó ser una persona muy amable y la recibió sin demora. Ella le contó a grandes rasgos lo ocurrido días atrás con los aspersores.

—Ya me dijo Piedad. El de los aspersores es un detalle puntual, pero créeme que el verdadero problema es el señor Alonso en sí —intervino él.

—Lo estoy empezando a comprobar, aunque no sé cómo afrontarlo para que no desestabilice a la comunidad.

—Eso es imposible. Hagas lo que hagas, causarás inestabilidad.

—Sí, pero ¿qué puedo hacer?

—Se me ocurren tres posibilidades:

1- La vía comunitaria. Si un comunero causa daños, tiene que pagarlos. Si no los paga, la junta aprobará su deuda y se la reclamará judicialmente. En esta vía, es necesario que la junta sepa de la actividad incívica de este vecino.

2- La vía penal: denuncia, investigación, juicio y sentencia.

3- La vía civil. Este tipo, con sus paranoias, está causando un serio

perjuicio a los intereses comunes y a todas las personas que viven en el edificio. El juez podría, incluso, llegar a prohibirle habitar su propia casa por la vía del artículo 7 de la Ley de Propiedad Horizontal.

—Si tuviera que elegir, elegiría la última. El hecho de que no lo tengamos como vecino durante un tiempo me seduce —dijo Mari sonriendo.

—Lo comprendo, pero la comunidad debe asumir que, casi con toda seguridad, acabaremos en el juzgado. Él no va a reconocer su responsabilidad nunca, salvo que haya una sentencia al respecto.

—Supongo que lo negará todo hasta la muerte. ¿Se lo explicarías tú a la junta? —preguntó Mari tras una breve pausa.

—Por supuesto. Ahora, piensa que hagamos lo que hagamos, debemos tenerlo claro desde el inicio, porque acabaremos en el juzgado de forma inevitable.

El baño de realidad le vino bien a Mari para tomar conciencia de que aquél no era un problema personal y que, entre todos, debían resolverlo tomando los acuerdos oportunos. Lo que la inquietaba era que la vigilancia la había hecho ella y eso la implicaba demasiado.

DÍA DEL PERRO - 6 DE AGOSTO

CAPÍTULO CUATRO

A MARI LE gustaba su profesión. Bueno, lo que más le agradaba era ayudar a la gente, sentirse útil. En aquel departamento podía apreciar, casi al instante, la importancia de su labor. Muchas de las mujeres que pasaban por allí estaban necesitadas de apoyo, más moral que físico. Ella era generosa y las ayudaba en todo lo que estaba a su alcance.

Detestaba el victimismo que se había generado en torno a la mujer y, sobre todo, detestaba a aquellas de su género que lo practicaban a cada instante para obtener ventajas basadas únicamente en su condición.

Se llevaba bien con sus compañeras de departamento, pero intentaba integrarse en la vida normal, formada por unos y otros a partes iguales.

Desde que entró en la policía, siempre se había movido en ambientes de hombres y se sentía cómoda. Era consciente de que su físico la ayudaba en esta tarea. Como ella misma decía, su trabajo le costaba mantenerse en forma.

En la comisaría, todo el mundo la llamaba Mari, aunque en su casa siempre utilizaban su nombre completo. Los demás conocidos y amigos, utilizaban tanto un nombre como el otro, incluso algunos pensaban que se llamaba María Mariana; a ella no le importaba lo más mínimo porque ambos le gustaban.

Basilio abrió de golpe la puerta de su despacho cuando Mari estaba enfrascada en unas diligencias sobre una mujer maltratada en las que había que detener al marido.

Ante la abrupta irrupción de su compañero, de forma instintiva, miró su reloj, «no puede ser tan tarde», pensó creyendo que era ya la hora del café.

—¡Vamos! —le dijo Basilio—. Ven con nosotros. —Mari lo miró fijamente, eran las 8:57.

—¿A dónde vais con tanta prisa?

—El «Z» está en tu urbanización. Han colgado un perro de un árbol y el dueño está en el jardín dando voces. Dice que es abogado. Igual te interesa...

—¿Quééé? ¿Un perro? ¿En mi urbanización?

Mari se levantó como movida por un resorte, cogió su chaqueta al vuelo y

se dirigió con prisa hacia la salida. En el trayecto le dio tiempo suficiente para procesar la información recibida y, cuando llegó a su altura, se paró para mirarlo de frente a los ojos y preguntarle:

—¿No me estarás tomando el pelo? —La pregunta era retórica y la respuesta evidente.

—En absoluto, tú misma podrás comprobarlo.

En ese momento se dio cuenta de que no había cogido la pistola y la imagen del abogado vocinglero apareció en su mente. Quizá la necesitara. Con rapidez, se dio media vuelta, abrió uno de los cajones de su mesa, cogió el arma y salió tras su compañero que la esperaba con una sonrisa burlona en los labios.

En seguida aparecieron los dos vehículos «Z» atravesados al final de la calle y un grupo de gente en el jardín.

—Es aquí donde vives, ¿no? —preguntó Basilio de forma rutinaria.

—Sí, aquí es —respondió Mari sin dar más explicaciones—. Déjalo aparcado ahí mismo. La calle no tiene salida y si estorba a alguien lo movemos —le indicó a Carlos que era el conductor.

Los cuatro policías se bajaron del vehículo, pero Mari tomó con rapidez la iniciativa y se dirigió a su compañero de Científica para darle las instrucciones pertinentes, mientras un policía de uniforme se acercaba a ellos.

—Jose, quiero fotos de todo, incluso de la gente que hay en el jardín —dijo Mari.

—Buenos días —saludó cortés el uniformado.

—¿Qué ha pasado? —respondió Mari tras devolver el saludo.

—Recibimos una llamada y cuando llegamos nos encontramos con este pastel. El perro está colgado de una rama del árbol con una cuerda de esas plastificadas de tender la ropa. Es un chucho pequeño, un “perro patada”. Desde aquí, apenas se ve. El problema es el dueño. No lo he detenido por misericordia. No hace otra cosa que incordiar y dar voces.

—¿Y el resto de la gente?

—No, el problemático solo es él. Los demás bien. Cuando llegamos solo había otros dos o tres; luego, con las voces que está dando, han ido aproximándose otros vecinos, pero nadie plantea problemas. Solo son curiosos que vienen a enterarse de lo que está pasando y se van.

—Y él, ¿por qué vocea?

—Yo creo que no está bien de la cabeza. No hace más que decir que ha sido la administradora la que ha matado al animal. Que lo persigue y otra

serie de majaderías. Parece ser que la administradora lleva la gestión de toda la manzana.

—Vale, ya me encargo yo —dijo Mari dándose por enterada del asunto—. Si esto es todo el conflicto, el otro “Z” ya se puede ir. Tú quédate por aquí hasta que te avise.

Cuando Mari llegó a las inmediaciones del árbol, Jose ya estaba haciendo fotos, y Basilio y Carlos hablaban con la gente intentando que se fueran a sus casas. La irrupción de Mari en la escena colmó todas sus expectativas y en un momento el grupo se fue diluyendo. Entre comentarios jocosos y veladas preocupaciones, todos desaparecieron del jardín. Conseguido el primer objetivo, se dirigió a su vecino, el señor Alonso.

—No hay derecho, Mari. Mira lo que me ha hecho esa arpía —le espetó antes de que hubiera llegado a su altura.

—¿Esa arpía? ¿A quién te refieres? —contestó Mari haciéndose la despistada.

—¡Quién va a ser! A la administradora.

—Vamos, José Luis ¿Tú la viste? ¿Alguien la vio colgando al perro?

—No, no...

—Entonces, ¿por qué estás tan seguro de que fue ella?

—Yo..., bueno... no ha podido ser nadie más —respondió en tono ofendido, pero balbuceante.

—¿Y eso?

—Yo no tengo enemigos; al contrario, tengo muchos amigos. En la urbanización todos me tienen mucho aprecio. Nadie más que esa bruja ha podido hacer esto. Ella me odia, ¿lo entiendes?, ¡ella me odia! —El señor Alonso, en su respuesta, comenzaba a elevar el tono de voz.

—Tranquilo, José Luis. Si ha sido ella lo sabremos. Si tienes alguna otra prueba que la incrimine, ya sabes dónde estamos. Ahora, déjanos trabajar.

—Sí, pero, ¿no te das cuenta? Es Poli, mi perrito. Es mi compañero fiel desde hace casi diez años. Él no tenía ninguna culpa, él... ¡Esto ha sido un asesinato en toda regla! —gritó para que todos lo oyeran.

—Sí, sí, lo entiendo. Ya sé que era un buen perro, pero un asesinato... ¿Tú sabes lo que es un asesinato?

—Pues claro que lo sé. Soy abogado —afirmó con mucho énfasis.

—Quédate ahí y, por favor, no grites.

Mari lo cortó sin contemplaciones y se fue a hablar con los policías del “Z” para indicarles que se podían marchar de allí, que ya se hacía cargo ella de la situación. Luego, regresó a las inmediaciones del árbol, donde se encontraban sus otros tres compañeros.

—¿Qué opináis vosotros? —les preguntó nada más llegar.

—No creo que haya sido colgado vivo —dijo Jose.

—¿Quieres decir que lo han matado en otro lugar y luego lo han colgado aquí? —quiso saber Mari.

—¿Nunca has visto colgar a un perro? —intervino Basilio.

—Pues... no, la verdad —respondió Mari, a la que la pregunta le resultaba un poco macabra.

—En ese sentido, los perros son como las personas, hacen todo lo posible por no morir, por zafarse del lazo y poder respirar.

—Ya... se agarran a la vida, ¿no?

—Efectivamente. Eso es lo que hacen. Pero un perro, aunque sea pequeño como éste, genera grandes balanceos y sacudidas en su afán de respirar y librarse del lazo —continuó Basilio con las explicaciones.

—El árbol es muy pequeño y la cuerda está atada justo pegada al tronco. En esa posición, el perro habría chocado varias veces contra él, sacudiendo el árbol y, hasta puede que rompiendo la cuerda —explicó Jose—. No hay señales en el tronco de tal actividad. No hay hojas en el suelo generadas por las sacudidas y, ahora, vamos a ver lo más importante.

José soltaba la cuerda y descolgaba el perro hasta el suelo, mientras hablaba. Basilio se prestó a ayudarlo. Los dos policías inspeccionaron el cuello y, luego, la rama de la que pendía, ante la atenta mirada de sus compañeros.

—Lo que me imaginaba —continuó Jose—. No hay marcas de forcejeo en el cuello. Tampoco en el árbol, y la cuerda es demasiado corta. Este perro fue colgado ya muerto.

Los cuatro policías estaban agrupados en las inmediaciones del árbol y hablaban bajo para no ser escuchados por el señor Alonso que esperaba con ansia su veredicto, unos diez metros más allá.

—¿Qué hacemos con el perro? —preguntó Basilio dirigiéndose a Mari.

—Nos lo llevamos, claro —fue su lacónica respuesta.

—Pero, ¿para qué quieres tú el perro?

—No quiero que quede aquí. Solo me falta que me monte un entierro.

—¿Dónde lo llevamos? —Basilio insistía con las disculpas.

—En una bolsa de basura —zanjó Jose: todos se le quedaron mirando, él continuó a modo de respuesta—. Todos los cadáveres acaban en una bolsa de basura.

Mari no lo dudó ni un solo instante. Se volvió hacia el lugar donde se encontraba el señor Alonso para decirle que se llevaban al perro y para pedirle una bolsa. En ese momento, fue cuando reparó en su acompañante.

Aquel hombre era de la urbanización. Lo había visto por allí. Se trataba de un señor mayor de unos setenta años, con una estatua similar al señor Alonso, barba blanca y aspecto de buena persona. Siempre vestía con ropa vieja y poco acorde con su talla, lo que le daba un aspecto casi de indigente. No sabía cómo se llamaba, pero estaba segura que era de la comunidad, de un portal diferente al suyo, aunque no sabría decir cuál.

—Oye José Luis, necesitamos una bolsa de basura para meter al perro. Nos lo llevamos.

—Pero, ¿por qué os lo lleváis? ¿No me digas que le vais a hacer la autopsia? —El señor Alonso abrió mucho los ojos y ya levantaba la voz.

—No hombre, la autopsia no; solo tenemos que hacer algunas pruebas en el laboratorio; ya sabes cómo son éstos de Científica. A última hora de la mañana, puedes pasar a recogerlo y presentas la denuncia. No te olvides, que no quiero tenerlo allí toda la tarde.

—Yo subo a mi casa a por una —Se ofreció el hombrecillo.

—Pero, pero... ¿En una bolsa de basura? —protestó el señor Alonso que no veía claro que se llevaran a su perro.

—Claro hombre, ¿dónde te crees que vas a terminar tú? —le dijo Mari volviéndose hacia el acompañante—, suba, suba, y no se demore, que tenemos prisa —remató dando por zanjada la conversación y dejando al otro con la palabra en la boca.

A medio camino de regreso al grupo que formaban sus compañeros entorno al perro, se paró en seco y se giró en redondo, dirigiendo de nuevo sus pasos hacia el señor Alonso. «¿Cómo he podido ser tan despistada? Llevo un rato aquí y no le he preguntado por lo más importante», pensó.

—Por cierto, José Luis, ¿cómo es que el perro se encontraba solo en la calle?, ¿que es lo que pasó?

Mari ya conocía la respuesta por sus compañeros, pero quería oírlo de su boca.

—Mi mujer lo sacó anoche a pasear. Tenemos por costumbre hacerlo después de darle la cena. A nosotros también nos viene bien porque así damos

un paseo por el parque y dormimos mejor. Anoche se encargó ella porque, si lo hago yo, no hubiera pasado esto. Eso seguro.

—Ya, ya. ¿Y qué pasó?

—Fueron a ese parque grande de ahí atrás y lo soltó para que hiciera sus necesidades. Siempre lo hacemos así.

—Entiendo. Pero recogeréis las cacas, ¿no?

—Por supuesto, eso no se duda —respondió el Sr. Alonso muy ofendido.

A la mente de Mari vino el recuerdo de la noche en la que lo descubrió rompiendo los aspersores y cómo había pasado de recoger los excrementos del perro. Si no lo hacía en su propio jardín, no lo iba a hacer en el del ayuntamiento. El señor Alonso continuó con su relato. Mari se armó de paciencia. Hasta el regreso del hombrecillo con la bolsa de basura, tenía tiempo.

—Aurora dice que al otro lado del parque había una mujer con varios perros y Poli salió corriendo hacia ellos. Ella lo llamó, pero no atendió. Cuando Poli estaba llegando, la mujer se llevó a sus perros y mi perrito los siguió. Aurora corrió detrás y, de pronto, desaparecieron todos. Esa mujer era la administradora, seguro.

—Oye, José Luis. ¿Cómo sabes tú que era una mujer?

—Por la estatura —dijo sin pensárselo.

—¿Y que era la administradora?

—Por la estatura también.

La llegada de la bolsa de basura interrumpió la conversación en el momento justo. Mari no quería seguir preguntando porque las preguntas que debía hacer, se las formularía a Aurora.

—¡No me digas que os habéis traído el perro para aquí?

Román, el inspector que mandaba el Grupo de Delincuencia Urbana, estaba de pie junto a la mesa de Basilio.

—Fue cosa de Mari, yo no quiero saber nada —respondió éste encogiéndose de hombros.

—Pero, si es de violencia de género, ¿qué pinta ella en todo esto?

—Es que es la presidenta de la comunidad donde ocurrieron los hechos... —Basilio no pudo acabar la frase.

—¿La presidenta? ¿Y por qué no se lo llevó para su casa?

Román estaba hecho una furia y daba unas voces que se le oía desde el otro lado del pasillo.

—Es el cuerpo del delito, jefe —apuntó Carlos.

—¿Delito, qué delito? ¿Es que nos hemos vuelto todos locos? —Román no daba crédito.

—Maltrato animal, jefe. Ahora no se puede tocar a los perro... ni a los gatos —remató Carlos con evidente buen humor.

—¿Maltrato animal? ¿Y por qué no un asesinato? —le soltó Román con cara de pocos amigos.

—Pues no eres el primero que lo apunta porque el dueño del perro es lo que pretende. Y dice que es abogado. —Carlos reía.

—¿Abogado? —preguntó Román arrastrando mucho las palabras—. ¡Cómo está la profesión! Ese no ha visto un asesinato en su vida.

—¡Ya te digo! —remató Carlos asintiendo.

—¿Dónde está el perro ahora?

—Lo tiene Jose el de Científica, dijo que quería mirarlo detenidamente a ver si tiene síntomas de apaleamiento o alguna herida que le haya podido causar la muerte. A simple vista no se le veía nada.

Román dio media vuelta y, sin decir nada más, fue directo a su despacho. Su cabeza iban girando una sola idea: «¿Maltrato animal? Imposible. ¡Menuda “mariconada!”».

Se sentó ante el ordenador y comenzó a buscar. A los cinco minutos ya lo tenía claro: «Pues puede que tenga razón Carlos. Es posible que aquí haya un maltrato animal», pensó. «”¡Joder”, lo que me faltaba!», dijo ahora en voz alta, saliendo por la puerta y dirigiéndose al grupo de Violencia de Género.

Román había llegado a inspector por promoción interna aprovechando una época muy favorable. De sobra sabía que, en la actualidad, nunca hubiera sido capaz de superar los exámenes y la academia.

Su formación era escasa, pero en el grupo de Delincuencia Urbana, los delitos eran siempre los mismos y los policías iban resolviendo los casos que les asignaba sin necesidad de que él tuviera que implicarse. Si tenían alguna duda, se la solucionaban entre ellos.

A sus sesenta y dos años solo aspiraba a pasar desapercibido mientras le llegaba la edad de jubilación.

Hacía tiempo que podía haberse ido a su casa, pero no estaba dispuesto a renunciara a la rebaja en el sueldo que esta salida anticipada le suponía.

Ya le decía su mujer: «Total, para lo que haces, estás mejor trabajando». No le faltaba razón: entre el café, el pincho y algún que otro recado, se le iba

la mañana. Lo peor eran las reuniones con el jefe.

Por supuesto que había agujeros mejores que aquél, por eso debía estar muy atento; pero en todo ese mar de sosiego, ahora aparecía aquel perro para sacarle de la rutina. Maltrato animal, ¡qué cosas!

CAPÍTULO CINCO

—HOLA MARI, NO sabía que te habías incorporado a mi grupo —le dijo Román sentándose en la silla que había delante de su mesa—. La verdad es que andamos un poco necesitados de mujeres, sobre todo si son guapas como tú.

—Gracias, Román, pero no lo he hecho. Los sucesos han ocurrido en el edificio de mi comunidad y soy la presidenta. No me queda otra opción que involucrarme, ya sabes...

—Claro, claro. Entonces, ¿te vas a encargar tú de llevar el caso?

—Tampoco es eso. Yo colaboraré en lo que pueda. Estoy muy interesada en que todo esto se aclare porque el dueño del perro es una «joya» y me tiene la comunidad «patas arriba».

—Pues entonces, todo perfecto. Lo llevas tú y así matas dos pájaros de un tiro.

—No vayas tan deprisa. Este caso es cosa vuestra que para eso sois Delincuencia Urbana. A mí, esto de investigar nunca se me ha dado bien.

—No seas modesta, anda. Entonces, aquí, ¿qué hacéis?, ¿no investigáis?

—De sobra sabes que en Violencia de Género, lo de la investigación es secundario. Una mujer denuncia al marido, le recogemos la denuncia y le rellenamos un montón de papeles, llamamos al marido, lo detenemos y, cuando lo tenemos todo preparado, montamos un juicio rápido y el juez que decida. ¿Dónde ves tú la investigación?

—Yo creía que también investigabais... —apuntó Román haciéndose el despistado.

—Esto es un grupo burocrático. Eso sí; tenemos que seguir un protocolo muy estricto y más vale no meter la pata porque ahí sí que nos la jugamos; ya sabes cómo es de delicado este tema de las mujeres.

—Claro, claro. ¿Y de qué es de lo que tú te vas a encargar en lo del perro?

—No sé, ayudaré en lo que me pidáis. Supongo que lo mejor es que lo lleve Basilio porque yo tengo buen rollo con él y...

—¡«Joder», Mari! ¡Cómo sois las mujeres! Todo el día pidiendo. Basilio tiene otras muchas cosas sobre la mesa, y todas son urgentes.

—Venga Román, pásale alguna a los otros chicos. Yo me encargaré de todo el trabajo de “zapa” en la comunidad, pero necesito que la investigación la lleve él.

—¿Y dices que es abogado?

—¿Abogado?

—Sí, el tipo ese, el del perro.

—Sí, al menos eso es lo que pone en la placa, de lo demás tengo mis dudas.

—Pues ¡es lo que nos faltaba! Un abogado «tocapelotas». Creo que nos vamos a divertir todos.

—No lo dudes, Román, no lo dudes —concluyó Mari mientras el inspector abandonaba ya el despacho y se encontraba a la altura de la puerta.

En la oficina de la administradora, el teléfono no se cogía hasta las nueve de la mañana, pero aquel día ya llevaba quince minutos, al menos, sonando sin parar.

—Dígame.

—Hola, soy Ana, de calle la Industria 35. Llamaba para decirles que aquí, en el jardín, hay un hombre dando voces. Creo que es del 37, el abogado ese bajito y con bigote.

—¿Dando voces? ¿Qué dice?

—No sé, creo que le han matado al perro. Mi marido ha bajado ahora a ver si se entera, creo que lo han colgado de un árbol del jardín.

—¿Cómo? —Carmen no se lo podía creer.

—Lo que le digo. Hay un coche de la policía y todo. —insistió la mujer.

—Gracias por la información. Si sabe algo más, no dude en llamarnos.

Cuando Piedad recibió la noticia de su secretaria, casi se cae para atrás de la silla. Tan solo había pasado una semana desde que la presidenta lo cazara cargándose los aspersores del jardín y volvía a la primera página de la actualidad comunitaria con el ahorcamiento del perro. Todo un portento el personaje.

—¿Qué me dices?

—Eso es lo que me ha dicho la vecina; de todas formas, ella no sabía muy bien... espera, espera, que están entrando más llamadas.

—Ve, ve, pero pásame lo que te vaya entrando. Voy a llamar a la presidenta.

Piedad llamó a Mari para comprobar lo que ella sabía.

—Hola, Mari, ¿te has enterado ya de lo del perro del señor Alonso?

—Sí, sí. En este momento voy para allí, luego te cuento. Tengo que cortar, chao.

Piedad esbozó una sonrisa en su cara, «quién lo verá, plantado en medio del jardín, dando voces y con su perro al lado colgando de la rama de un árbol», pensó, «¿esto indica que la justicia divina existe?». «El del segundo estará bailando sevillanas en el salón y el del cuarto descorchando una botella de champán, seguro», siguió con sus elucubraciones mientras reía.

—No te lo pierdas —su secretaria entró a toda prisa—, me avisa un vecino que está diciendo a todo el mundo que has sido tú la que has matado al perro.

—¡No puede ser! —dijo Piedad incrédula levantándose de la silla.

—Como te lo digo. Lo dice a voces para que todos lo oigan bien. Ya está allí la policía y un montón de vecinos en el jardín.

—Claro, y él aprovecha para pregonar a los cuatro vientos que he sido yo. ¡Ay, señor, que paciencia...!

En esos momentos, Piedad ya tuvo una composición exacta de lo que estaba pasando en el jardín de la comunidad. Aquéllos eran los espectáculos que le gustaban al señor Alonso. Los detalles los iría conociendo poco a poco.

La historia fue completándose a lo largo de la mañana: «Parece ser que el perro se le escapó a su mujer en el parque», le dijo Carmen al principio, luego que habían visto a una mujer con otros perros, el caso es que por la mañana apareció colgado. Las noticias llegaban a retazos y de forma intermitente, pero cuando escuchó de su secretaria aquello de: «otra mujer», fue vislumbrando por donde la venían los «tiros».

Los vecinos no daban mucho crédito a esa versión; es más, les parecía una elucubración graciosa, pero Piedad sabía que la mentira más burda podía convertirse en un verdad absoluta a base de machacar todos los días con ella.

Debía contraatacar rápido si no quería que el bulo se extendiera por todas las comunidades de la zona. Ella tenía muchos intereses en el entorno y no podía dejar que aquel sinvergüenza le tomara el pelo.

Se puso ante el ordenador y escribió: “AVISO: ESTA ADMINISTRADORA NO HA TENIDO NADA QUE VER CON LA MUERTE DEL PERRO DEL SEÑOR ALONSO”.

“ANTE CUALQUIER ATAQUE CONTRA MI HONOR Y PROFESIONALIDAD, NO DUDARÉ EN TOMAR LAS MEDIDAS LEGALES OPORTUNAS CONTRA QUIEN FUERE”.

«A mediodía, tiene que estar puesto el aviso en los tres tabloneros de anuncios de la comunidad. Ya veré si luego lo pongo en los de las comunidades de alrededor. Los vecinos tienen que ser conscientes de que no permitiré que se me calumnie de esta manera», pensó.

Basilio asomó a la puerta del despacho de Mari con cara de preocupación y cierta fatiga. «Seguro que ha bajado las escaleras corriendo, cada vez está más gordo, un día va a reventar», pensó ella.

—Mari, baja conmigo a la oficina de denuncias que está el del perro denunciando y creo que la ha «montao».

El policía desapareció tal como había llegado. Ella no se apuró por las prisas de su compañero. Con parsimonia, salió de su despacho y bajó las escaleras hasta la oficina de denuncias, donde había más gente de la que se necesitaba. En el centro, el señor Alonso gritaba: «Pues no firmo la denuncia». «Cálmate, José Luis», le decía su mujer.

—¡Vamos a ver! ¿Qué pasa aquí?

Todos se callaron y se volvieron a mirarla.

—Pues que eso no es lo que yo he dicho. Y así, ¡no firmo! —repitió dirigiéndose a Mari.

Mari lo miró con cara de pocos amigos y no le contestó. Se dirigió al compañero encargado de recoger la denuncia, un chico joven de apenas veinticinco años recién salido de la academia, al que le interrogó con la mirada.

—Está empeñado en que tengo que poner que fue la administradora la que mató a su perro, pero no aporta prueba alguna.

—No importa —dijo Mari casi al oído—. Ahí, al final, pones: «El declarante manifiesta que cree que la culpable de la muerte de su perro ha sido la administradora de la comunidad. Requerido para que presente alguna prueba de tal afirmación, manifiesta que no cuenta con ninguna». ¿Así está bien, señor Alonso? —preguntó en voz alta dirigiéndose al aludido.

—No, falta poner que ha sido un asesinato.

Mari lo miró como si viera a través de él. «Si no fuera porque es tan pesado, podría resultar hasta gracioso», pensó. De nuevo se acercó a la oreja de su compañero que se encontraba sentado en la silla con la mirada fija en la pantalla del ordenador que tenía delante.

—Escribe en la siguiente línea: «El denunciante quiere dejar constancia de que, bajo su criterio, los hechos son constitutivos de un delito de

asesinato». ¿Cerramos ya, señor Alonso?

—Ahora sí, Mariana, ahora ya puedo firmarlo —dijo el éste poniéndose en pie de un salto y mirando a los presente con aire de suficiencia.

De repente, Mari fijó su atención en la mujer que había a su lado, y a la que conocía de la urbanización. No había duda de que era su esposa. A Mari se le pasó una idea por la cabeza.

—Tú eres la dueña del perro, ¿no? Te he visto por la urbanización—le preguntó dirigiéndose a ella en tono afable.

—Sí, claro —fue su escueta respuesta.

—Déjame tu carnet de identidad. Quiero que la denuncia la formuléis los dos conjuntamente.

Mari la tuteó sin ningún reparo en un gesto de acercamiento y familiaridad; al fin y al cabo era su vecina.

—Pero... —fue a protestar su marido.

—¿Más problemas, señor Alonso? —Le cortó ella.

—No, ninguno.

Mari cogió en su mano el carnet de identidad de la mujer y leyó “Aurora Martínez Soto”. Sin decir palabra, se volvió a su compañero y, en la misma posición que había adoptado antes, le dio las instrucciones precisas para que la incluyera en la denuncia y para que la firmaran los dos.

En realidad, a ella esa circunstancia le importaba bien poco, lo que le interesaba era tener los datos de aquella mujer para poder introducirlos en la aplicación informática y saber si tenía algún tipo de historial policial.

Mientras su compañero escribía, miró su reloj, «las doce y diez, mira que le dije que viniera a última hora de la mañana. ¿Qué será para él la última hora de la mañana? ¡Cómo se nota que no tiene otra cosa que hacer! Bueno, si aún no está el perro preparado, que espere», pensó mientras los miraba.

Hacía rato que Basilio y todos los demás se habían quitado de en medio, por lo que en la sala solo estaban ellos cuatro: el policía que escribía, los dos denunciantes y ella misma.

—Voy a ver si mi compañero ha acabado ya con el perro para que os lo llevéis. Vengo en un momento —dijo dirigiéndose a sus vecinos—. Que me esperen en la sala —indicó a su compañero y salió.

Cuando estaba entrando en su despacho, Mari se dio cuenta de que aún no había hablado con Aurora en privado. Ella era clave en toda esta historia y tenía muchas cosas que aclarar. Estaba segura de que, a esas alturas, José Luis

ya la habría aleccionado bien sobre lo que debía y no debía decir, pero una cosa es saber lo que debes decir y otra muy diferente, decirlo.

Giró en redondo y, de nuevo, se encaminó a la planta baja. Afortunadamente, ya estaban los dos sentados en la sala de espera aguardando a que les entregaran su bolsa de basura.

—En Científica me han dicho que tenéis que esperar un poco. Ya os entregan ellos la bolsa cuando terminen.

—No hay problema, Mari, esperaremos. —Se apresuró el señor Alonso.

—Aurora, ¿puedes venir un momento? Quiero hablar contigo a solas.

—De eso nada, lo que tengas que decir lo dices aquí. Nosotros tenemos una sociedad de ganancias para todo —saltó raudo el señor Alonso que se resistía a que su mujer abandonara su vigilancia.

—Es que... —titubeó ella mirando hacia su marido con cierto aspecto de cohibida.

—Vamos mujer, ¿acaso necesitas escolta para hablar con tu vecina?

Mari había utilizado su tono más sugerente, el de mujer cómplice que acostumbraba a emplear con las mujeres maltratadas que llegaban hasta su mesa. La estrategia no solía fallar y no falló. Aurora se levantó con seguridad sin mirar a su acompañante y salió de la sala tras Mari sin que el señor Alonso articulara palabra.

Renunció a llevarla a su despacho, donde hubieran estado más cómodas, para una conversación de cinco minutos, cualquier rincón la serviría, así es que la acompañó al final de un pasillo desierto.

—Bien, Aurora, cuéntame cómo se perdió el perro, por favor.

Ella miró hacia abajo, hacia sus zapatos. De sobra sabía que la presidenta quería hablar de ese tema y, ahora, se encontraba sola e insegura. Mari lo captó de inmediato. Lo había visto cientos, miles de veces, quizá. «Cuando vas a decir la verdad, no dudas. La verdad te da seguridad y es fácil defenderla, pero...», pensó.

—Vamos Aurora, ¿de qué tienes miedo? —la mujer levantó la cabeza y se arrancó.

—Yo saqué a Poli a pasear como todas las noches, pero él se fue tras aquellos perros y desapareció. Nunca lo había hecho. Era muy obediente. Yo lo llamé y lo llamé, y nada. Se fue tras ellos.

—Ya, y los perros aquellos, ¿con quién estaban?

—Era una mujer. José Luis dice que era la administradora.

—Sí, sé lo que dice José Luis. ¿A qué distancia se encontraba la mujer?

—Aurora se puso muy nerviosa y Mari continuó recurriendo al mismo truco anterior—. Tranquila mujer, soy tu vecina, conmigo no tienes nada que temer.

—Perdona, es que nunca he sido buena calculando las distancias. Es el parque aquel que hay detrás de casa. Ellos estaban en la otra punta.

—¿De punta a punta de aquel parque, quieres decir?

—Más o menos.

—De noche, ¿no?

—Sí, las doce y cuarto, aproximadamente.

Mari hizo los cálculos con rapidez. El parque no estaba iluminado más que por las zonas perimetrales que limitan con las calles.

—Doscientos metros, de noche y en una zona de semipenumbra, ¿pudiste distinguir que se trataba de una mujer y no de un hombre?

Aurora se quedó en silencio mientras sus ojos volvían a sus zapatos.

—Aurora, cariño —Mari la cogió con suavidad por los brazos y le habló en un susurro—, es muy importante que me aclares esto.

—No lo sé —fue la escueta respuesta de Aurora levantando la cara con los ojos llenos de lágrimas.

CAPÍTULO SEIS

BASILIO SE DEJÓ caer en su silla y contempló la pantalla negra del ordenador con tanta intensidad como si estuviera leyendo en ella una de esas novelas de misterio que tanto le gustaban. En realidad no veía nada, no oía los ruidos de los otros tres compañeros de la sala que compartía. Solo pensaba.

«No hay duda; la ley de Murphy existe y funciona. La “chorradita” del perro va a traer cola. Y en el centro de la operación se ha colocado Mari que, de paso, me arrastrará a mí. No tengo salida posible. Por si fuera poco, está el abogaducho ese, la administradora y casi cien vecinos. Espero que de todo ese “ganao” se encargue ella. En este belén solo falta alguna protectora de animales. ¡Con lo que tengo pendiente! Bueno, recapitulemos.»

Sus últimos pensamientos provocaron que su mirada reparase en el aspecto general de su mesa. Tres montones de carpetas y otras dos con todos los papeles esparcidos.

«¡Qué desastre! Tengo que organizar esto de alguna manera. Agruparé en un montón todos los casos que tengo parados, pendientes de una respuesta de las operadoras, bancos, etc.; los otros ya veré cómo los ordeno.»

Cuando Basilio hubo terminado la primera criba, su estado de ánimo mejoró sensiblemente. Solo le habían quedado siete carpetas que indicaban el número de casos pendientes y operativos.

«Apartaré los relacionados con telefonía móvil. Son “una castaña” insufrible. A ver si con este rollo del perro, consigo endosárselos a otro y quitarlos de mi vista. Odio estos hurtos. La mitad son falsos y solo sirven para estafar al seguro, pero a nosotros nos sumergen en un mar de papeles, continuos requerimientos a las compañías telefónicas e interminables listados de datos para analizar. Lo peor es que el teléfono no vale ni cien euros. ¡Qué pérdida de tiempo y de recursos!»

«Dos denuncias por estafa bancaria a través de tarjeta de crédito. Esto es para el seguro. Aquí no hay nada que rascar. Le diré a Román que las mandamos al archivo. Que lo investigue el banco, si quiere, que es el perjudicado y tiene todos los medios. ¿Solo tres temas me quedan? ¡Qué maravilla! Vayamos a ver al jefe, aunque antes comprobaré en qué consiste esto del maltrato animal.»

—Lo del archivo me parece bien, pero pasar lo de los teléfono a los demás del grupo, en absoluto.

—Lo del perro me va a llevar tiempo y no me puedo dedicar a estas chorradas.

—¿Chorradas? ¡Lo del perro es una chorrada! ¡Que es un chucho, Basilio, no es el asesinato de La Carrasco! —Román empezaba a levantar la voz, aquel asunto le ponía malo.

—Ya sé que es un perro, pero su investigación puede ser tan complicada como la de cualquier homicidio, con la agravante de que aquí no hay informe forense...

—¿Informe forense? ¡Lo que me faltaba! Creo que no me he explicado bien. —Román resoplaba y trataba de controlarse, pero se le veía que, de un momento a otro, iba a estallar—. Es un perro, ¿me entiendes? Tomas cuatro declaraciones. Cuatro, no más. Una diligencia de Mari en la que te cuente lo que ha hablado con los vecinos, que será nada; tú haces otra diligencia, no más de media docena de líneas, donde digas que has entrado en vía muerta y que la investigación no tiene salida, y lo mandamos al archivo. ¿Ves que fácil? ¡Caso cerrado!

Román había ido explicando todo eso a Basilio despacio, en tono excesivamente bajo y alargando las palabras, en un gesto condescendiente.

—No podemos, jefe.

—¿Que no podemos? ¿Por qué no podemos?

—En un principio, hay una acusada y posible autora de los hechos. El denunciante acusa a la administradora.

—¿La administradora? Menuda “gilipollez”. ¡Ese tío está completamente loco!

—No lo dudo, pero eso nos impide mandarlo al archivo. —Román se quedó pensando un instante.

—No hay problema, se lo mandamos al juez y que él lo archive. Así solucionamos dos problemas juntos y nos quitamos de en medio al abogado ese. Que vaya al juzgado a protestar por el archivo y meta allí los escritos que quiera.

—Imagino que Mari no estará de acuerdo con esto.

—Mari no tiene que estar de acuerdo con nada. Ella que se dedique a sus mujeres y a sus maridos. Si quiere investigar lo del perro, que lo haga fuera de horario laboral.

—Se lo dirás tú, supongo.

—Yo no tengo nada que decirle —dijo en tono cortante—. Además, aún no me han subido las diligencias y no he decidido quién es el que se va a encargar del caso. Quizá sea mejor que lo lleve otro.

—Como tú digas —respondió levantándose de la silla—. Puede que sea lo mejor.

—¿Lo mejor? ¿A qué te refieres?

—A que lo lleve otro, a eso me refiero —remató ya de pie y dispuesto para salir.

Basilio no quiso seguir con la discusión. Dejaría que los acontecimientos fueran surgiendo. Conocía de sobra a su jefe y sabía lo que podía dar de sí.

«A medida que la situación se vaya complicando irá cambiando de opinión. Es lo de siempre. Cuando llegan los problemas de verdad, me los deja sobre mi mesa y él desaparece», iba pensando mientras se dirigía a la puerta y, a su espalda, escuchaba a su jefe murmurar: «Maltrato animal, asesinato de un perro... ¿A dónde hemos llegado? ¡Dios!»

De vuelta a su oficina y sin llegar a sentarse, descolgó el teléfono. Aquella mañana había sido intensa y no quería trabajar más. Estaba mentalmente agotado, así es que un pequeño relax le vendría bien.

—Hola Mari. Tenemos que hablar. ¿Te apetece una cerveza?

Ella miró su reloj. Eran casi las dos.

—¿Te refieres a una de esas salidas sin retorno?

—Eso mismo había pensado yo.

—De acuerdo. Dame cinco minutos.

Con Mariana era un placer conversar. Podía hablar de cualquier tema con total naturalidad. De todos menos de uno: de su estado físico. De sobra sabía él que tenía que bajar veinte kilos, por lo menos. Pero una cosa era decirlo y otra muy diferente hacerlo.

—El jefe quiere que le demos carpetazo al asunto cuanto antes.

—Me lo imaginaba, conociendo a Román...

—Tampoco quiere quitarme la «purrela» de hurtos y estafas telefónicas que tengo pendientes. Ni siquiera estoy seguro de que me lo asigne a mí.

—Ya. Y tú, ¿qué opinas?

—Que los acontecimientos irán marcando la pauta a seguir. Siempre es así. Lo que diga Román no es más que un punto de partida. A veces ni eso.

—¿Me ayudarás con todo este lío? Ya sabes que a mí lo de la

investigación...

—Claro; y no te preocupes por tus dotes investigadoras, en las mujeres vienen de serie. Lo que te ocurre a ti es que has practicado poco —apuntó él.

Mari rio la broma y continuó.

—Tengo que saber lo que está pasando en la comunidad. Este señor Alonso es un bicho.

Mari le contó a su amigo el incidente de los aspersores y cómo lo había cazado *infraganti*.

—¡Menudo tipo!

La exclamación de Basilio en tono reflexivo indicaba que estaba tomando conciencia de que el personaje al que se enfrentaba era más complejo de lo que parecía a simple vista.

—Si no lo hago ahora nunca nos dejará en paz. Es mi oportunidad para investigar a fondo.

—Lo entiendo, Mari. Para ti el perro es secundario, y tienes razón, a simple vista es un tema menor, pero puede complicarse.

—De hecho ya se está complicando porque si no te asigna a ti el caso, yo me puedo quedar fuera.

—Ese no es el mayor problema, créeme.

—Bien, no nos adelantemos. Como tú dices, esperemos a lo que nos deparen los acontecimientos.

—¡Ah!, mírate el artículo 337 del Código Penal. Es muy importante que lo estudies antes de empezar, te ayudará.

—Lo que a ti no te ayuda son las cervezas y las tapas que te metes. ¡Estás tú bueno!

—No empieces, Mari.

—Trescientos ¿qué? Espera que me lo apunte —dijo ella abriendo su bolso y sacando una libreta.

1 DÍA DESPUÉS

CAPÍTULO SIETE

MARIANA SOLÍA TOMAR café con los compañeros de Delincuencia Urbana.

Sus compañeras de Violencia de Género no tomaban café. Una porque estaba a dieta y se traía una manzana; otra, porque el café no le gustaba y llevaba un sándwich; y una tercera, desaparecía a esa hora y no se sabía a dónde iba. Total, que aquellos policías eran su mejor opción.

Además, conocía a Basilio de hacía mucho tiempo y tenía una buena amistad con él, incluso fuera del ámbito laboral. El resto de compañeros le caían bien, eran jóvenes, le aportaban aire fresco con sus chistes y sus ocurrencias, y formaban una buena tertulia todas las mañanas. Allí se hablaba de todo.

—Como era de esperar, Román le ha asignado el tema a Carlos —le comunicó Basilio a Mari sin más preámbulos.

—Menudo “marrón” —respondió éste con fastidio.

—Ya. ¿En qué cambia esto las cosas? —preguntó ella un poco decepcionada.

—En realidad, en nada —concluyó Basilio.

—A mí, lo que me gustaría saber es cómo vamos a organizarlo entre nosotros porque ha llegado a mi mesa y me ha soltado las diligencias sin más. Con un simple: «Toma, esto llévalo tú», se ha quedado tan tranquilo —dijo Carlos.

—Lo llevaremos entre los cuatro. Mari es la presidenta de la comunidad y tiene un claro interés en todo esto. Aunque no es del grupo, para este caso es como si lo fuera y contaremos con ella para todo lo que se haga. ¿Todos de acuerdo? —preguntó Basilio.

Todos fueron asintiendo a medida que éste iba recorriendo con la vista a sus tres interlocutores.

—¿Quién le va a contar esto a Román? —preguntó Luis.

—Nadie. Román no tiene por qué saber nada de esto —Basilio lo tenía claro.

—Es lo mejor —asintió Carlos.

—Veamos, pues. En la investigación, el trabajo de campo es fundamental.

De eso te vas a encargar tú —dijo Basilio señalando a Mari—. En este caso, partes con una ventaja muy grande porque eres la presidenta de la comunidad y los vecinos confían en ti. No te van a ver como un tercero ajeno que llega allí sospechando de todo el mundo. Si se abren y te cuentan, tienes mucho camino recorrido. Luego hay que analizar los resultados; es decir, contrastar contradicciones, mentiras, etc. Preguntando se averigua casi todo y tú eres la persona ideal: aprovéchalo.

—Espero que tengas razón, porque no soy muy conocida entre mis vecinos, siempre he permanecido al margen de la vida comunal —respondió ella.

—No importa, ahora para ellos eres la presidenta, además eres policía y esperan que les resuelvas el problema. Todo está a tu favor, créeme.

—Haces que las cosas parezcan fáciles.

—Empezaremos con la declaración de la administradora. Es un mero trámite, pero es necesario, y cuanto antes nos lo quitemos de en medio, mejor. Habla con ella y si puede venir ahora, la recibiremos encantados.

—La llamaré en cuanto llegue a la oficina.

—Esta mañana yo no puedo. Tengo que ir al juzgado —apuntó Carlos.

—No importa. Yo la atenderé —continuó Basilio—. Lo importante es que los cuatro sepamos en qué punto se encuentra el caso en cada momento. ¡Ah!, y si tenéis alguna duda, preguntadme.

—Menos mal que me echáis una mano con esto —resopló Carlos encogiéndose de hombros— porque a mí los perros no me van lo más mínimo.

Todos sonrieron aliviados. Tras un breve silencio, continuó Basilio.

—¿Se llevó ayer el perro el dueño?

—Sí, a Dios gracias. Jose me ha dicho que no tenía ninguna marca de golpes u otro signo de violencia, lo que confirma su teoría de que fue colgado después de muerto.

—Pues solo nos quedan dos opciones: o murió envenenado o de muerte natural. La segunda es muy improbable habiendo acabado colgado en ese árbol —aventuró Carlos.

—Improbable sí, pero no la descartes —puntualizó Basilio.

—Y menos con ese personaje de por medio —asintió Carlos.

—Una inyección letal —afirmó rotundo Luis.

Los tres pares de ojos se volvieron hacia él sin que ninguno de sus propietarios se atreviera a hacer ningún comentario.

—Lo he visto en las películas —continuó él como disculpándose.

Los otros se miraron sin saber qué decir.

—¿Leísteis la denuncia? —preguntó Mari dando un giro.

—Sí, nada nuevo. Un montón de majaderías e incoherencias. Cuando lea el juez lo del final, se va a partir de risa. Además, si es abogado, igual lo conoce —contestó Carlos.

—Oye Mari, ¿de verdad es abogado ese tío? —preguntó Luis.

—Eso pone en la placa.

—Pues, ¡vaya tela!

—Supongo que los abogados son como los policías, los hay de todos los colores; los habrá buenos, malos y... peores —respondió Mari sonriendo.

—Anda que, por aquí también hay cada fichaje...

—Todos asintieron ante el comentario de Carlos y luego se aplicaron al café.

—Pues a ver qué nos dice la administradora... —Basilio interrumpió el silencio.

—Sí, se ha puesto muy pesado acusándola a ella, así es que, debemos tomarle declaración con todos los sacramentos.

—Es difícil ese oficio de administrador. Te pueden acusar hasta de matar un perro —dijo Luis sonriendo.

—¡Ya te digo! —contestó Carlos asintiendo con la cabeza—. Ya conoces el dicho: «Porque maté un perro me llaman “mataperros”» —Las carcajadas resonaron en toda la cafetería.

—Yo, si vuelvo a nacer, no pienso ser administrador —remató Luis sin dejar de reír.

—Bueno, chicos, dejadlo ya. Bastante tiene ella con aguantar a ese tío y las misivas de seis o siete páginas que le manda.

—¿Escribe cartas de seis y siete página? ¡Vaya fenómeno! Ahora entiendo por qué se murió el perro. Seguro que fue muerte natural o, incluso puede que haya sido un suicidio. —Las carcajadas volvieron a sonar con fuerza en el local ante la broma de Carlos.

—Seguro que se las leía al perro —asintió Luis.

—Oye, ahora que lo dices, Carlos, ahí tenemos una buena reflexión: ¿es posible que un perro pueda suicidarse?

Mientras caminaban de regreso, disparatadas respuestas se fueron sucediendo como contestación a la pregunta de Basilio; de esta forma, las risas y las bromas continuaron hasta que llegaron a la comisaría y cada uno fue a sumergirse en sus papeles.

Mari se sentó en una silla ante la mesa de Basilio con gesto de preocupación.

—La administradora está avisada. Vendrá en un rato. Le tomarás tú la declaración, ¿no? —trató de confirmar Mari.

—Claro. ¿Estarás presente?

—Supongo, aunque no lo sé porque tengo un asunto pendiente con Román. Ahora no está en su despacho, pero quiero zanjarlo esta mañana —contestó ella con determinación.

—Déjalo estar. No merece la pena. No lo vas a cambiar.

—No lo pretendo. Con que me escuche lo que tengo que decirle, para mí es suficiente.

Basilio puso en su cara una media sonrisa de resignación. Conocía a Mari y entendía que no se quedara quieta ante lo que era, a todas luces, una jugada sucia de Román. Tras una breve pausa, cambió de tema.

—¿Sabemos algo más de ese chucho asqueroso? —fue la pregunta de Piedad cuando llegó a la oficina.

—De momento, nada nuevo. Si hay noticias frescas, te informo —respondió Carmen.

Piedad miró su reloj: las diez y media. Aquella mañana se había retrasado en llegara a la oficina porque tenía una cita a primera hora con un presidente de un edificio con problemas de limpieza.

Su teléfono comenzó a vibrar en el mismo momento en que lo dejó sobre la mesa. «Aún no me he sentado en la silla y ya empieza el jaleo», pensó mientras miraba quién llamaba. Al ver que era Mari, descolgó de inmediato intrigada por saber si los acontecimientos habían dado algún giro.

—Dime Mari, ¿cómo va todo?

—Perdona que ayer no pudiera hablar contigo. En el momento en que me llamaste me fue imposible y luego se me olvidó devolverte la llamada. Supongo que ya te habrás enterado de los pormenores, ¿no?

—Sí hija, de esas cosas se entera una rápido. Lo que no me cabe en la cabeza es cómo pudo ocurrir. Ya sabes, mucho ruido, pero, en realidad, los vecinos parecen tan desconcertados como yo.

—Lo comprendo. Nosotros estamos igual: llenos de incógnitas. Por eso te llamaba, precisamente. Estamos tomando declaración a la gente que puede tener algo que ver con el asunto y...

—¿Necesitas algo de mí?

—Sí, debes pasar por aquí para prestar declaración.

—Pero yo... ¿qué tengo yo que ver con todo esto? Yo no sé nada más que lo que me han contado los vecinos.

—Bueno, eso también nos vale. Es un trámite necesario, de veras, si no, no te lo pediría.

—Está bien, ¿Cuándo quieres que vaya?

—Ahora si puedes.

—¿Ahora? —preguntó Piedad tratando de ganar tiempo ante la inminencia de la propuesta.

—Bueno, no sé..., a lo largo de la mañana si es posible.

—Creo que en una hora pueda estar ahí. Igual me retraso un poco. Para las doce más bien —concluyó Piedad tras una breve pausa.

—Por mí perfecto. Ven primero a mi despacho. No tiene pérdida, solo tienes que seguir las indicaciones de Violencia de Género.

Piedad colgó el teléfono y se quedó pensativa. Es por la acusación de ese “cabrón”, seguro. Larga a los cuatro vientos que ha sido la administradora y, ¡pam!, a por la administradora la primera. ¡No hay como tener un chivo expiatorio siempre a mano!

Miró su mesa llena de papeles. Respiró hondo mientras cerraba los ojos. Un nudo en su estómago le advertía que su estado de ánimo había cambiado desde la llamada telefónica.

Aquella decisión de la policía la pillaba por sorpresa. Mucho más cuando venía de la propia presidenta de la comunidad. No sabía cómo digerirlo. No podía pensar con claridad. En realidad, Mari, ¿era amiga o enemiga?

Había sido un error quedar aquella mañana para declarar. Debió dar una disculpa y tener un poco de tiempo para reflexionar. Podía llamar de nuevo para cancelar la cita. No, ahora ya era tarde, no podía dar marcha atrás.

De nuevo reparó en los papeles de la mesa. No podía trabajar. En aquel estado sería incapaz de concentrarse. «Si no puedo cancelar la cita, la adelantaré. En este estado de nerviosismo y de ofuscación, cuanto más tiempo transcurra, peor», concluyó mientras se levantaba de la silla, cogía el móvil y anunciaba a su secretaria que no estaría en la oficina en toda la mañana.

CAPÍTULO OCHO

NO HUBO NINGÚN inconveniente para encontrar la oficina de Mari, solo debió seguir las indicaciones de los carteles.

—Me he adelantado —dijo Piedad a modo de introducción—. No te importa, ¿no? Al final he podido cancelar una cita.

—En absoluto —respondió rápida Mari, levantándose de la silla y saliendo a su encuentro—. Para nosotros, mejor.

Mari cogió a Piedad de un brazo empujándola con suavidad hacia la salida de su despacho. Pronto se dio cuenta que, a pesar de la sonrisa que exhibía en sus labios, se encontraba tensa y nerviosa.

—Ven, te acompañaré al grupo de Delincuencia Urbana. Allí es donde declararás. Son unos chicos muy majos.

—Como tú digas —respondió Piedad resignada.

—Perdona que te hayamos hecho venir, pero es necesario, de verdad —le dijo Mari, a modo de disculpa.

—No veo en que os puedo ayudar, yo...

—Mira, la cuestión es sencilla. Desde el mismo momento en que apareció el perro colgado, va por ahí diciendo a todo el mundo que has sido tú la que lo mataste.

—Pero... —fue a protestar Piedad.

—Ya lo sé. Piensa que si él te acusa a ti de la comisión de un delito, a nosotros no nos deja otra opción que preguntarte por lo que pasó.

—Ya, entiendo —contestó Piedad con evidente tono de mal humor.

—Este es Basilio, él te tomará la declaración. Te tratará bien, descuida —dijo Mari indicando con la mano al policía que se encontraba sentado detrás de la mesa.

—Yo no sé nada sobre la muerte de ese perro. Eso es todo lo que puedo decir —concluyó Piedad, dando por zanjada su declaración antes de comenzar.

Basilio dejó lo que estaba haciendo en el ordenador, giró ligeramente su silla de ruedas y, poniendo una sonrisa en su cara, le saludó.

—Hola Piedad. Ya te habrá explicado Mari. No estás aquí en calidad de investigada. No te pongas a la defensiva. Este es un trámite necesario, si no,

no te habríamos molestado.

—Lo entiendo, pero me parece injusto.

—Yo os dejo. Tengo un asunto pendiente. Cuando acabe me paso --dijo Mari rigiéndose a Piedad.

Ésta la miró desde su posición de sentada y le correspondió con una simple mueca de sus labios que trataba de simular una sonrisa.

Basilio le hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza a modo de despedida y concentró su atención en Piedad. No se le había escapado que el tono de su voz era cortante, áspero, poco amistoso.

—Verás, este hombre dice... —comenzó Basilio sin poder terminar la frase.

—Pero se basará en algo para hacer esa acusación, ¿no? —Le interrumpió Piedad.

—No, hasta ahora no, pero nosotros no podemos mandar esto al juez sin haberte preguntado primero.

—Claro, claro. —Piedad se quedó reflexionando un instante, «en eso tiene razón pero, si no sé nada, nada le puedo decir», y continuó—: ¿Qué quieres saber?

—¿Tienes ahí el DNI?

La respuesta le sorprendió y, tras un instante de duda, rebuscó en su bolso con prisa y le tendió el documento.

«Está nerviosa», a Basilio no se le escapó el detalle al verla revolviendo en su inmenso bolso, aunque no se dio por aludido y comenzó a escribir en su ordenador.

«Demasiado gordo, demasiado mayor... Su tono parece afable y amistoso. Seguro que han estado hablando de mí antes de llegar. ¿Qué le habrá contado Mari? Debo tener cuidado. Podría ser una estrategia para que hable. Familiaridad y complicidad para que te sientas bien y, cuando quieres darte cuenta... Definitivamente, debo desconfiar de esta inmensa masa de carne con ruidosa respiración».

Basilio seguía escribiendo mientras parecía ignorar su presencia. No obstante, la observaba de reojo.

Ella lo escrutaba con atención perdida en sus elucubraciones: «Tiene al menos sesenta años. Yo pensé que, a esa edad, en la policía ya estaban todos jubilados. Su forma de escribir deja mucho que desear, pero tiene cara de buena persona».

De pronto, él giró la cabeza sin dejar el teclado, indicándole que estaba

preparado.

—¿Qué quiero saber, decías? Todo, quiero saberlo todo sobre la muerte de ese perro —retomó la conversación con una amplia sonrisa en los labios.

—Pues..., no sé. Ya dije antes que yo no conozco nada más que lo que he oído a los vecinos. Por no saber, hasta hace una semana, no sabía ni que tenía perro. Si tienes alguna pregunta, trataré de contestarte lo mejor que pueda.

—Me han dicho que no te llevas bien con el señor Alonso.

—Verás, no es exactamente así. Es el señor Alonso el que la tiene tomada conmigo.

—Ya, así es que tú no tienes ningún problema con él, ¿no?

—Absolutamente ninguno. Es más, hubo un tiempo en el que nuestra relación fue normal.

—Y ¿qué ocurrió para que eso se alterase?

—Si te soy sincera, no tengo ni idea. Eso deberías preguntárselo a él. Lo cierto es que ahora libra una cruzada continua para echarme de la comunidad, pero desconozco el motivo. Yo no recuerdo haber hecho nada para que se tome así las cosas, aunque con ese individuo nunca se sabe.

—Esa enemistad podría ser motivo suficiente para que te cargaras su perro, ¿no?

—¿Yo? —Piedad abrió mucho sus ojos y se inclinó hacia adelante en su asiento, apuntando con su dedo índice de la mano derecha hacia su pecho—. ¿Suficiente motivo? ¿A qué te refieres?

—Hombre... Si te tiene tanta manía y trata de echarte de la comunidad... ya existe una causa por la que tú puedes actuar contra él.

—Pero, ¿por qué habría de hacerlo? —insistió Piedad poniendo cara de extrañeza.

—Por venganza, claro. Muchos de los delitos se cometen por venganza.

—No se me había ocurrido...

—¿Qué es lo que no se te había ocurrido?

—Vengarme. No se me había ocurrido vengarme de él, pero creo que en esa misma situación se encuentran los demás profesionales que pasan por la comunidad y una buena parte de los vecinos que viven en ella.

—Explícate —le pidió Basilio.

—Pues está claro, no soy la única perseguida por ese tipo. Allí nadie se puede sustraer a su ojo inspector.

—Bueno, para eso hay una presidenta, ¿no?

—A la presidenta también le dice lo que debe hacer y cómo ha de

hacerlo. Mari acaba de llegar al cargo, pero pronto tendrá la oportunidad de comprobarlo.

Piedad había ido ganando confianza en aquella conversación. Él iba escribiendo a medida que ella hablaba y solo paraba para hacer alguna pregunta o puntualización. A veces se sucedía un silencio motivado por la redacción del policía, lo que a ella le permitía pensar en aquella situación absurda.

—Y digo yo, Basilio —continuó Piedad—, ¿no será esa enemistad, de la que tú hablas, la que impulsa a ese señor a acusarme?

Basilio la miró fijamente y guardó silencio. Debía reconocer que el argumento era impecable, pero él estaba allí para preguntar.

—Y ¿por qué habría de hacerlo?

—Si el bulo se extiende y la gente lo cree, puede ser su oportunidad para echarme de la comunidad.

—No me estarás insinuando que ha matado él mismo al perro...

—Pues claro que no; sin embargo, puede estar utilizándolo para conseguir lo que parece ser su fin principal en la vida: ¡echarme de la comunidad!. Si a eso le añades que él quiere ser el administrador, quizá te cuadren mejor las cosas.

—¿Él?, ¿él quiere ser el administrador? ¿Por qué sabes tú eso?

—Porque en la última reunión ya lo planteó y montó un buen número para echarme y quedarse él como administrador. Pregunta a Mari.

Basilio se quedó de nuevo en silencio. La teoría de la administradora era coherente, pero eso hoy no tocaba; así es que prosiguió con sus preguntas.

—¿Dónde vives, Piedad? ¿Vives aquí, donde dice tu DNI?

—Sí, es una urbanización que está a unos seis o siete kilómetros de León.

—¿Tienes perro?

—Claro que tengo. Allí todos tenemos perro. Vivimos en el campo y los perros están en su ambiente.

—¿Cuántos tienes?

—Tengo uno, con uno me sobra. Es un pastor alemán, para más señas.

—¿No lo traerás a pasear por las noches a León?

La carcajada de Piedad resonó en todo el pasillo.

—No entiendo a qué viene este interrogatorio. ¿Acaso piensas que mi perro necesita venir a la ciudad a pasear cuando tiene todo el monte para correr a la puerta de su casa? Vamos, Basilio, ¡que es un perro! En sus planes no entra ponerse el último modelito para sentarse en una terraza a tomar un

café, y en los míos tampoco.

—Verás, resulta que el denunciante dice que su perro se fue con otros que llevaba una mujer en el parque y, luego, apareció muerto.

—Ya entiendo, y esa mujer soy yo, ¿no?

—Eso parece.

—Había oído que fue su esposa la que perdió el perro.

—Sí, bueno; ella ratifica esa versión y nosotros lo investigamos.

—¿Cómo sabe que era yo?

—Ésa es una quimera que no creo que deba preocuparte ahora.

Basilio dio por finalizada la entrevista impidiendo que preguntara nada más. Ella se quedó un momento reflexionando. Entre lo que le contaban unos y otros, la trama que estaba tejiendo aquél miserable se iba aclarando en su mente.

Piedad salió de la comisaría con más dudas que certezas, así es que aprovechó la proximidad con su abogado y amigo para tratar de buscar un consejo que le diera un poco de seguridad.

CAPÍTULO NUEVE

LA PUERTA DEL despacho de Román estaba abierta, por lo que Mari entró y preguntó:

—Hola, Román. ¿Estás ocupado? ¿Tienes un momento?

—¡Ah!, Mari. Pasa, pasa y siéntate.

—Quería hablar contigo del tema del perro.

Mientras se sentaba, Mari observó que la sonrisa se había evaporado de la cara de Román. Había decidido afrontar el tema sin rodeos porque no quería que la entrevista se dilatara con juegos absurdos. Aquel policía no era de su agrado y se encontraba incómoda en su presencia.

—Tu me dirás —le invitó él abriendo las dos manos que reposaban juntas sobre la mesa.

—Verás, tus chicos me han dicho que le has asignado el caso a Carlos.

—Correcto. Es el que menos carga de trabajo tiene en este momento —se justificó.

—Ya, entiendo.

Mari hizo una pausa mientras lo observaba. Su tono de voz era desafiante y sus facciones se habían endurecido. La diferencia de graduación entre los dos aparecería en cualquier momento, estaba segura.

—Pero yo te había pedido que se lo asignaras a Basilio y...

—¿Y qué? Este grupo aún lo dirijo yo. ¿Has venido a decirme cómo debo hacerlo?

—No, no, Román. No te lo tomes así.

—¿Y cómo debo tomármelo? Dentro de unos años serás inspectora como yo, entonces lo entenderás.

—No creo que sea una cuestión de graduación, verás: somos compañeros y, entre nosotros, lo normal es que nos ayudemos.

—¿Ayudarnos? No veo en qué me puedes ayudar tú a mí.

—Me lo temía. Bueno, quizá hoy no, pero mañana, dentro de una semana, un año, no sé... un día cualquiera; un hijo tuyo, un sobrino o sobrina, tú mismo. ¿Me sigues?

Román la miraba con la boca abierta mientras ella hablaba despacio manteniendo una sonrisa en sus labios.

—Pues no sé... creo que me he perdido hace tiempo. La verdad, no veo a dónde quieres ir a parar.

—Es muy sencillo, Román. Imagina que una persona de las que te he citado o un amigo que te importa, tiene un problema con su mujer o marido; un problema de violencia de género de los que acaban sobre mi mesa. Podrías ser tú mismo, ya sabes...

De nuevo, Mari provocó un silencio mientras lo observaba. Su interlocutor movía ahora las manos nervioso, como si no supiera bien que hacer con ellas, pero no articulaba palabra. Resultaba evidente que había entendido a la perfección el mensaje que ella le trataba de comunicar. Mari continuó.

—Claro que, en ese caso, siempre puedes recurrir a mi jefa, otra inspectora como tú; aunque he oído que no te llevas bien con ella. Debe ser duro llegar ahí arriba para estar todo el día peleando por conseguir el favor del Gran Jefe en el reparto de los puestos con un buen complemento específico.

Mari esperó de nuevo. Román se dio cuenta de que no tenía salida, así es que esbozó una leve sonrisa mientras le aguantaba la mirada.

—Bueno, Carlos es un excelente policía y no creo que tenga ningún inconveniente en recibir ayuda de otros compañeros, aunque estén ubicados en otros departamentos.

—Por supuesto que lo es, pero no estaría de más que lo escuchara de tu propia boca —dijo Mari mientras se levantaba de la silla.

—Claro, descuida —contestó Román con un leve movimiento de cabeza.

—Gracias —ella dio por zanjada la conversación.

—A lo mejor sigo tus consejos y pido la plaza de jefe del Grupo de Violencia de Género. Ya sabes que ahora está ocupada provisionalmente.

Mari se dio la vuelta para mirarlo. Tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar allí mismo una carcajada. «¿Román con aquella responsabilidad? Imposible». De nuevo se giró y se fue sin contestar.

Sergio se recostó hacia atrás en el sillón haciendo que crujiera sobre sus muelles al abrir su respaldo para dejarle en una posición de semitumbado.

Clavó su mirada en el techo mientras su mente volvía al pasado y permitía que los recuerdos la inundaran. Solía adoptar esta posición cuando estaba solo porque le facilitaba la reflexión.

Piedad era como de la familia, así es que no le importó su presencia lo más mínimo, con ella se podía permitir aquella frivolidad. Respiró hondo y soltó el aire como un vendaval. Ella se removió en su confidente y se dispuso a esperar. El silencio apenas duró un minuto interminable.

—A veces pienso que el pasado me persigue —dijo Sergio sin mover un solo músculo y continuó tras una breve pausa—. Cuando ese tipo me viene a la mente es uno de esos momentos. Me gustaría tanto poder eliminarlo de mi cabeza, poder resetearlo... pero no puedo. Está grabado a fuego. A veces, me lo cruzo por los pasillos de los juzgados y mi estómago es la parte de mi cuerpo que primero reacciona. A pesar de la sonrisa que conlleva el saludo, no se asienta hasta pasados cinco minutos de haberlo perdido de vista.

Piedad escuchaba mirándolo con una mueca de comprensión en sus labios. De sobra sabía ella por qué lo decía.

—Ya sabes que en esta vida existen personas tóxicas cuyo objetivo es hacer la vida imposible a los demás para tapar sus propias miserias.

—Sí, pero el señor Alonso y García es una auténtica pesadilla —concluyó Sergio recuperando su posición—. Supongo que no se te escapa que su persecución hacia ti es una forma de vengarse porque sigues trabajando conmigo.

La mueca de Piedad se convirtió en una sonrisa de resignación.

—Claro; no obstante, habrá que plantarle cara, no vayamos a dejar que se salga con la suya.

Recordaba con detalle aquel día en que tuvo una fuerte discusión con él en su oficina y cómo salió de allí meneando su cartera y gritando: «De esto te vas a acordar». Diez años llevaba tratando de hacer efectiva su amenaza, pero a lo que no estaba dispuesta era a ceder a su chantaje ni a poner en manos de aquel inútil todos los casos que generaban sus clientes.

—Por supuesto, aunque supone una pérdida de tiempo y un esfuerzo baldío —se lamentó Sergio.

—Eso es para ti y para mí que tenemos otras muchas preocupaciones, pero para él no. Él se dedica a esto, la intriga es su forma de vida.

Una sonrisa en la cara del abogado le indicó que estaba de acuerdo con su reflexión.

—Tienes razón, tenemos que actuar. Disponemos de dos vías: la primera y más importante le toca el bolsillo. Jugar a meter mierda puede resultar hasta divertido; sin embargo, cuando nos cuesta dinero, las cosas cambian. En este sentido, habrá que meterle una demanda por calumnias. La segunda está muy

relacionada con ésta y se trata de desenmascarar al intrigante. Esa actividad deja de tener gracia cuando todo se destapa y queda a la vista que el gracioso es, en realidad, un sinvergüenza. En este segundo caso estaríamos en la vía penal, donde hay una investigación policial abierta y lo mejor es esperar a que aparezca el culpable o que se archive para emprender la demanda civil.

—¿No podemos iniciarla ya?, piensa que está machacando mi reputación en la zona. Supongo que mientras se tramita transcurrirá el tiempo necesario para que se aclare la vía penal, y a mí me servirá para pararle los pies y hacer ver a los vecinos que he actuado contra él.

—Es una buena idea, pero piensa que, como muy pronto, el procedimiento se iniciará en septiembre.

—Septiembre es muy tarde..., pero si no hay otro remedio, que sea cuanto antes —fue la lacónica respuesta de Piedad—. No puedo permitir que me esté despellejando públicamente.

La visita de Piedad llevó a Sergio a sumirse de nuevo en sus recuerdos.

En su mente se vio corriendo por el pasillo del juzgado hacia el rincón en el que el señor Alonso y su propio cliente tenían acorralada a Maite mientras la intimidaban para que cambiara su declaración.

De un empujón mandó al señor Alonso contra la pared de enfrente donde golpeó con su cabeza haciendo un ruido sordo. Su cliente y exmarido de Maite, salió corriendo en dirección contraria sin esperar a recibir su parte, mientras la mujer se echaba en sus brazos.

Su irrupción en la escena provocó un revuelo tal que los funcionarios de los juzgados de la planta salieron a ver lo que pasaba. El juez del 3, que celebraba vistas, interrumpió el acto para mandar callar amenazando con todos los castigos y multas habidos y por haber.

El señor Alonso, en el suelo, se cogía la cabeza gritando como un poseso y retorciéndose de dolor, mientras Sergio trataba de consolar a Maite.

El estado nervioso de ésta era tal, que la llegada de los servicios del 112 resultaron de gran ayuda para administrarle un calmante y para llevarse al fingido moribundo al hospital donde le hicieron una cura y varias pruebas.

Por supuesto que el juicio se suspendió, pero el hecho tuvo tal repercusión que durante una semana no se habló de otra cosa en los periódicos.

Las sucesivas denuncias que se cruzaron en los días posteriores (dos por cada lado) dieron lugar a otros tantos juicios de faltas y la intervención de la

comisión deontológica del Colegio de Abogados.

Dos años tardó en resolverse aquel incidente que al final quedó en una multa para cada uno de los abogados y en una advertencia disciplinaria del Colegio, también para cada uno de ellos.

Lo cierto es que ambos corrieron el riesgo de ser inhabilitados para el ejercicio de la profesión; principalmente Sergio que, de agredido en la persona de su cliente, Maite, había pasado a convertirse en agresor por su defensa.

El parte médico del señor Alonso pesó como una losa en su contra en todas las instancias y, gracias a su relación de amistad con algunos miembros de la comisión deontológica, logró que el conflicto quedara en tablas, pero las noches sin dormir y su brillante carrera amenazada por las artes barriobajeras de un compañero sin escrúpulos, no se le olvidarían en la vida.

Basilio entró en el despacho de Mari con unos papeles en la mano y los dejó sobre su mesa mientras se sentaba en una silla. Ésta lo miró y, sin mediar palabra, los cogió y comenzó a leer. Aquél esperó paciente.

—Todo normal, ¿no? —preguntó cuando hubo terminado.

—Sí, dentro de lo que cabe —respondió él sin convicción.

—¿Cómo la has visto? Yo no veo nada a resaltar en lo que he leído.

— Sí, parece coherente, pero no me fío.

—¿Parece?

—Sí, parece. De momento, es suficiente, ¿no crees?

—Pero... no te fías ¿Algo te ha resultado sospechoso?

—Estaba nerviosa y agresiva.

—Sí, ya lo noté cuando llegó.

—Comienza diciendo que ella no sabe nada y que no ha sido. Eso es lo que dicen todos los “chorizos”. Luego, la tuve que cortar porque parecía que era yo el interrogado.

—Puede que tenga más dudas que certezas. Quizá no tenga nada más que decir.

—No lo creo.

—Entonces, si te contase todas las aventuras que ha vivido con el señor Alonso, ¿la creerías más?

—No, me daría más motivos para pensar que se puede estar vengando.

—No lo entiendo —Mari se encogió de hombros.

—Ella piensa que el del perro la acusa para echarla de la comunidad y

ocupar su puesto de administradora. ¿Tú sabes algo de eso? —preguntó Basilio.

—Sí, en la última reunión, cuando me nombraron presidenta, nos montó un buen numerito con este tema. —Mari contó a Basilio lo ocurrido en esa reunión, mientras él escuchaba impasible.

—Me lo temía —fue su enigmática contestación.

—Te temías, ¿qué?

—Que la administradora tuviera razón en lo que dice.

—Y eso, ¿en qué cambia las cosas? —preguntó Mari.

—En realidad, las complica porque ha podido ser cualquiera. Parece que tiene muchos más enemigos que amigos, así es que, ¡vete tú a saber quién le ha dado este aviso con el perro!

—Entonces, ¿descartamos a la administradora?

—Por supuesto que no. Ella es una posibilidad tan cierta como otra cualquiera.

—Pero, si ella ni siquiera vive en León. No tiene sentido que anduviera paseando varios perros a esa hora.

—En el mundo del crimen todo es posible, amiga mía; hasta las cosas más inverosímiles pueden ocurrir y, en esa comunidad, ¡hasta la presidenta sería sospechosa! —Los dos rieron la ocurrencia.

—Estuve viendo el Código Penal. A simple vista, el maltrato animal es de libro, ¿no? —Mari quiso cambiar de tema.

—A simple vista.

—No eres muy concreto que digamos...

—Estamos empezando, no puedo serlo.

—Más a delante, ¿lo serás?

—Con las pruebas que tú me consigas, espero.

—¡Qué morro tienes! —dijo ella quejándose.

Mari había observado que, desde el comienzo de aquella investigación, Basilio se había convertido en una persona ambigua. A pesar de su amistad, parecía que no era del todo sincero con ella, que no le decía toda la verdad y continuamente recurría a las evasivas. Él dio un nuevo giro a la conversación.

—¿Cómo te fue con Román?

—Bien, creo que ahora nos vamos a llevar mejor —y ella le contó el incidente.

CAPÍTULO DIEZ

—¡JUA, MAMÁ! ¡VAYA movida! En El Barrio no se habla de otra cosa. Hasta Chani, que está en el pueblo, se ha enterado de lo del perro.

—¿Chani? Pues sí que corren las noticias. ¿También hemos salido en el periódico?

—En el de papel no lo sé, yo lo he visto en el digital y las redes están que echan humo.

—Supongo que habrá muchos chistes y «memes», ¿no? —intervino Francisco en la conversación.

Paco era un chaval de 18 años con la cabeza bien amueblada y con la inocencia irreverente propia de la edad. Tenía un concepto muy particular de la vida, formado a caballo entre la opinión de los amigos y lo que se transmitía en las redes sociales. Él sabía que su madre era policía, pero no la tomaba muy en serio porque veía que su vida no se parecía en nada a la de los «polis» que veía en *Netflix* y en las películas americanas.

—Sí, todo el mundo se «descojona» con ese tema.

—Ya puedes mantenerme informada de todo lo que se «guisa» por ahí. Te nombro investigador en las redes para este caso —bromeó Mariana.

—Eso depende de lo que estés dispuesta a pagar.

Francisco y Mariana se le quedaron mirando mientras él esperaba una respuesta con una sonrisa en la boca y la cuchara en la mano. Los tres estaban cenando en torno a la mesa y la situación era realmente cómica. Mariana soltó la carcajada. Luego le siguieron sus dos acompañantes.

—¿Qué? —preguntó Paco con cara de bobalición—. ¿La información no vale dinero?

—La información... —dijo Mariana en tono burlón— ¡Anda come y acábate la cena!

—Me parece que ves muchas películas, y luego están esas series que no se acaban nunca —remató Francisco.

—Pero si yo... —trató de justificarse Paco.

—Déjalo —le respondió su madre encogiéndose de hombros—, pero no te olvides que tienes una deuda conmigo si te enteras de algo.

Paco metió la cabeza en el plato y soltó un sonido indeterminado que lo

mismo podía significar un «sí» que un «no». Sus padres se echaron a reír sin prestarle más atención.

—Voy a pasar un momento a hablar con Chema y con Roxanna mientras tú recoges un poco esto —le dijo a Francisco.

—Yo salgo, ¡eh! —acertó a decir Paco con la boca llena.

La iniciativa tomada para saber lo que ocurría con los aspersores del jardín, lejos de suponer una acción aislada, se había convertido en un capítulo más de la investigación de aquel misterio que se había formado alrededor de su propio domicilio.

Nunca pensó que las cosas se dispararían hasta ese punto, pero la muerte del perro y, con ello, la posibilidad de que se hubiera cometido un delito le brindaban la oportunidad de utilizar para sus fines la maquinaria policial, y la iba a aprovechar.

Era consciente de que su incidente con Román la implicaba directamente en la resolución del caso, por lo que ya no le bastaba con conocer lo que ocurría en la comunidad, sino que averiguar quién era el autor de aquel pintoresco delito resultaba vital para su prestigio profesional.

Cargada de determinación, tocó el timbre de sus vecinos de rellano y esperó unos instantes. Dentro se oía el ruido característico de la actividad de una casa. Eran los vecinos más próximos. Sus puertas se encontraban justo enfrente. Siempre se habían llevado muy bien entre ellos. Tenían un trato casi familiar y Chema había sido el presidente de la comunidad tres años atrás. Era un buen sitio para comenzar a desenredar aquella madeja.

—Hola, Pablo. ¿Está tu padre en casa?

Pablo ni saludó siquiera. Girando sobre sus talones y dirigiéndose al interior de la casa gritó: «¡Papá, la vecinal!», y desapareció por el pasillo dejándola plantada en la puerta. Momentos después apareció Roxanna, que salió de la cocina y, tras ella, Chema.

—Hola Mari. No te quedes en la puerta. Pasa, pasa. ¿Querías algo? —dijo Roxanna muy solícita.

—Quería hablar con vosotros, si es posible. No pretendo molestar y no sé si es el mejor momento, a lo mejor ibais a cenar...

—No mujer, ya hemos terminado, pasa para la cocina con nosotros —dijo Chema.

—Mejor vamos al salón —corrigió su mujer—, eso ya lo recogeré más tarde.

—Mira Chema, ya sabes que soy la presidenta de la comunidad este año y quería preguntarte algunas cosas. Como tú lo fuiste hace poco... —trató de justificarse Mari.

—Claro, lo que tú quiera. Vaya lío se ha montado, ¿no?

—Sí, ¡menudo año me ha ido a tocar a mí!

—No lo creas, aquí todos los años son iguales. Con el del tercero no hay descanso. Yo también tuve un año movidito.

—De eso te quería hablar. Tú conoces bien la comunidad, pero yo siempre he estado un poco de espaldas a lo que sucedía. Necesito que me pongas al día.

—Claro. Tú me dirás...

—Si te soy sincera, no sé por dónde empezar. Me interesa que me cuentes todo lo que sepas sobre los posibles incidentes que hayan ocurrido durante tu mandato.

—Lo primero que tienes que saber es que este tipo tiene muchos enemigos en la comunidad, pero también tiene algunos amigos.

—Pues él presume de que todos son amigos.

—Él vive en una especie de realidad paralela y pretende que los demás también vivamos en ese mundo que él ha creado. Las cosas deben ser según él quiere que sean en vez de como en realidad son.

—Veo que lo conoces bien.

—No es difícil. He sido presidente durante un año y lo he tenido detrás de mí todo ese tiempo. Créeme, cuando transcurra tu mandato, tú también lo conocerás a la perfección. Además, ya sabes que yo soy psicólogo y tiendo a analizarlo todo desde una perspectiva profesional.

—¿A mí también? —preguntó Roxanna, tratando de poner un poco de humor en la conversación y los tres rieron.

—Pues claro, cariño. A ti te psicoanalizo todos los días.

—Me interesa mucho el análisis que haces de esta persona porque hay gente que opina que no está bien de la cabeza.

—Su comportamiento no es habitual. Él se sale de la norma y pretende imponer su forma de ver las cosas, su realidad. Eso siempre genera conflicto. A las personas no nos gusta que venga alguien de fuera y nos imponga su opinión sin tener en cuenta la nuestra. Ni siquiera nos gusta cuando lo hace la propia autoridad en su obligación de imponer el cumplimiento de la ley.

—Qué razón tienes. Eso debe ser lo que hace a la Policía impopular.

—Pues si eso ocurre con la Policía, que pretende hacer cumplir la ley,

imagínate lo que pensarán los vecinos cuando se encuentran ante otro vecino igual que ellos que pretende imponerles su propio catecismo.

—Cuéntame alguna que haya liado en tu mandato.

—Para mí, el mayor problema, desde el punto de vista personal, fue que continuamente andaba diciéndome lo que debía hacer: que si los documentos por aquí, que si las normas de régimen interno por allá, que si las llaves o el cuarto de la comunidad, que si tienes que hacer esto así y lo otro asá... ¡Qué pesado!

—A mí eso no me ha ocurrido, claro que yo llevo poco más de un mes como presidenta y ahora, con todo este lío, creo que me tiene cierto temor.

—No te fíes de eso. Si algo he podido comprobar es que no tiene sentido del ridículo. Tampoco se da por aludido con facilidad y, si no, pregúntale a Isidoro.

—¿Isidoro?

—Sí, el del 35. Luego te doy su referencia porque es importante que hables con él.

—Por supuesto. Eso es lo que más me interesa, que me digas a quién puedo dirigirme.

—Descuida, pero piensa que puede que tengas que visitar toda la comunidad.

—Uffff, ¡vaya lío!

—Mira, el mayor conflicto, durante mi mandato, fue con el vecino de arriba y luego con el de abajo. Con el de arriba ya venía de lejos, pero ese año se recrudeció.

—Pues yo no me había enterado de nada.

—Entonces no asististe a la reunión extraordinaria en la que tratamos el arreglo del tejado.

—No, no fui porque vi el orden del día y, como me parecía necesario pintar, delegué el voto. Creo que te lo delegué a ti precisamente.

—Pues verás, parece ser que él llevaba ya varios años quejándose de que los vecinos de arriba, Carlos y Susana, hacen mucho ruido: que si tiran de la cadena, que si se oyen sus pisadas, que si por la mañana cuando se levantan, que si no le dejan dormir, que si se oye la ducha... en fin; una interminable lista de inconvenientes. Cualquier niño de diez años entiende que, si el vecino de arriba se tiene que duchar pues se ducha y no tiene ninguna culpa de que se oiga en tu casa el ruido que hace. O, ¿es qué ahora vamos a regular la intensidad a la que tenemos que poner la ducha en nuestra casa y las horas del

día a las que nos podemos duchar en función de que le moleste o no a una persona?

—Está claro.

—Pues él, nada, insistiendo con el tema: carta de diez páginas con “corta y pega” de todas las leyes del mundo que se le ocurren, en especial del reglamento de régimen interno, tanto a la administradora como al vecino; la administradora mediando para que las cosas se mantengan dentro de un orden, y él a lo suyo.

—Menos mal que nosotros vivimos en el último piso y no tenemos a nadie por encima.

La intervención de Roxanna trataba de distender un poco la conversación y la explicación de su marido. Todos asintieron y sonrieron.

—Total, que acabó denunciándolo en el ayuntamiento, en la Junta y en todos los lugares donde le hicieron caso. Vinieron los municipales y se debió montar un buen jaleo.

—Pues yo no me enteré de nada.

—Creo que Carlos llegó a hacer algún tipo de insonorización en la vivienda para que lo dejara en paz.

—¿Que se gastó la pasta por culpa de su vecino, quieres decir?

—Fue lo que él me dijo, pero eso pasó un par de años antes de que yo fuera presidente. Lo que ocurrió en mi mandato es que volvió a la carga.

—¿Otra vez los ruidos?

—Y las cartas interminables.

—Ahora entiendo a la administradora, que está de sus cartas hasta los hue...

—Pues imagínate cómo estarán Carlos y Susana...

—Sí, sí, claro.

—La cuestión es que, aprovechando la reunión del arreglo del tejado, Carlos mandó una carta pidiendo que se incluyera ese conflicto en el orden del día de la reunión. Yo no era muy partidario de hacerlo porque sabía que se iba a «montar» una buena, pero lo hable con Piedad y ella me dijo que tenía derecho a hacerlo en virtud de no sé qué artículo de la ley y que era conveniente tratarlo porque parecía que no tenía fin. Yo accedí.

—A veces es mejor entrar en el conflicto en vez de rehuirlo. Que todo salte por los aires es bueno para comenzar a construir desde cero.

—Por supuesto, pero hubiera preferido que saltara por los aires en tu mandato en vez del mío. —Todos volvieron a reír la salida de Chema.

—Cuenta, cuenta lo que pasó en la reunión, que me tienes en ascuas.

—Fue gracioso. Cuando Chema llegó a casa y me lo explicó, estuve riéndome un buen rato —intervino de nuevo Roxanna.

—Al ver que a la reunión no había ido Carlos sino Susana, me puse en lo peor. Primero abordamos lo del tejado y luego pasamos a este punto. Piedad lo introdujo advirtiéndome que no se trataba de una cuestión comunitaria, sino de un problema particular entre vecinos, pero que uno de los afectados había solicitado tratarlo en junta y por eso se había incluido. El señor Alonso saltó como un tiro: «¡Mentira!», dijo con unos papeles subrayados con rotuladores de todos los colores y llenos de pósits amarillos en la mano, «es un incumplimiento claro del reglamento de régimen interno, que en su artículo tal dice... y en el otro dice...». Mientras él iba leyendo, la gente resoplaba y se levantó un murmullo en la sala donde hacemos las reuniones. Yo observaba la que se me venía encima. En ésas, Susana se levantó y dijo interrumpiéndole: «Ese reglamento no sirve para nada y pido a la junta que lo derogue porque es una fuente de conflicto entre los vecinos». Él, que estaba sentado en primera fila, se volvió hacia Susana, que estaba en la última y le soltó «lo que tiene que hacer usted con este reglamento es cumplirlo como lo cumplo yo».

Susana no se amilanó, ya la conoces, así es que continuó: «Ese reglamento lo creaste tú cuando fuiste presidente y he llegado a pensar que su único fin es el de perseguir a los vecinos». La contestación del señor Alonso no se hizo esperar: «Eso es una mentira, sin este reglamento nos comeríamos los unos a los otros». Las intervenciones del uno y la otra se sucedían sin permitir que el oponente acabase su argumento. «Pero, ¿¡qué dices!? Si el noventa por ciento de los vecinos de la comunidad no se los han leído. ¿Tú te crees que tengo yo tiempo de leerme diez folios plagados de “sandeces”? ¿Acaso te piensas que necesito que un “descerebrao” venga a decirme cómo tengo que comportarme para no molestar a mis vecinos». Las alusiones despectivas de Susana a su amado reglamento y los insultos hacia su persona nublaron su mente durante un instante y no acertaba a encontrar las palabras adecuadas para responder; por fin, rojo de ira, contestó: «¿Un “descerebrao” yo? Todos sois testigos. Quiero que conste en acta este ataque personal. Te voy a meter una demanda que te vas a enterar», contestó él. Ella siguió a lo suyo: «¿Acaso alguien más que un “descerebrao” puede venir a decirme que le molesta cuando tiro de la cadena del váter? ¿Qué pretendes, que le ponga un silenciador? ¿Le has puesto tú uno a la tuya? ¿Vas a poner un horario para que los vecinos usemos el váter y la ducha?, porque lo de la ducha ya es de

“aurora boreal”. Yo me ducho como todo el mundo, ¿me oyes!? ¿O es que tú no te duchas? Bueno, igual es eso, que deberías ducharte de vez en cuando... eso te relajaría un poco la mente y ayudaría a que todos pudiéramos vivir mejor».

En ese punto, se lio un guirigay de cuidado y todos comenzaron a murmurar y a reírse. El señor Alonso trataba de hacerse oír, pero no lo conseguía. Yo, la verdad, me lo estaba pasando “pipa”. Él estaba muy nervioso e insistía en hablar. Los vecinos ya habían dado por terminada la reunión y a mí me pereció bien, así es que lo hablé con Piedad, que estaba a mi lado en la mesa y convinimos cerrar allí. Cuando los hice callar a todos para levantar la sesión, saltó Pablo y dijo, sin levantarse: «No sé por que te pones así, José Luis, todos esos ruidos que dices y más, los oigo yo procedentes de tu casa: la cadena, la ducha, las sillas, el caminar... y el perro. La verdad es que lo que más me molesta es el perro. Nunca te había dicho nada de este tema, pero el perro me molesta mucho. No es que ladre demasiado, solo que, cuando lo hace por la noche, me despierta y ya no vuelvo a dormirme. Supongo que ahí también entra un componente personal, porque a mi mujer nunca la despierta, ella duerme como un cesto, pero a mí sí me despierta y ya no suelo dormirme». Susana, que estaba disfrutando, no desaprovechó la ocasión y le soltó: «Vamos, señor Alonso, aplícate ahora tu propio reglamento». Todos empezaron a reírse y a comentar entre ellos que también escuchaban los ruidos del de arriba, etc. Yo aproveché para levantarme y los mandé a todos a casa. A partir de ahí, el señor Alonso la emprendió también con Pablo.

—Oye, ¿me dices que se habló del perro en esa reunión? —saltó directa Mari.

—Claro, y se siguió hablando luego porque no era el único vecino al que molestaba.

—Tendré que hablar con esos vecinos.

—Es una buena idea, ellos son los afectados.

—Gracias Chema, ha sido muy interesante tu información. Tendré que volver a recurrir a ti, seguro. No te importa, ¿verdad?

—En absoluto. Aquí me tienes para lo que necesites.

—¡Ah!, Mari. No se te olvide hablar con Campillo. Ese hombre conoce todos los secretos del señor Alonso.

—¿Campillo? ¿Quién es Campillo?

—Un señorín mayor que siempre va con él.

—¿Uno que parece un indigente?

—El mismo. Es su mano derecha.

Con la puerta abierta y Mari en medio del rellano, las risas de Chema se oyeron como en una caja de resonancia para cortarse de inmediato en cuanto se dio cuenta.

—Chsssss —fue la respuesta de Mari con el dedo índice sobre los labios y la llave dispuesta para meterla en la cerradura de su casa.

Mariana y Francisco salían a dar un paseo por la zona todos los días después de cenar. Con el calor que hacía durante el día, era la única hora en que se podía disfrutar de estar fuera de casa.

Aprovechaban este momento para hablar de sus cosas pero, sobre todo, de la evolución de los acontecimientos ocurridos en la comunidad. El perro del señor Alonso era el tema de actualidad. Francisco mostraba mucho interés en mantenerse al día de lo que Mariana iba averiguando y, a su vez, la informaba sobre los chismes que él mismo conseguía saber hablando con unos y con otros.

—¿Cómo te ha ido con Chema y Roxanna —dijo Francisco.

—Bien, muy bien. Son muy majos. Hemos tenido surte con los vecinos. Todos los del rellano son muy sociables. ¿Tú sabías que Chema es psicólogo?

—Claro, y de los buenos.

—No sé por qué soy siempre la última en enterarme de todo —respondió ella con cierto fastidio.

—Será porque eres policía —rio Francisco.

—Será.

—¿Que te ha contado?, si se puede saber.

—Muchas cosas. Me ha contado que en su mandato hubo varios incidentes con el del tercero, el del perro. Principalmente problemas vecinales con el de arriba y con el de abajo. Ruidos y eso.

Mariana le contó los incidentes de la reunión con pelos y señales, recalcando la queja de Pablo.

—Debió liarse una de cuidado. Con los ladridos del perro en primera fila. Qué pena de no haber estado allí.

—Chema me dijo que, al final, tuvo que cortarla y mandarlos a todos a casa porque se armó un guirigay de cuidado, pero ¡quién hubiera visto al del bigotito con los estatutos en la mano estirándose para hacerse oír mientras todos hablaban! —Los dos rieron y siguieron caminando, pero de pronto

Mariana se detuvo para puntualizar a su marido.

—Lo que me sorprendió es que saliera lo del perro en la reunión en presencia de la administradora y que ella esta mañana haya declarado que no sabía que el señor Alonso tenía un perro.

—No se habrá acordado de ese detalle.

—Imposible, porque Chema me insistió en que ella misma había mandado cartas trasladándole las quejas del vecino del segundo con las molestias del perro.

—Si es así...

—Piedad me ha mentido —remató Mariana—. Uno no miente si no tiene nada que ocultar y Piedad está ocultando algo. No me puedo fiar de ella.

—Demasiado drástica, ¿no?

—En absoluto.

La pareja se quedó en silencio. Los dos pensaban en la trascendencia de aquella mentira. Seguramente su mujer tenía razón, algo ocultaba, pensó él.

—¿Qué tal con la junta rectora de la comunidad? Estuviste con ellos esta tarde, ¿no? —cambió de tercio Francisco.

—Sí, cinco minutos. Comentamos los sucesos y nos echamos unas risas, luego nos fuimos a tomar un café.

—Vaya, ya os parecéis a los políticos, solucionáis los problemas en la cafetería —dijo Francisco en broma.

—¡Ah!, tú fuiste el que no quisiste ser presidente. —Los dos rieron.

2 DÍAS DESPUÉS

CAPÍTULO ONCE

FRAN TAMBIÉN ERA administrador de fincas como Piedad. Entre los dos habían montado la oficina y trabajaban juntos desde hacía casi quince años; por lo tanto, él mejor que nadie entendía a la perfección las dimensiones del problema por el que estaba pasando Piedad.

—Al final me voy a comer yo este “embolao”, ¡ya lo verás! —le dijo, mientras tomaban café.

—Tú no has hecho nada, la policía no te puede acusar, no te preocupes.

—No es tan fácil.

—Ya hablaste con Sergio. Cuando los juzgados se reactiven en septiembre, que meta la demanda el mismo día uno. Luego pones una nota informativa en todos los portales y no le des más vueltas.

—Hasta el día uno de septiembre queda casi un mes. Es mucho tiempo y él está todos los días, “dale que te pego”, con que la administradora es la que le mató al perro.

—También puedes ir y colgarlo a él. Ya sabes el refrán: “muerto el perro, se acabó la rabia”. —Los dos rieron.

—Si fuera por las ganas...

—Habla bajo, a ver si nos va a oír alguien —dijo Fran girando su cabeza a ambos lados.

—Lo que más me molesta es la actitud de la policía. Él va y dice que fue la administradora y lo primero que hacen es decir: «Pues tienes razón, ¡fue la administradora!».

—Pero tú no fuiste, así es que no podrán sacar lo que no es.

—¡Vamos, Fran! ¡Pareces bobo! ¿Es que no lo ves? ¿De qué me sirve ser inocente, si los vecinos piensan que soy culpable y pierdo las comunidades? ¿Acaso crees que las voy a recuperar cuando, dentro de medio año, la policía decida que el culpable de la muerte del perro fue “Perico el de los palotes” y yo no tengo nada que ver en el asunto?

—Tienes toda la razón, pero no alcanzo a ver lo que tú puedes hacer ahora para evitar eso. La vía judicial es la única opción válida y el hecho de que tengas que esperar un mes para iniciarla es una auténtica “putada”, ¡es lo que hay!

—La vía judicial es solo una pequeña ayuda para frenarlo en su afán de desacreditarme en la zona, aunque en el mes de septiembre puede que ya no sirva para nada. Por lo demás, soy consciente de que ningún juez lo va a condenar a pagarme el daño que puede llegar a hacerme.

Un silencio se abrió entre los dos y ambos lo aprovecharon para aplicarse en sus respectivos cafés. Fran sabía que Piedad tenía toda la razón, pero ésa era la esencia de aquella difícil profesión, basada en la confianza entre cliente y profesional, y que tantas veces se perdía por bulos, intrigas o manipulaciones de un solo individuo, o unos pocos entre cientos.

—¿Qué piensas hacer? —intervino él para romper el silencio, a pesar de que conocía de sobra la respuesta.

—No tengo ni idea —se sinceró ella—. Sobrevivir como siempre, supongo.

Mari no quería andar picando por las puertas de los vecinos de su comunidad, así es que decidió que hablaría con los que pensaba visitar y quedaría con ellos a una hora, así no tendría que andar disculpándose por interrumpir en la vida familiar a horas intempestivas.

«Si alguien viene a tu casa, aunque sea la presidenta de la comunidad, es mejor que el vecino lo sepa», pensó.

Cuando sonó su móvil, la administradora en seguida vio el origen de la llamada y descolgó.

—Hola Piedad, soy Mari. Necesito los teléfonos de los vecinos del cuarto y del segundo: encima y debajo del señor Alonso. También el de Isidoro.

—¿Pasa algo?

—Nada. Quiero hablar con ellos y prefiero llamarlos antes por teléfono. Ya sabes, estamos investigando. Algo rutinario, no te preocupes.

—Ok, toma nota.

—¿Me los puedes meter por el *Wass*?

—Sin problemas. Si necesitas algo más, ya sabes...

—Nada más de momento, gracias. Sí, sí —rectificó con prisa—, añade el de Campillo.

La respuesta de Piedad fue rápida, pero en cierta media le sorprendió.

—De Campillo no tengo teléfono.

«Qué raro», pero tras una breve reflexión creyó entenderlo: «El hombrecillo es desconfiado. No da su teléfono. Seguro que solo lo conocen

los hijos. Le tendrán la cartilla bien leída. Le dirán: “Cuidado con quién te relacionas”. Pobrecitos, se está relacionando con la joya de la comunidad. Increíble».

Mari se puso de inmediato manos a la obra. Cogió el teléfono de la oficina y llamó a sus vecinos. Tuvo suerte porque quedó para tomar café con Pablo y luego con Susana, que estaba en casa.

Había decidido aparcarse su trabajo habitual y dedicarse por completo a ese caso. La verdad es que no tenía mucha faena y sus compañeras se ocuparían de lo que fuera saliendo.

En ese momento era la jefa de su grupo porque la inspectora estaba de vacaciones, y no tenía que dar explicaciones a nadie. Por otro lado, el caso del perro era un tema tan oficial como otro cualquiera y ella tenía que cumplir con la labor de colaboración a la que se había comprometido.

La teoría de Basilio resultó cierta al cien por cien. Sus vecinos la recibieron con familiaridad y le abrieron sus puertas sin reticencias. Ella estaba acostumbrada a leer más allá de las palabras y daba mucha importancia a los gestos. Rápidamente pudo ver en los miembros de la comunidad su disposición a colaborar.

—Hola, Pablo. Gracias por venir.

—Faltaría más. Para mí es una obligación como vecino. Supongo que querrás hablarme de «la movida» del perro.

—Claro, pero sobre todo quiero que me hables de sus dueños. Tú los conoces bien.

—Por desgracia... Trato de vivir al margen de ellos, de ignorarlos; aunque debo reconocer que no lo consigo. ¡Ojalá viviera en el séptimo! —Los dos se echaron a reír.

—Chema me contó lo de aquella reunión memorable.

—No debí intervenir porque, a partir de ahí, la ha tomado conmigo; pero no pude evitarlo. Me compadezco de Carlos y Susana.

—Entiendo. ¿Oyes muchos ruidos procedentes de su piso?

—No, los normales. Los mismos que él se queja que oye del de arriba. Las casas son todas iguales y los ruidos se transmiten por tuberías y forjados. Nada en especial. Bueno, sí: el perro.

—¿Te molestaba mucho el perro?

—No es eso. Yo tengo el sueño muy ligero y, a veces, me despertaba por las noches. Nunca dije nada; sin embargo, aquel día se puso tan pesado con

Susana...

—¿Te quejaste a la administradora?

—Creo que le mandé un par de correos y sé que ella le mandó alguna carta, pero no insistí. Yo vivo mi vida y a él lo llevo como puedo. Es como una lotería y a mí me ha tocado.

—Oye, no sabrás, por casualidad, quién mató al perro. —Pablo soltó la carcajada.

—No, no tengo ni idea. No me importa lo más mínimo. Cualquiera pudo hacerlo. Cuando digo cualquiera me estoy refiriendo a cualquiera. La mayoría no lo pueden ni ver. Se cambian de acera para no tener que saludarlo. Es que es tan pesado. —Remarcó y alargó las dos últimas palabras.

Pablo se manifestó como un vecino muy afable y cercano. Su relación había sido siempre superficial, pero a Mari le pareció una buena persona y para nada un “mataperros”, como había dicho su compañero tomando café.

También le contó que, el mismo día que apareció colgado el perro, en El Horno, la cafetería de debajo de casa, estaban haciendo bromas y riéndose un grupo de vecinos, entre otros “chismes”. La conversación fue agradable; tanto que, cuando quisieron darse cuenta, se les había pasado el tiempo y quedado el café frío.

Por otro lado, Susana era una mujer con mucho carácter y se la veía muy sensibilizada con su vecino.

—Pega con el mango de la escoba en su techo para que me dé por aludida. ¡Conmigo no le vale!. Traje del pueblo este superpalo. —Susana exhibió un garrote de, por lo menos, seis o siete centímetros de diámetro y una tabla que tenía en un rincón de la cocina—. Le pego unos golpes con este garrote sobre esta tabla, para no dañar los azulejos, y se acabaron los golpecitos durante una temporada.

—Eres «una fenómeno», Susana. —Mari soltó una sonora carcajada.

—¿Quiere guerra? Pues eso es lo que va a tener. Por la noche, si me despierto, me levanto y tiro de la cadena, aunque no lo necesite. Ya le dije a mi abogada: «Si no está conforme, que vaya al juzgado a decirle al juez que tiro de la cadena».

—Si lo hace, avísame que quiero verlo. —A Mari le gustaba la actitud combativa de aquella mujer.

—Mira, Mari. Yo lo que quiero es que me deje en paz, pero si se piensa que va a pasar por encima de mí, está muy equivocado. Los mismos ruidos de los que él se queja los oigo yo del de arriba y nunca le he dicho ni una sola

palabra.

—En una casa hay ruidos familiares que forman parte de ella. Yo tengo la suerte de que no vive nadie arriba, pero también escucho ruidos. Ahora que soy la presidenta y me paseo un poco por el edificio, me doy cuenta de lo que se oyen los ruidos en los rellanos de escalera y en zonas comunes. Niños, cacharros, la televisión, música. Se oye todo, eso es vida.

—Vida, Mari. Tú lo has dicho. Se oyen ruidos porque estamos vivos. El silencio es terrible. Ese tipo debe estar muerto o acabará matándonos a todos... a disgustos.

—Oye, Susana. Tengo que hacerte la pregunta. ¿Tú sabes quién mató el perro?

—Yo no. ¡Eh!, para aquí no apuntes —soltó Susana entre risas.

—Pues con ese garrote... —Las dos mujeres rieron divertidas.

—Aprovecharé la mañana a ver si localizo a Campillo.

La reacción de Susana no se hizo esperar.

—¿Quién, el señorín ese que siempre va con el de abajo?

—El mismo.

—Difícil. Lo tiene abducido.

—¿Abducido?

—Yo lo llamo «el Lacayo». Si le dice: «Salta», él salta. Es su perrito fiel, su “machaca”.

—Exageras, mujer.

—No creo que te abra la puerta.

—Pero, ¿por qué?

—Ya lo verás. Siempre va solo o con él. Bueno, a veces, se le ve con un niño. Debe ser su nieto. Por las horas, irá a buscarlo al colegio.

—Solo quiero hablar con él.

Mari parecía que trataba de justificarse.

—Será en presencia de su abogado —dijo Susana riéndose mientras abría mucho sus ojos y señalaba con un gesto de su dedo hacia el suelo.

Mari captó la indirecta a la primera y rio la gracia.

—A la tarde voy a ver a Isidoro, ¿lo conoces?

—Claro, él te podrá hablar de Campillo... y de otras cosas...

—¿Otras cosas?

—Se ha vuelto un independentista. —De nuevo, Susana rio alegremente. Mari espero intrigada—. He oído que está estudiando la posibilidad de sacar a su portal de la comunidad para no tener que ver más a mi vecino. —De

nuevo hizo el mismo gesto con el dedo apuntando hacia abajo con reiteración.

Mari dio un respingo y casi se cae para atrás de la silla en la que estaba sentada.

—Pero eso no es posible —acertó a decir sin saber muy bien de lo que estaba hablando.

—Bueno, pregúntale. Si Isidoro lo dice, no andará muy desencaminado.

Definitivamente era una gran mujer. Muy enérgica, pero muy cabal. Mientras caminaba al encuentro de Campillo, iba pensando en la broma de Susana antes de que la conversación pasara a hablar de Isidoro. Quizá más que una broma fuera una advertencia.

No le costó localizar el piso de Campillo. El segundo “C” del portal 35. El mismo portal donde vivía Isidoro. No le respondieron a la llamada del telefonillo, pero coincidió que Laura, la mujer de la limpieza, estaba limpiando la entrada y tenía abierta la puerta. Subió por la escalera y llamó al timbre de la casa. Tampoco hubo respuesta, así es que pospuso la visita para otro momento. Mientras bajaba se iba acordando de las palabras de Susana.

—Perdone, es usted la presidenta, ¿no?

—Sí, Laura. Pero no me trates de usted. Hace mucho que nos conocemos. Llevas mucho tiempo en la comunidad y tengo más trato contigo que con la mayoría de mis vecinos.

—Perdona, Mariana, no sé cómo abordar esto...

—Dime, mujer, ¿ha pasado algo?

Laura se echó a llorar de forma irremediable. Su llanto era tal que no acertaba a hablar. Mari se quedó impresionada ante aquella reacción tan espontánea. Luego, se acercó a ella y la abrazó tratando de tranquilizarla, con lo que el llanto fue desapareciendo.

Ante la necesidad de encontrar una explicación a aquella reacción incomprensible, su deformación profesional la llevó al convencimiento de que estaba siendo objeto de algún maltrato en su propia casa.

—Perdona que me haya puesto así, pero es que ya no puedo más.

—Vamos, Laura, es la tercera vez que me pides perdón. ¿Quieres contarme de una vez lo que te pasa?

—Es ése de tu portal. Ayer me ha «metió» una bronca monumental porque dice que no limpio. Me dijo que soy una vaga y que estoy engañando a la comunidad. Yo no tengo por qué aguantar esto. Si no fuera porque me hace falta el trabajo, me iba de aquí solo por no verlo.

—Espera, espera. ¿Te estás refiriendo al señor Alonso?

—El mismo. Ese abogaducho que no ha tenido un caso decente en su vida.

—Esto es el colmo. Deja ahí los bártulos. Vamos a tomar un café y me lo cuentas todo.

Mariana esperó a que Laura colocara sus cosas en un rincón y, ya más relajada, las dos mujeres salieron hacia El Horno manteniendo una charla amena.

CAPÍTULO DOCE

CONOCIENDO A SUS vecinos, Mariana se iba dando cuenta de que, cuando quitas el caparazón del que nos recubrimos, aparece la persona, el ser humano, y la luz brilla en todo su esplendor. Por otro lado, una sola manzana, un solo intrigante puede ser suficiente para traer por la calle de la amargura a otros cien o doscientos.

Isidoro era sin duda un tipo especial, de esos que no dejan indiferente a quienes tienen la oportunidad de tratarlos.

—Por supuesto que lo conozco. Mira Mari: a estas alturas ya hemos pasado por la junta todos los vecinos y conocemos su vida y milagros, sobre todo sus milagros.

—Parece que soy la única que permanece en el limbo, aunque en estos quince últimos días he tenido una buena ración.

—Tú acabas de entrar de presidenta, pero lo irás viendo a lo largo del año porque, si en algo es especialista, es en perseguir, coaccionar y tutelar a la junta de la comunidad. No solo te dice lo que tienes que hacer, sino cómo y cuándo.

—Ya me estoy dando cuenta de que es más que un simple vecino.

—Y, si no le haces caso, te persigue, te acosa o te denuncia como a mí.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Te denunció?

—Efectivamente. Me mandaba un burofax cada semana y, como no le hacía ni caso, cuando quise darme cuenta me llegó el requerimiento del juzgado.

—Eso de mandar burofax y cartas le gusta mucho.

—No lo sabes tú bien. No le entra nadie en el despacho y se dedica a perseguir a sus vecinos si no hacen lo que él dice. Ahora, conmigo lo tiene crudo. Un día estuve a punto de romperle la cara. Desde entonces, cuando me ve se cambia de acera.

—Oye, Isidoro. Me han dicho que eres un independentista.

—¿Independentista, yo? ¡Qué cosas!

—Sí hombre, que quieres independizar a tu portal de la comunidad.

—¡Ah!, ya. Digamos que conozco bien la comunidad. Tengo amigos en todos los portales. Nuestros vecinos son buena gente en general y cumplidores,

pero él es un generador constante de conflictos. Envenena todo lo que toca. Luego, a todos los sitios va con su reglamento. Te lo saca de su cartera, todo coloreado con rotulador y te lo agita amenazador, «es que el artículo tal dice...» —Isidoro imitaba el supuesto gesto moviendo su mano a la altura de la cabeza a la vez que hablaba—. Parece la Inquisición: siempre buscando a alguien para meter en cintura. A estas alturas de mi vida, ya no estoy para que ningún inquisidor venga a decirme lo que puedo o no puedo hacer, y más si lo hace basándose en unos papeles que ha sacado de su propio ordenador. Bastantes leyes tengo que cumplir para que venga ése con la suya.

—Entiendo, pero lo de saliros de la comunidad...

—Ya, bueno, eso es muy sencillo. Al finalizar de la última reunión, en el trayecto de vuelta, veníamos hablando varios vecinos y a uno se le ocurrió decir: «¿Os imagináis lo bien que estaríamos en la comunidad sin este tipo?». Y ahí empezó todo.

—Hombre, como comentario está bien, pero parece que tú te lo has tomado en serio.

—Lo he estado consultando por si es posible, ya estamos todos hartos de él.

—¿Campillo también? —La pregunta de Mari lo pilló desprevenido.

—Campillo es el que más lo necesita. Algunas veces me pregunto el motivo por el que lo sigue como un perrito faldero. Estoy convencido que hay algo por debajo.

—¿Algo como qué?

—No sé, Mari. Algo oscuro, un motivo oculto. Tú eres la policía. A lo mejor a ti te lo cuenta.

—Eso será si consigo dar con él. —La carcajada de Isidoro resonó en toda la casa.

—No te abre, ¿no?

—No sé, he ido esta mañana y parecía que no había nadie en casa.

—Están, están, pero no abren a nadie que no conozcan. La mujer no sale a penas de casa. A la compra y demás recados va siempre él.

—Oye, ya que lo has estado mirando, ¿qué te han dicho de la independencia del portal?

—Que es posible.

—¿Y la administradora está de acuerdo?, porque con ella también lo habrás consultado.

—No, ella no está de acuerdo. La independencia que ella me ofrece no

me sirve, es parcial.

—Una pregunta más, si me lo permites, Isidoro. ¿Tú tienes idea de quién ha podido ser el que mató al perro? —De nuevo la risa del interpelado inundó la casa.

—Te voy a ser sincero, Mari. El otro día, cuando lo vi ahí abajo, gritando enfurecido y moviéndose como león enjaulado, me alegré. Sé que no está bien, pero ésa es la verdad. Hoy te puedo decir que ni lo sé ni me importa. Ha podido ser cualquiera. No soy el único que se ha alegrado.

—La administradora, ¿también?

—También... ¿qué? ¿Se ha alegrado o ha podido ser?

—Las dos cosas.

—Pues, las dos cosas.

—No me dirás que das crédito a la versión que va contando por ahí mi vecino —se sorprendió Mariana.

—No es que me importe demasiado si es cierta o no, aunque desde mi punto de vista es de las pocas cosas coherentes que le he oído.

—Me sorprendes... —dijo Mariana invitándolo a que se explicara.

—No te sorprendas tanto. Yo mismo la he visto, en la parte alta de Eras, jugando con un perro.

—¿Estás seguro de que era ella?

—Claro que lo era. En el descampado que hay ahí arriba al terminar los chalés.

Parecía muy seguro. Si aquello era cierto, tenía que anotar otro nuevo renuncio en el haber de Piedad.

—Por cierto, Isidoro, ¿tienes perro?

—¿Yoooo?

Resultaba evidente que no lo tenía y que la pregunta lo había cogido por sorpresa. Mariana no se dio por aludida y continuó preguntando.

—Sí, claro. ¿Quién, sino?

—Quita,quita. De perros no quiero saber nada.

—¿No te gustan?

—En absoluto, y menos en un piso.

—Y del perro del señor Alonso, ¿qué opinión tenías? —Isidoro se la quedó mirando. No acababa de entender a dónde quería ir a parar.

—Ninguna, como de los demás perros, supongo.

—Osea, que no te gustaba ni el perro ni el dueño...

En ese momento, se dio cuenta del sentido de las preguntas de la policía.

—Efectivamente, ni el uno ni el otro. ¿Eso me convierte en sospechoso?

—¿Sospechoso? ¡Qué va! ¡Ya me gustaría a mí tener un sospechoso...!

Mariana pronunció esas palabras con una media sonrisa en los labios mientras se levantaba para marcharse. Luego, ya en la calle, recordando lo que le había dicho Isidoro, pensó en Basilio y su sonrisa se amplió.

Cuando Campillo aplicó su ojo a la mirilla y vio en aquel círculo la figura distorsionada de una mujer, no le cupo ninguna duda de que era la presidenta de la comunidad. A pesar de la sacudida eléctrica que recorrió su cuerpo, no movió ni una sola pestaña.

«No puedo abrir. Él me ha dicho que no se me ocurra hablar con ella. Pero... es la presidenta. Debería hacerlo. No, no puedo. Si se entera que lo he hecho, se va a poner hecho una furia. Seguro que pronto se irá como se fue esta mañana».

Sus pensamientos se atropellaban. Su corazón iba muy deprisa, lo podía oír perfectamente. Aguantó la respiración. El silencio era absoluto dentro de la casa. Tenía mucha experiencia en aquella maniobra y la ejecutaba a la perfección. A su espalda podía percibir la presencia de su mujer, pero ella tampoco pestañearía, si era preciso, para no hacer el más mínimo ruido que delatara su presencia.

Mari había ido preparada y antes de llamar a la puerta había comprobado que los ascensores quedaban fuera del alcance de visión de la mirilla. Después de esperar un tiempo prudencial e insistir en la llamada al timbre, puso cara de circunstancias y se desplazó lentamente hacia la pared limítrofe con la puerta.

Lo había hecho otras veces, era su plan B. En cuanto estuvo segura de que ya no la veían, corrió rápida hacia el ascensor y pulsó el botón de bajada quedándose ella fuera. El aparato se puso en marcha, cerró las puertas con gran estrépito y comenzó la maniobra de descenso que le había indicado.

Con la misma agilidad regresó al lado de la puerta arrimándose a la pared para no ser vista y, con sigilo, pegó su oreja a la madera, justo a tiempo para escuchar cómo el metal de la tapa interior se deslizaba sobre el marco, también metálico, del visor en un leve siseo. Luego unos pasos suaves y la voz del hombrecillo que confirmaba a su expectante cómplice.

—Ya se fue.

—Pero tendrás que hablar con ella.

—No puedo.

—Te vas a meter en un lío.

Y las voces se alejaron y se perdieron dentro de la vivienda.

Campillo salía por la puerta de la calle, pero a su derecha, en la zona de buzones vio que habían metido una publicidad. Le gustaba tener el buzón limpio y lo había vaciado aquella misma mañana.

«Qué “pesaos” éstos de la publicidad. Todo el día metiéndote basura en el buzón. Tenían que multarlos. En la próxima reunión voy a protestar, aunque no servirá de nada, ya lo he dicho otras veces y esa administradora no hace nada. Bueno, nada... mandarme cartas con que si debo esto o si debo aquello. Y este papel que hay aquí ¿qué es? “¡Coño!” ¿Quién me ha metido esto? “Soy la presidenta. Póngase en contacto conmigo en este teléfono... Tengo que hablar con usted”. Lo que me faltaba. Esta tía ya se está poniendo demasiado pesada. Ahora ¿qué hago? Se lo preguntaré a José Luis. No, mejor no hago nada. Que me busque si quiere, no me va a encontrar... Si al final va a tener razón Aurelia».

En un gesto de rabia, apretó con fuerza el papel en su puño y continuó su habitual paseo de la tarde. Iba tan ensimismado pensando en el problema que se le presentaba con la presidenta de la comunidad que dejó de tener conciencia del mensaje que llevaba en su mano derecha y, poco a poco, sin darse cuenta, fue relajando y abriéndola hasta que adoptó la posición habitual de semiabierta dejando caer el papel que contenía.

El paseo duró la hora acostumbrada y, cuando ya se iba acercando a su casa, llegó a la conclusión de que aquel toro tenía que torearlo él solo. La presidenta era policía y podía llegar a detenerlo si trataba de ignorarla. Entonces fue cuando se acordó del papel que llevaba en su mano derecha.

«¡Dios mío!, lo he perdido. Pero, ¿dónde? Ahora vete a saber... Ahora, ¿cómo me pongo en contacto con ella? Iré a su casa. No, no puedo. Y si me ve José Luis...., es de su portal. No, él lo controla todo. Lo lleva todo en esa agenda enorme que siempre tiene a mano. ¿Cómo lo hago?

Mariana estaba contenta, todo había salido a «pedir de boca». Hasta la aventura vivida con la visita frustrada a Campillo le resultó entretenida.

—Hoy ha sido un día muy interesante. He conocido a personajes estupendos. Algunos de ellos han sido un auténtico descubrimiento —dijo mientras caminaba al lado de Francisco.

—Me alegro de que estés conociendo a la gente que nos rodea.

—Yo también. Me lo he pasado realmente bien y he averiguado muchas cosas.

—Sorpréndeme.

Mariana fue relatando a Francisco sus conversaciones con unos y con otros, pero cuando llegó a Laura, su tono cambió y se puso muy seria.

—Lo de Laura es de denuncia penal. De momento le he dicho que no haga nada porque estamos metidos en lo del perro y no quiero mezclar, pero considero en serio que presente una denuncia por acoso.

—¿Sexual? —saltó Francisco de forma inmediata.

—No, burro. Acoso. Acoso normal y corriente. Pues es lo que le faltaba, que fuera un depravado sexual. —Los dos rieron.

—¿Qué le pasa a Laura con él?

—Verás, el tipo se pasea por toda la comunidad con una agenda en la mano y va anotando todos los detalles que no le gustan. Revisa minuciosamente cada escalera de arriba abajo cada semana y si ve polvo o una tela de araña, deduce que no ha hecho la limpieza, que no ha pasado la fregona; en fin, que ha estado tomando café en vez de limpiar. Pero, ¿sabes lo peor? Luego la busca y, cuando la encuentra, le “mete” unas broncas de cuidado. Qué no la dirá que hoy se me ha echado a llorar como una Magdalena.

—Pero, si lo tiene todo muy limpio.

—Para todos menos para él.

—Está enfermo —Trató de disculparlo Francisco.

—Ése no es problema nuestro. Si está enfermo, que vaya al médico. Yo no puedo permitir que eso pase en mi comunidad.

—Ten cuidado que ese tipo es peligroso. Recuerda lo de Pablo y lo de Susana. Está loco, te lo digo yo.

—Me da igual cómo esté, Francisco. Esto no lo permito a ningún ser humano en ningún sitio. Me avergüenza que esté pasando en mi comunidad. ¿Quién se ha creído que es él para tomarse estas atribuciones? ¡Aquí la presidenta soy yo! ¡Yo soy la representante de la comunidad! Él no tiene por qué amedrentar a ninguna mujer. Y menos si trabaja para mí. No se lo permito y punto. Que se ande con ojo, porque llevo a Laura a la comisaría y cuando firme la denuncia vengo y le pongo las esposas. El juez lo mandará a la calle, pero las horas que pase en el calabozo, te juro que no se le van a olvidar con facilidad, por mucho abogado que sea.

—Tranquila, mujer, que te va a dar algo. —Mariana bajó el tono de su

discurso.

—Laura ha resultado ser una mina. Lleva muchos años con nosotros, es una buena profesional y, claro, conoce la comunidad y a los vecinos mejor que tú y que yo; así es que me ha estado contando cosas.

—Normal, con la de horas que hace por las escaleras...

—Pues me ha contado que esta persecución la lleva a cabo con todos los que vienen al edificio a hacer trabajos. Que la administradora manda un albañil para colocar unas baldosas, allí está él diciendo de qué manera debe ponerlas y levantando acta con su agenda. Que manda al pintor, ídem de lienzo. Así no se puede vivir. Como dice Isidoro, «es un inquisidor».

—A ver si tenemos de vecino a la reencarnación de Torquemada y no lo sabíamos —bromeó Francisco y los dos rieron.

—Pues conmigo lo lleva fino el tipo. Por encima de mí no pasa. Que me lleve al juzgado si quiere, como hizo con Isidoro. —Francisco la miró sorprendido.

—Que hizo, ¿qué?

—Como no le hacía ni caso, ya sabes...le metió un escrito en el juzgado y tuvo que ir a declarar. Luego, todo quedó en nada, pero le hizo pasar un buen apuro.

—Lo dicho, está loco.

—Así, no me extraña que seamos el hazmerreír de la zona. Ellos tampoco se escapan de su fiscalización; al menos los edificios limítrofes. Que está el jardinero o el fontanero de la comunidad vecina trabajando, allí se presenta él con su libreta a ver si se pasa un centímetro para nuestro lado. Increíble.

—Es un obseso.

—Pues que lo sea en su casa. En la comunidad, que no se pase ni un solo pelo porque se lo corto de un tajo. —Tras un pequeño silencio, Mariana continuó—. ¡Ah!, también me ha contado quiénes son sus amigos. El tipo tiene un pequeño grupo de seguidores. Ese tema lo tengo que estudiar bien, porque no me cuadra demasiado. Según Laura, el único incondicional es el paisanín ese que anda por ahí como si estuviera asustado.

—¿Quién, ese pequeñín que va con él?

—El mismo, un tal Campillo. Hoy tuve un incidente con él, muy bueno. —Los dos rieron mientras ella se lo contaba.

3 DÍAS DESPUÉS

CAPÍTULO TRECE

Mari fue a ver a Basilio para comentar con él los acontecimientos del día anterior. Su compañero estaba poco hablador y simplemente la escuchaba con una sonrisa en los labios, mientras ella le hablaba sobre lo interesantes y peculiares que eran sus vecinos. Cuando le contó lo sucedido con Campillo, los dos rieron; no obstante, Mari no estaba satisfecha.

—De todas formas, lo que he observado en mis vecinos es que muestran interés por sus problemas vecinales, pero el perro no interesa a nadie. Les hablas de él y te contestan con un monosílabo o con un «pudo ser cualquiera».

—Es lo mismo que yo pienso —respondió Basilio impasible.

—Pero ellos tienen que saber algo...

—Pues pregúntaselo. Tú, ¿qué les estás preguntado?

—Que si saben quién pudo hacerlo.

—Pues eso es lo que te responden, que pudo hacerlo cualquiera.

—Entonces, ¿qué debería preguntarles?

—En la investigación de un delito hay muchas preguntas que resolver antes de llegar al “quién”. El “quién” es lo que todos queremos saber, pero nunca aparece de inicio salvo que el culpable confiese.

—Lo que no suele ocurrir... —dijo ella.

—Efectivamente. Salvo en ese caso —continuó él—, hay otras cuestiones que debemos preguntarnos antes. Lo primero es el «qué»: «¿Qué ha ocurrido?» es la primera pregunta. Suele ser la más fácil, aunque no siempre. Luego viene el «dónde», «cuándo», «cómo» y, la más importante de todas: «Por qué» o «para qué». Nunca se comete un delito sin que exista un móvil.

—Creo que me voy a volver a mis violencias de género; allí no tenemos estos problemas —rio ella.

—Vayamos al caso del perro que nos trae de cabeza. Si cuando llegamos al jardín, preguntamos: «¿Quién ha sido?» —dijo Basilio con voz ahuecada e inquisidora—, y uno de los presentes levanta la mano y da un paso al frente diciendo: «yo maté al perro»; acto seguido lo cogemos, lo traemos a la comisaría, escribimos y todo para el juez. Conclusión: la investigaciónabría acabado antes de empezar.

—No hubiera estado mal, me habría evitado muchos problemas ese vecino que hubiera levantado la mano.

—¿Vecino? ¿Quién ha dicho que fuera un vecino? —Mari lo miró sorprendida.

—Tú dijiste...

—Yo no he dicho nada —concluyó Basilio riéndose—. Ése es otro de los errores muy comunes en los investigadores principiantes: convertís la suposición en hecho cierto y eso os lleva inevitablemente al error. Yo he hablado de uno de los presente y tú has interpretado que me refería a un vecino.

—Es que allí solo había vecinos de la comunidad, creo...

—¿Creo? Esto no es un acto de fe. El investigador solo edifica sobre hechos contrastados. La hipótesis es válida para trabajar, pero solo cuando se tiene muy presente que no es más que una hipótesis.

—Y aquí, ¿cuál es tu hipótesis?

—Tú ocúpate de aclarar las preguntas para las que no conocemos respuesta y después hablaremos de hipótesis si es necesario. ¡Ah!, no te olvides del «por qué».

Mariana y Francisco se disponían a iniciar su paseo nocturno. El ascensor descendía parsimonioso mientras ellos charlaban de los incidentes ocurridos en aquellos días cuando el aparato disminuyó la marcha y se paró. Los dos pensaron que habían llegado a la planta baja, pero cuando las puertas se abrieron, se quedaron atónitos con el cuadro que se presentó ante sus ojos.

Aurora, con dos bolsas de basura en una mano y la correa de un perrito nuevo, en la otra se disponía a entrar en la cabina.

Tanto la una como los otros, tardaron un instante en reaccionar. Francisco fue el primero.

—Hola, Aurora. Pasa, pasa, te hacemos un sitio. Estos ascensores son grandes y cabemos todos, hasta la basura —dijo con buen humor. Ella dudó un instante, pero no tenía escapatoria y subió.

—Hola. Sí, vamos un poco apretados —fue su respuesta.

—¿Quieres que te coja las bolsas? —preguntó Francisco.

—No, no. No hace falta —contestó ella recelosa.

—¿Perrito nuevo? —intervino Mariana.

—Sí, sí. Lo hemos traído hoy. La niña y yo no nos hallamos sin un perrito en casa. Luisito está muy afectado, no ha querido siquiera ir a elegirlo. Es tan

mono..., y muy buenín.

Mariana, que viajaba recostada contra la pared del fondo del ascensor, bajó la mirada hacia las bolsas de basura que tenía justo delante de ella. Dos bolsas: una negra y más pequeña, y otra azul, más grande y alta.

Se veía perfectamente que la grande estaba llena de envases, tanto que, a pesar de estar cerrada, quedaba fuera la mitad de un recipiente de plástico de color rojo. Resultaba evidente que se trataba de un cuenco para comer los perros.

«Es el del perro muerto, lo ha comprado en un chino, seguro. A perro muerto vajilla nueva», pensó. Su mirada se deslizó hacia la correa del perrito. «También es nueva y también de los chinos».

Mientras ella observaba, Francisco seguía la conversación con Aurora.

Ya estaban saliendo del edificio y, al llegar a la acera, cada uno siguió una dirección opuesta.

—No parece que el duelo haya sido grave, solo han tardado tres días en reponerlo —dijo Francisco.

—A «Luisito» le darán un par de días más para superarlo y, luego, a pasear al «monín» —fue su sarcástica respuesta.

Él asintió con una sonrisa y siguieron haciendo bromas y comentarios mientras se alejaban de su vecina.

A su regreso, Mariana vio cómo el camión que recoge los contenedores de envases finalizaba su tarea en los de delante de su casa y emprendía la marcha. «Ahí va la vajilla del ahorcado», pensó con sorna.

Pero Mariana se equivocaba porque, al pasar por delante de los contenedores, reparó en un bulto rojo que había en el suelo, justo al lado del contenedor amarillo.

«Vaya, como estaba medio fuera de la bolsa, se habrá salido». «No ha sido posible en este viaje, tendrás que esperar al siguiente», murmuró mientras se desplazaba hasta donde estaba el cuenco.

«No hay duda, es el de Aurora», pensó mientras lo contemplaba sin saber qué hacer. Instintivamente se agachó, lo cogió y se dispuso a dejarlo en el interior del contenedor que le correspondía.

En ese momento, la imagen de su hijo cenando apareció en su mente, luego la frase de su marido: «Me parece que ves muchas películas...». «Paco no se desharía del cuenco», pensó, «seguro que sospecharía que tiene alguna relación con el asesino. Ya sé que suena muy a C.S.I y yo no soy Grissom, pero es el único objeto que tiene relación con el animal muerto; al menos que

yo conozca».

Mariana continuaba contemplando el objeto de plástico en sus manos frente al contenedor amarillo, cuando oyó la voz de su marido que le llamaba a su espalda. «Para tirar siempre hay tiempo», dijo en un susurro, «nunca se sabe para lo que puede servir este trozo de plástico» continuó murmurando mientras se dirigía hacia la entrada del edificio con él en la mano.

—Veo que has recuperado el cuenco —dijo su marido cuando llegó a su altura.

—Sí, parece ser que se le cayó de la bolsa a Aurora y se salvó del camión de la basura.

—¡Qué casualidad!, ¿no?

—Ya ves —respondió ella encogiéndose de hombros.

—¿Te servirá para algo?

—Nunca se sabe; de momento, lo guardaré. Para tirar siempre hay tiempo.

4 DÍAS DESPUÉS

CAPÍTULO CATORCE

MARIANA CAMINABA DISTRAÍDA en dirección a la comisaría. Eran las ocho de la mañana y la temperatura, la ideal para estar en la calle en esa época del año.

De pronto, se acordó del cuenco y de que se lo había dejado en casa. «Otro día lo traeré, allí está seguro», pensó, «de todas formas no se me ocurre nada que podamos obtener de ese trozo de plástico. A lo mejor, Basilio tiene alguna idea, él siempre sabe por dónde salir. Seguro que Carlos y Luis hacen algún chistecito».

El recuerdo de los dos compañeros llevaron sus pensamientos hacia otro enfoque. «Luis tiene razón. Una inyección letal: esa es la causa de la muerte del perro, no hay ninguna duda. El animalito se vio perdido y solo en la calle, y se acercó a cualquiera que lo llamó. Una inyección es fácil y limpio. No deja ninguna huella. Pero, ¿Quién ha podido ser? ¿Cualquiera? No, cualquiera no anda por la calle con una jeringuilla cargada en la mano. ¿Alguien de la propia casa? ¿Por qué iban a hacerlo los de casa? Matarlo puede, pero colgarlo allí fuera para ser el hazmerreír de todo León, imposible».

A aquella hora, su mente estaba clara y discurría con velocidad. Sus deducciones continuaron sin parar: «Siendo así, el cuenco es solo un objeto anecdótico que solo servirá para hacer alguna “gracieta” a mi costa. Tiene el ADN del perro, seguro, pero lo normal es que lo tenga. Esos dos son graciosos, pero unos verdaderos “cabrones” que no dudarán en reírse a costa de “la investigadora de violencia de género”, y Basilio les dará una palmadita de asentimiento en la espalda. ¡Menudos tres son esos! La hora del café la amortizan hoy a mi costa, eso está más claro que el agua. Mejor me callo lo del cuenco y espero a ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Siempre hay tiempo de sacarlo a relucir».

Sin apenas darse cuenta y sumida en sus propios pensamientos, Mari se encontró frente a la puerta de la comisaría.

Piedad tenía sus propios apoyos dentro de la comunidad. Normalmente se trataba de presidentes con los que había surgido una cierta amistad durante sus mandatos. Juanjo era un caso especial porque, además, era un familiar lejano

con el que siempre tuvo buena relación.

—Vamos a ver, Juanjo, no puede ser que lleve dos días sin decir nada. Ese tipo está preparando alguna fijo.

—Sí, pero yo, de momento, no sé nada. No puedo decirte que haya pasado nada porque nada he visto.

—Bueno, pues mantén los ojos bien abiertos que éste nos la lía en cualquier momento.

—Yo voy todos los días a tomar café al El Horno, ya sabes que allí nos juntamos muchos vecinos, de ésta y de las comunidades de alrededor, y ninguno sabe nada.

—Oye y, ¿que se comenta allí? —preguntó Piedad, tratando de pulsar el ambiente.

—La mayoría lo toman a risa; no obstante, a medida que pasan los días, se incrementan las dudas.

—¡«Mierda»! —exclamó ella. Juanjo continuó.

—Ya sabes cómo es la gente. Basta que uno diga: «Pues algo habrá hecho», para que otros diez asientan y digan: «Seguro». Los carteles que pusiste fueron buenos. Me temo que tendrás que poner alguno más la próxima semana.

—Vale, pensaré en el mensaje. Tú mantén los ojos y los oídos bien abiertos.

Andrea se sorprendió al ver tantos papeles en el suelo. Se encontraban tirados por el suelo, justo en la zona de los buzones y en una de las esquinas del portal. «Desde luego, son unos guaros», pensó, «¿Qué trabajo les costará dejarlos dentro de la papeleta?, supongo que para eso se ha puesto, ¿no?»

Dio por hecho que habían repartido publicidad y sabía que a los vecinos no les gustaba que llenaran sus buzones de panfletos, por lo que, a veces, los tiraban al suelo. Fue directa a su buzón segura de que allí se encontraría la suya, pero estaba vacío.

Cogió un poco de perspectiva y observó el cuadro. Se trataba de hojas de papel normales escritas a ordenador por una cara y dobladas a la mitad con el mensaje hacia dentro. Varios buzones que las contenían dejaban fuera una esquina del papel. Los de la zona de la papelera habían sido arrebujaados.

Tuvo curiosidad por saber de qué se trataba, así es que cogió una de las hojas que estaban en el suelo dobladas y se puso a leer.

«Dios», exclamó en voz alta, «esto lo tiene que saber mamá», y comenzó

a sacar fotos con el móvil para mandárselas por el WhatsApp a su madre.

Mari se dio cuenta que había recibido un mensaje pero, en ese momento, no podía mirarlo. Cuando se acordó de que no lo había leído, ya era el final de la mañana. «¡Ahí va!», exclamó, «¡lo que nos faltaba!».

Salió a toda prisa en busca de su compañero con el teléfono en la mano y la foto en la pantalla. Lo encontró en el pasillo.

—Toma, lee.

—No veo bien sin gafas.

—Puedes ampliarlo. Mira, aquí.

—«Si vives en Eras, ten cuidado con tu perro». «Hay un mataperros suelto». Parado en medio del pasillo, con el teléfono muy pegado a su cara, Basilio iba leyendo las frases lentamente y en voz alta. «En Eras nos están matando los perros y la policía no hace nada». «Hay más de una docena de perros desaparecidos en la zona». «Dicen que es una mujer». «No perdáis de vista a vuestro perro nunca». «Por la noche no vayáis solos, puede ser peligroso». «No olvides poner siempre la denuncia. La policía tiene obligación de investigar».

—Esto, ¿solo está en tu edificio o lo han repartido por todo el barrio?

—Supongo que estará en todo Eras.

—Me lo temía. El bucle se expande. Al final aparecerán las protectoras de animales. Siempre aparecen.

—Ha sido él, seguro.

—Seguro —repitió Basilio de forma automática.

—¿Tú sabes de más denuncias sobre perros?

—No, pero habrá que preguntar a los municipales.

Ya estaban próximos a la salida cuando, al pasar por las inmediaciones de la oficina de denuncias, escucharon cierto revuelo en su interior. Los dos se pararon y se miraron. Basilio abrió la puerta y preguntó.

—¿Pasa algo?

—Este señor dice que su perro desapareció hace tres meses y quiere presentar una denuncia. Llevo un rato tratando de explicarle... —Basilio lo interrumpió.

—Venga un momento conmigo, buen hombre. —El señor, de cerca de setenta años, obedeció sin rechistar y salió al pasillo donde se encontraba Mari—. Díganos, ¿qué le pasó a su perro? —continuó Basilio.

—Pues lo mismo que al de ese hombre de Eras que le apareció ahorcado,

pero el mío solo desapareció y nunca más supe de él. Me lo había regalado mi hijo. Era un perito muy guapo y obediente... —Basilio lo interrumpió porque sabía que el hombre podía estar hablando del perro una hora sin parar.

—Dígame, ¿cómo fue que desapareció?, se marchó de casa...

—No, no. Yo lo saqué de paseo y lo solté un poco por el parque, el mismo donde desapareció este otro. El perrito empezó a correr y yo ya estoy para pocas carreras, así es que cuando quise darme cuenta, desapareció.

—Ya, ¿por qué insiste tanto en poner la denuncia?

—Lo pone en el papel que he recibido esta mañana en el buzón, mire. — El hombre sacó el papel doblado y arrugado de un bolsillo de su pantalón.

—No haga caso de todo lo que llega a su buzón, buen hombre. Aquí solo se denuncia la desaparición de personas, no de perros.

—Ya, pero dicen que hay un mataperros y que es una mujer...

—¿Usted lo ha visto?

—No, yo...

—Pues cuando lo vea, venga a hablar conmigo, ahora váyase a su casa y olvídense de este asunto, que para eso estamos nosotros.

—Pero...

—Nada, hombre. Venga con nosotros que lo acompañamos hasta la salida. Por cierto —continuó hablando Basilio—, ¿en qué calle vive usted?

—En la calle Padre Ángel —le respondió el aludido.

—Eso está muy arriba de Eras, ¿no?

—Sí, al final.

Basilio dio por zanjada la investigación. Todo el barrio estaba buzoneado. El hombre los siguió sin rechistar con la cabeza gacha y perdido en su propia desolación: resultaba evidente que no volvería a ver a su perrito.

Piedad vio el nombre de Juanjo en la pantalla de su teléfono móvil. Aquel problema la desesperaba. Con cierto fastidio se dispuso a descolgar. Su hijo le chilló: «¡Déjalo mamá, no descuelgues, estamos comiendo!». Ella lo miró como si pudiera ver a través de él y pulsó el botón verde de descolgar, más por hacer que aquel sonido estridente terminara que por conocer lo que Juanjo iba a decirle. No es que no le interesara; al contrario, estaba deseando saber de lo que se trataba, sino porque le gustaría no saberlo.

—Dime Juanjo.

—Siento mucho llamarte a estas horas, Piedad. Tenías razón esta mañana, ¡ya la ha liado!.

—¿Qué es lo que ha hecho ahora?

—Ha buzoneado la comunidad con un panfleto.

—¿Sobre mí?

—No, no, sobre los perros. Te mando una foto por *WhatsApp*.

—Sí, sí, mándamela. Luego hablamos.

—«¡La madre que lo parió!» ¡Este tío está loco! —gritó Piedad en medio de la cocina, cuando hubo colgado.

—Acaba de comer, mamá —le dijo su hijo.

—No, solo de pensar en él se me quita el hambre.

Sin dar lugar a respuesta, se fue al salón a ver lo que Juanjo le había enviado.

Era viernes y decidió que aquella tarde no iría a trabajar. Podía permitírselo. Avisó a la oficina y se quedó en casa leyendo la propaganda del señor Alonso.

Lo leía una y otra vez, tratando de entresacar lo que a ella le perjudicaba y, sobretodo, lo que podía utilizar de aquel comunicado en su beneficio.

«Si vives en Eras, ten cuidado con tu perro». «Hay un mataperros ...

Juan, su marido, lo leyó una sola vez y le devolvió el teléfono.

—Esto va más contra la policía que contra ti —le dijo, sin darle mucha importancia.

—Pero dice que ha sido una mujer, ¿no entiendes que se está refiriendo a mí?

—Eso lo dices tú porque sabes de lo que va, pero alguien que no lo sepa no tiene ni idea de a quién se está refiriendo. Ahora, a la policía no creo que le haga gracia este panfleto.

Debía reconocer que su análisis era perfecto y, sobre todo aséptico. «Quizá tenga razón y pueda sacar petróleo de este incidente porque, si ahora empiezan a ir vecinos a la comisaría a denunciar la desaparición del perro...».

—No te lo vas a creer —dijo Francisco cuando aún bajaban en el ascensor—. Hoy, cuando me marchaba a trabajar, después de comer, he coincidido con Amadeo, el del cuarto.

—¿Quién, ese señor mayor que tiene una barba canosa? —preguntó Mariana.

—El mismo.

—¿Y?

—Estaba en el portal y salimos charlando de esto del perro, ya sabes...

—Es el tema de conversación, no queda otro remedio.

—Total, que me invitó a un café en El Horno y hablamos de quién pudo hacerlo.

—Y él, ¿qué opina? —La conversación comenzaba a resultarle interesante a Mari.

—Él le da mucho crédito a la teoría de que ha sido la administradora.

Mari miró a su marido con los ojos muy abiertos.

—Te habré dicho el motivo, supongo...

—Verás, fue de la junta hace tiempo y conoce bastante bien a unos y otros. Resulta que el que lee los contadores, un tal Rodri, es sobrino de la administradora.

—No sé quién es, creo que no lo he visto en mi vida.

—Sí hombre, claro que lo has visto. Uno con una coletita y un pendiente que parece medio lelo y que, de vez en cuando, te lo encuentras por las escaleras.

—¿Delgadito y alto? ¿De unos veinticinco años, más o menos?

—Ése.

—Pues tiene una pinta drogata que no veas. He estado a punto de pedirle la documentación varias veces. Si no lo he hecho es porque pensé que era de la empresa de limpieza.

—No, no es de la limpieza. Es el que lee los contadores.

—Vaya oficio. Se mete un porro y vete a saber lo que leerá. —Mari soltó la carcajada.

—Mujer, qué mala eres. Se llama Rodri. A lo mejor es hasta un buen chaval —dijo Francisco riéndose.

—Bueno, sigue —respondió Mari con impaciencia.

—Pues Amadeo dice que el Rodri vive por la zona y, por si fuera poco, algunos vecinos lo han visto paseando un perro bien entrada la noche —remató Francisco esperando la reacción de su mujer.

—Vaya, vaya, vaya. El Rodri paseando un perro por la zona. Ésa sí que es una noticia. Oye, tú te estás convirtiendo en todo un Sherlock Holmes.

Francisco se encogió de hombros.

—Solo desempeño mi papel de presidente consorte. Es así como se dice, creo...

—Amadeo no es el único que respalda esa teoría.

—Supongo.

—Isidoro también lo cree.

—¿Isidoro? —se extrañó Francisco.

—Como lo oyes.

Y Mariana le contó el incidente.

SEMANA DEL 13 DE AGOSTO

CAPÍTULO QUINCE

EL LUNES POR la mañana, Mari apareció con media docena de panfletos y le dejó a Basilio un par de ellos sobre la mesa.

—Para el expediente. —Basilio la miró, luego cogió uno de los papeles para comprobar que su contenido era el mismo que había leído el viernes, y puso un sonrisa en su cara.

—Espero que no te acostumbres —respondió sin dar más explicaciones.

Mari iba por el pasillo pensando en la respuesta de Basilio. Con él nunca se sabía lo que en realidad te estaba tratando de decir. Su sagacidad y doblez en el lenguaje, a veces, la ponían mala; pero si había algo de lo que estaba segura era de que nunca soltaba una palabra sin un motivo justificado.

Al llegar a su despacho, miró el reloj. «Las nueve. ¡Qué tarde se me está haciendo! Cuando quiera darme cuenta es la hora del café. Tengo que hablar con la administradora porque esta tarde quiero ir a verla. ¡Dios! Esta tarde la tengo repleta. A lo mejor puede venir ella al edificio», la mente le iba a cien mientras movía papeles en la mesa. Una llamada de Paco, su hijo, la sacó de sus pensamientos.

—¿Qué quieres tú ahora? —respondió ella con tono molesto.

—Mamá, no hay leche para el desayuno.

—¿Cómo que no hay leche? Si ayer llevé yo una caja.

—Sí, pero es desnatada. Ésa es para Andrea, yo no tomo esa leche.

—¡Pues no desayunes!

Mari colgó sin esperar respuesta.

«¿¡Abrase visto!? Que es desnatada, dice. Estos chavales, lo llevan por el libro. Lo que les interesa, claro», seguía inmersa en sus elucubraciones mientras comenzaba a hacer las llamadas que tenía pendientes.

—Mari, Mari. Dice Basilio que bajas —susurró Carlos desde la puerta y desapareció a toda prisa.

Mari miró su reloj sin despegar el teléfono de la oreja. «Si aún no es la hora del café. ¿Qué tripa se le habrá roto a éste?», pensó mientras escuchaba a su interlocutora, «vale Piedad, mándamelo, chao». Cortó la conversación con la administradora y bajó intrigada.

Cuando llegó al patio vio a varios policías curiosos que observaban hacia la calle. En primera fila estaban los del grupo de Delincuencia Urbana con Román a la cabeza. Se encaminó hacia ellos y, en seguida vio de lo que se trataba: una concentración de personas frente a la entrada de la comisaría. ¡Con pancartas y todo!

—Te lo dije. Faltaban las protectoras de animales. Ya han montado “el pollo” —le susurró Basilio.

—¿Has visto al señor Alonso? —contestó ella.

—No, a él no lo he visto, pero aparecerá, seguro.

—Mira, en aquella esquina están Aurora y su hija. Él no puede andar lejos. —Le indicó Mari con el dedo—. Al que no veo es a Campillo.

—Ése no viene porque tiene miedo a que lo detengamos. Mira, al fondo está el señorín de ayer.

—Para los jubilados esto es una fiesta. Se apuntan todos —medió Carlos.

—Bueno, y si les dan un bocadillo... —remató Luis riendo.

—¿Cuántos serán? —quiso saber ella.

—Unos cincuenta, puede que menos —contestó Basilio.

El grupo era muy heterogéneo y bastante pasivo. No se los veía muy motivados, pero tenían media docena de pancartas con los eslóganes y las frases que se recogían en el panfleto buzoneado.

Había varias personas, mujeres todas ellas, que llevaban una pegatina puesta en la solapa; una sostenía un megáfono en su mano derecha y voceaba las consignas de forma mecánica y acompasada. Un chico y una chica, jóvenes, con una cámara provista de grandes objetivos, sacaban fotos a todo lo que se movía.

Un coche inició la marcha para salir desde el aparcamiento interior; era el del comisario. La barrera se abrió y dos policías uniformados fueron apartando y empujando a los manifestantes hasta que la calzada quedó despejada. Los de las cámaras incrementaron su actividad. Román se dio la vuelta y se dirigió a ellos.

—Quiero verles a ustedes dos en mi despacho.

—Ahora vamos, jefe, denos cinco minutos. —Fue la respuesta de Basilio—. Sacad fotos a la manifestación —dijo ahora dirigiéndose a Carlos y Luis.

Basilio se encaminó a los manifestantes y se puso a charlar con las mujeres que exhibían pegatina en la solapa. Se demoró un buen rato.

Había mucha gente mayor y cuando vieron que intervenían policías uniformados y que otros sacaban fotos, poco a poco se fueron diluyendo. En

diez minutos solo quedaban en la acera una docena de personas en torno a las pancartas.

Cuando Basilio volvió al patio, Mari estaba escuchando por el teléfono. Él pensó que tenía una llamada, pero al ver que no hablaba le hizo un gesto interrogativo. Ella le mandó callar posando su dedo índice perpendicular sobre sus labios. Basilio ya se estaba impacientando y le decía por señas que la esperaba arriba, mientras ella le indicaba con la mano que aguardase allí. Finalmente, colgó el teléfono sin despedirse ni decir palabra.

—Era la radio. Radio León. Estaban entrevistando al señor Alonso. Me ha llamado mi hija para decírmelo. Ella lo ha grabado todo.

—¿Qué decía?

—Sandeces, qué va a decir. Ahora no cabe duda de que ha sido él el que ha armado todo este jaleo.

—Mañana salimos en la primera página de los periódicos locales.

—Seguro —dijo Mari en un susurro.

—Mañana, esos periódicos estarán sobre la mesa del ministro. El comisario tiene que estar que echa humo. Vamos a ver a Román, va a ser divertido —concluyó Basilio iniciando la marcha.

—Siéntense —fue la escueta orden de Román.

«El jefe tratándonos de usted. Mal empezamos», pensó Basilio sentándose en la silla situada frente a la mesa y mirando cómo Mari hacía lo mismo en la de su lado.

—Esto tiene que acabar. ¡Hay que cerrar este caso o el comisario nos va a cortar los huevos! —dijo Román dando un manotazo sobre la mesa y mirando fijamente a sus dos interlocutores.

Basilio se encogió de hombros impertérritos con una sonrisa en los labios y le respondió muy despacio.

—Dígaselo usted a Carlos, creo que fue en su mesa donde dejó las diligencias.

Román acusó el golpe y tuvo un momento de desconcierto, pero reaccionó.

—Pues ahora las traslado a la suya. ¿Le parece bien?

—No hay problema, jefe —siguió Basilio en el mismo tono—. Cerramos las diligencias, como usted dijo, y las mandamos al juez; así, lo manifestantes irán a montarla delante del juzgado. No creo que a él le importe mucho.

—¡No! Ahora no podemos hacer eso. Hay que solucionarlo. Debemos

encontrar al culpable.

—Vaya, cada vez se va pareciendo esto más a un asesinato, ¿no?

Basilio lanzó la incisiva pregunta mientras miraba a los ojos de su jefe. Él, tratando de evitar aquella mirada acusadora, posó los suyos en Mari.

—Razón tenía usted con eso de que lo suyo no es la investigación. Ya ha pasado una semana y, ¿qué ha hecho? Nada: «Marujear» con sus vecinos. ¿Para eso quería usted estar en la investigación? ¡Es usted peor de lo que yo pensaba!

Román estaba muy enfadado. Ahora veía las auténticas dimensiones que podía coger aquel caso, al que él no había dado ninguna importancia en principio. Mari fue a decir algo, pero su compañero se le adelantó.

—Déjalo ya, Román. Tú mismo dijiste que se trataba de un chucho y que no era necesario liberarme de las estafas telefónicas. Ahora quieres resultados para ya. Ahora que tienes una manifestación delante del despacho del comisario. Si jugásemos a ser más policías y menos políticos, esa manifestación no se habría montado. Tú lo sabes. Deja ya en paz a Mari.

—¡Basilio! —gritó Román, rojo de ira— ¡Me tienes hasta los «cojones»!

—Así me gustas más, jefe, tratándome de tú todo suena mejor.

—A partir de ya, quiero dedicación exclusiva a este caso, ¿me entiendes?

—Claro, claro jefe, dedicación exclusiva, lo he entendido, no hace falta que me grites.

Basilio dio por zanjada la conversación y se levantó de la silla tan deprisa como su gran humanidad le permitió. Mari miró a Román con mirada neutra y puso una sonrisa en sus labios mientras pensaba en la bronca que le iba a caer cuando el comisario lo llamara a su despacho.

—Os estábamos esperando para tomar café —les dijo Luis nada más entraron por la puerta.

—Parece que tienes mala cara, Mari —apuntó Carlos—. ¿Fue muy gorda la bronca?

—No, porque Basilio se levantó enseguida y apenas le permitió cuatro voces —respondió ella.

—No te apures —siguió Carlos saliendo ya por la puerta—. El café es sagrado. A ver si piensas que él no lo va a tomar. Y hasta el vino y el vermut si hace falta.

Los cuatro policías caminaban despacio hacia la cafetería donde acostumbraban a reunirse todas las mañanas comentando los acontecimientos

de aquella intensa mañana.

—Qué “cabrón” Román, ¿no? Me “cuelga” a mí toda la culpa —dijo Mari ya sentados a la mesa—. Seguro que es la justificación que le dará al comisario cuando lo llame a capítulo. —Todos rieron.

—No te preocupes, el solo trata de salvar el culo —contestó Basilio.

—¿Que no me preocupe? ¡Ya verás cuánto tarda en llamarme el comisario a su despacho! —apuntó Mari resoplando.

—Se te va a caer el pelo —intervino Luis bromeando.

— Nosotros a lo nuestro. Hay que tomar declaración a Campillo — continuó Basilio.

—¿Campillo? —preguntó Carlos.

—Sí, un señor mayor muy peculiar. Es la mano derecha del señor Alonso —le aclaró Mari.

—Hay que citarlo ya. Esta mañana tiene que estar la citación en su buzón. Cítalo para mañana —insistió el primero.

—La mano derecha, ¿eh? —Carlos se hizo el interesante ahuecando la voz—. Ése ha tenido que participar en el buzoneo de los panfletos, seguro.

—Yo me encargo del paisanín —dijo Mari—Hacedme la citación. La quiero en un sobre y con el sello de la comisaría dentro y fuera.

La citación de Campillo le brindaba la oportunidad de pasarse el resto de la mañana por el edificio y los alrededores curioseando y tratando de hablar con unos y otros.

Mari regresó a la comisaría poco ante de la hora de salida. Tenía mucho interés en comentar con Basilio los incidentes del día, por eso lo llamó por teléfono para que fuera a su despacho.

—Mañana es mi último día de trabajo. Me voy de vacaciones —le dijo Basilio nada más entrar por la puerta.

—¡Imposible! ¡No te puedes ir ahora! Me dejas sola con todo el «embolao».

—Carlos te ayudará y Luis también, ya lo he hablado con ello.

—Carlos, Carlos. Te necesito a ti. En realidad no tenemos nada y, como mañana no nos aclare el panorama Campillo...

—¿Campillo? No creo que sepa nada de los tejemanejes de su amo — dijo Basilio en tono reflexivo.

—Vaya faena que me haces.

Mari adoptaba el papel de víctima, mientras aceptaba lo inevitable.

—Lo siento, siempre me voy de vacaciones en estas fechas. La segunda quincena de agosto es sagrada para mí. La fiesta del pueblo, la reunión de la familia, ya sabes...

—«Dedicación exclusiva», dijo Román; y tú te vas quince días de vacaciones. Buena forma de entender la dedicación esa.

Basilio se encogió de hombros mientras los dos reían.

—¿Qué quieres? Las tengo pedidas desde principio de año.

—Si en ese momento le dices que te vas de vacaciones, creo que le da un mareo allí mismo. —Continuaron con las bromas.

—Seguro, tal cómo se puso de rojo, si le digo eso, lo remato.

—Así es que te vas al pueblín.

—Sí. Bueno, si necesitas algo, me das un toque por el teléfono. Siempre estoy operativo.

—Algo es algo... —dijo ella con resignación.

Mariana había quedado con Piedad en las instalaciones del propio edificio de la comunidad porque quería que le explicase algunas cosas de su funcionamiento. Cuando hubieron terminado y, como de pasada, le preguntó:

—Oye Piedad, ¿Quién te lee los contadores?

La voz de Mari sonaba un poco inquisitiva. Piedad llevaba ya unos días en guardia con ella. La veía distante, desconfiada.

—Es un chico joven, se llama Rodrigo. ¿Por qué me lo preguntas?

—No, nada. Es que quería hablar con él, porque hay unas lecturas que no me cuadran.

—¿De qué lecturas se trata? Yo te las compruebo.

—No, no, prefiero hablarlo con él.

—Le diré que se pase a verte. Pero quien mejor te puede solucionar este problema soy yo.

—Mejor me das su teléfono y me pongo en contacto con él.

—Como quieras. Te lo paso por el *Wass*.

—Vale. Mándamelo.

Sin dar opción a más preguntas ni respuestas, Mariana desapareció dejando en la cabeza de Piedad todo un mar de incógnitas.

«¡Qué raro! ¿Unas lecturas? No se lo cree ni ella. Le daré el teléfono, pero primero hablaré con Rodri.»

«Hola, Rodri. Pásate por la oficina, es urgente». «Si te llama la presidenta de

calle La Industria, no lo cojas hasta que no hables conmigo». Fueron los dos escuetos mensajes que Piedad le mandó por *Wass*, antes de enviar el teléfono del chico a su destinataria.

—Mira Rodri, la tía esta es policía. Es la que lleva la investigación del perro del señor Alonso. ¿Me sigues?

—Sí, sí, tía, claro que te sigo. Vaya movida, cómo me lo estoy pasando. —Rodri rio a carcajadas sentado delante de la mesa de Piedad, y continuó—. ¿Quién vería al pequeño Hitler dando el discurso en el jardín a todos los vecinos?

Piedad también rio. Con Rodri era imposible no hacerlo.

—No sé cuál es el motivo, pero ahora va a por ti. Le habrán dicho que eres mi sobrino y que vives en la zona. Seguramente te interrogará.

—A mí «plin», puede preguntar lo que quiera —dijo él encogiéndose de hombros y poniendo cara de circunstancias.

—Tú tienes un perro ¿no?

—Sí, Chupi.

—Pues te coges a Chupi y lo llevas a casa de los abuelos, y lo dejas allí hasta que todo esto se aclare.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Lo haces ahora, nada más salir de aquí. Lo primero, ¿me has oído?

—Sí tía, te he oído.

—Si te pregunta si tienes perro, le dices que no. No tienes perro, ¿está claro?

—Sí tía, está claro.

—¿A qué hora sacas a Chupi al parque?

—Normalmente, después de cenar. Es que antes... no puedo, y menos ahora que estoy haciendo ese curso de Formación Profesional.

—Ésa es justo la hora que ellos andan buscando pero, como no tenemos perro, a esa hora estás viendo la televisión. ¿Se te ha metido todo bien en la “mollera”?

—Sí tía, todo está guardado y archivado: no tengo perro y por la noche veo la televisión. En media hora, Chupi está con el abuelo.

—Perfecto, Rodri. No quedes con ella pronto, dale largas, que se impacienta, ya sabes. Y ponle un poco de tu humor ácido a esa pava, a ver si se va a pensar que eres tonto.

Rodri esbozó una sonrisa cómplice que indicaba que había entendido a la

perfección lo que su tía le quería decir.

CAPÍTULO DIECISÉIS

CUANDO CAMPILLO VIO la carta con el membrete de la comisaría, no le hizo falta abrirla para saber cuál era su contenido.

«Menos mal que tengo a José Luis. Él me ayudará con este problema. ¡Dios mío en la que me he metido! Si ya me lo decía Aurelia», pensó.

El teléfono sonó sobre la mesa de Basilio. “Sí, sí, son para aquí, ahora bajamos a buscarlos”.

—Oye, Luis. Está el del perro abajo con Campillo. ¿Puedes bajar a buscarlos?, por favor.

En el grupo, a Basilio todos lo respetaban y, si pedía algo por favor, no se cuestionaba.

—Claro —dijo Luis encaminándose a la puerta.

—¡Ah!, y avisa a Mari —le gritó ya en el pasillo.

No tardaron ni cinco minutos en estar ante su mesa.

—Siéntense —dijo indicándoles dos silla, justo en el momento en que Mari entraba por la puerta.

—Hola —saludó alegremente a los recién llegados.

—Hola, Mari —contestó el señor Alonso—. Siempre es una garantía tener a la presidenta de tu comunidad a tu lado cuando vienes a la comisaría, porque aquí entras, pero igual no sales.

—No exageres, José Luis. Aquí no se queda nadie, aunque no todos salen por la puerta por la que entran—puntualizó ella riéndose y cogiendo el sillón de la mesa de al lado para sentarse junto a Basilio.

—Verá, señor Alonso. Habíamos citado al señor Campillo porque queríamos charlar con él en privado. Me temo que va a tener que dejarnos a solas con él —intervino Basilio dando por concluidos los saludos.

—De ninguna manera —dijo el aludido muy solemne—. Yo soy su abogado. Tengo derecho a estar aquí.

—Por supuesto, pero es usted también el dueño del perro y da la casualidad de que nosotros, hoy, no queremos hablar con usted, sino con él. Por cierto, ¿dónde estaban los dos ayer? No los vimos por aquí.

Basilio hizo una pausa en su intervención mientras los miraba a los dos fijamente a los ojos con una sonrisa en sus labios.

El señor Alonso se puso visiblemente nervioso ante la alusión a los sucesos del día anterior y miró sorprendido a Campillo, lo que hizo que éste también se sintiera incómodo. Basilio captó el momento de duda y desencuentro entre los dos y trató de aprovecharlo.

—Bueno, de eso hablaremos otro día —continuó—. Veamos, señor Campillo, ¿tiene algún inconveniente en charlar un momentito con nosotros?

—Claro que tiene inconveniente, ¿cómo no lo va a tener? —intervino de nuevo el señor Alonso sin dejar hablar al interpelado.

—Bueno, yo, yo... —dudó el hombrecillo.

—Le acompaña la presidenta de su comunidad. Está usted seguro con nosotros, no tema —Basilio utilizaba ahora su tono más amable.

—Pero..., es que yo soy su abogado —protestó el señor Alonso.

Basilio ignoró esa queja y esperó un instante. Sabía que el hombrecillo se debatía en la duda y necesitaba solo un pequeño empujoncito, por lo que insistió de nuevo tratando de hacerle sentir culpable.

—Mari me ha dicho que ha ido varias veces a su casa y usted no le ha abierto la puerta; vamos, que se ha estado escabullendo y no quería hablar con ella, ¿verdad, señor Campillo? ¡No le tendrá miedo!...

—No, yo... yo no le tengo miedo. Ella es la presidenta de la comunidad y parece muy maja, la conozco desde hace tiempo. ¿Cómo le voy a tener miedo? —se arrancó.

—Entonces, no tendrá inconveniente en charlar un poco con nosotros a solas, ¿no?

—Bueno... si está ella..., pero, ¿cómo vuelvo yo a casa? —se quejó el hombrecillo que sin su amigo se sentía desprotegido.

—No se preocupe, lo espera en una sala que tenemos ahí al lado. Por favor, Mari, ¿puedes acompañar al señor Alonso a la sala?

—¡De eso nada! —gritó el aludido—. Yo no me muevo de aquí. Esto es un atropello. Una infracción a los derechos fundamentales. Pondré una queja en el Ministerio del Interior. En el Gobierno Civil. En el Colegio de Abogados. Acudiré a los periódicos...

—Señor Alonso, esto es el Ministerio del Interior y no grite tanto que me está taladrando los oídos.

La voz de Basilio sonó cortante y fuerte, mientras Mari lo cogía por el brazo y lo empujaba hacia la puerta.

—¡Esto es un atropello, Mari, un atropello!

—Ya lo sé, José Luis, pero tenemos que tener cuidado de no enfadar a

Basilio, porque tiene un problema de estómago. Ya sabes, una úlcera, y, cuando se enfada, se pone muy agresivo.

Su acompañante la miró sin saber muy bien si hablaba en broma o en serio.

—Pues, pues... ése no es mi problema —balbuceó.

—Por cierto, José Luis, me han hablado de unos estatutos de la comunidad o de un reglamento, no sé... Lo hiciste tú cuando eras presidente, ¿no?

Su tono cambió con rapidez. Ahora Mari le había tocado su tema favorito. En un solo instante se olvidó de su fiel escudero y de todos los derechos fundamentales infringidos.

—Sí, Mari. Yo so-li-t o —respondió remarcando mucho cada una de las sílabas, y continuó—. Me llevó muchas horas de trabajo. Mucha jurisprudencia consultada. La Ley Horizontal, otros reglamentos..., en fin, mucho trabajo. Todo por la comunidad. Yo nunca escatimo esfuerzos ni tiempo si es por la comunidad. Mis vecinos son lo que más me importa. A mí...

—Pues yo no los tengo en casa, los he buscado y no he sido capaz de encontrarlos. Seguro que no los recibí en su día —dijo Mari cortando su conversación porque sabía que, con aquel tema, podía tener para rato.

—Imposible, los metí en todos los buzones. Todos los vecinos tienen su copia. Además, tú como presidenta tienes otra copia en la cartera del presidente que está en el cuarto de la comunidad, porque... —De nuevo Mari tuvo que cortarle.

—Cartera del presidente, ¿qué es eso?

—¿Ves, Mari, cómo tengo que estar en todo?. Pues la cartera que el presidente tiene la obligación de tener siempre en su poder. Allí puse una copia de todos los documentos importantes de la comunidad. También fue una idea mía. Lo hice con el fin de que la administradora no fuera la única que poseyera los documentos. Es una obligación del presidente mantenerla al día y pasársela al siguiente. Está recogido en el reglamento comunitario. ¿No te dijo nada el presidente saliente?

—Pues no, la verdad, no sabía ni que existía. Tampoco conocía todas esas obligaciones. Bueno, de eso ya hablaremos otro día. Si quieres te puedes ir porque a Campillo lo acerco yo a su casa —le dijo ella ya en la sala de espera de la oficina de denuncias en la planta baja.

—No, no, espero. ¡Faltaría más! —dijo con mucho énfasis.

Parecía que la estrategia de Mari había dado resultado. «No hay como

conocer cuál es el “talón de Aquiles” de tu enemigo», pensó.

—Siéntate, Mari, estábamos esperando por ti.

—¿Y eso?

—El señor Campillo no quiere empezar si no estás tú presente.

—Bueno, pues empecemos.

—Me vas a perdonar, Mari, pero yo no entiendo por qué no puede estar aquí el señor Alonso —comenzó protestando levemente el hombrecillo.

—Mira Campillo. Él es el dueño del perro y la investigación es secreta. No puede conocerla. Imagínate que fuera un sospechoso y estuviera conociendo lo que tú declaras.

Mari se tiró un farol para ver si el hombrecillo se tranquilizaba y se olvidaba de su amigo inseparable.

—¿Él?, ¿sospechoso?, ¿de qué?, ¿de matar a Poli, con lo que lo quería? Imposible. Si... ya.

Fue su respuesta. La última frase la dijo en un susurro tan débil que ninguno de los dos policías lograron entender más allá de la primera y la última sílaba; tanto fue así, que ambos preguntaron al unísono.

—¿Qué has dicho?

—Nada, nada. Cosas mías. —Ellos se miraron y continuaron con la conversación.

—Lo primero que queremos que nos cuentes es —dijo Basilio— cuántos habéis participado en la preparación de la manifestación de ayer.

—Yo de eso no sé nada —contestó visiblemente nervioso.

—No mientas porque te han visto buzoneando por Eras.

—¿A mí? Imposible —dijo abriendo mucho los ojos.

—Sí, a ti. Seamos claros: eso que habéis hecho es crear alarma social. Además, el contenido es falso y es un delito. ¿Lo sabías?

—Yo no lo escribí. Eso lo escribió José Luis, allá él. Yo ni siquiera lo he leído. Bueno, yo... quise decir... no, es que... —Campillo se dio cuenta y trató de rectificar, pero se puso tan nervioso que no atinaba a decir palabra.

—Tranquilo, hombre. —Sonrió Basilio—. Si todo eso ya lo sabíamos.

—Entonces, ¿para qué me lo preguntan? —acertó a decir él, enfadado.

—Porque queremos que nos lo digas tú. Además, queremos que nos digas quiénes habéis participado en el buzoneo, a parte de ti y del señor Alonso, claro.

—No lo sé. Yo no sé nada. —Campillo trató de cerrarse, pero Basilio no le dio tregua, ahora era su momento y lo sabía; así es que pegó un fuerte golpe

en la mesa que hizo que el otro saltara de la silla y acercó su cabeza a la del hombrecillo.

—Mira, Campillo, en estos momentos tengo ya argumentos suficientes para meterte en el calabozo y olvidarme de ti hasta mañana. Si no quieres que eso ocurra, no me andes con “gilipollices” —le dijo en voz muy baja y lenta. La reacción no se hizo esperar.

—Estuvieron su mujer y su hija. Para mí que ellas no buzonearon mucho porque protestaban a cada paso. También estuvo Aníbal, un vecino de mi portal y Ángel, un amigo mío de Santana que tiene perro y está muy afectado. Luego, sé que hubo más gente, pero no los conozco.

—¿Quién fue el que habló con las asociaciones de animales?

—De todo eso se encargó José Luis. Yo no sé nada.

—Lo de ayer, ¿quién lo organizó?

—No lo sé. José Luis se encargó de todo. Dijo que íbamos a poner León patas arriba.

—¿Y las pancartas?

—Las hicimos en su casa. En la mesa de la cocina. Entre Aurora y yo las hicimos en la tarde del domingo. Ella escribía y yo le sujetaba la tela. Es que a mí lo de escribir no se me da bien.

—¿De dónde salió el material?

—Lo puso José Luis, creo.

—¿Qué sabes del perro? —Basilio quiso cambiar de tema.

—De eso no sé nada, se lo juro. Ha sido una gran pérdida. José Luis está muy afectado.

—¿Tienes idea de quién ha sido?

—Él dice que la administradora. Le tiene manía. Es un mal bicho. Nos está robando todo lo indecible.

—¿¡Piedad!?! — A Mari la pilló desprevenida—. Tú, ¿Cómo lo sabes?

—Con el gasóleo. Me lo ha dicho José Luis, que es lo que hacen todos los administradores. Un amigo suyo se lo contó .

—¿Un amigo suyo? —Mari no daba crédito—. ¿Quién es ese amigo?

—Yo solo lo he visto un par de veces. Por lo que se ve, tiene una empresa de gasóleos; de ésos que van por ahí con el camión repartiendo. Gasóleos..., gasóleos... No me acuerdo del nombre. Bueno, el caso es que dice que ha ido a ofrecerle sus servicios y Piedad le ha pedido una comisión.

—Eso, ¿te lo ha dicho él o te lo ha dicho José Luis?

—No, no, José Luis. Yo con él nunca he hablado. Gasóleos Lillo, creo

que se llama —consiguió recordar el hombrecillo.

—Dices que es amigo de José Luis, pero, ¿cómo de amigo?

A Mari, aquel tema le interesaba.

—Amigo, no sé... de ésos que te invitan a un café y hasta se enfadan para luego volver a contentarse.

—¿Se enfadan, dices? —preguntó Mari con extrañeza.

—Sí, un día los vi discutiendo en la calle, ellos no me vieron a mí, pero me pareció que el del gasóleo le gritaba a José Luis. No debió durar el enfado porque, al poco, los volví a ver de amigos.

Los tres se quedaron en silencio mientras Mari tomaba notas en un folio en blanco. Había datos que era mejor no recoger en la declaración.

—¿De qué tienes mido, Campillo? —Mari quiso cambiar la dinámica de la conversación.

—No te entiendo, yo no...

—El otro día, cuando fui a tu casa, no me abriste, ¿por qué?

—No, yo no estaba en casa.

—Estabas dentro, no mientas, lo sé seguro. Te dejé una nota e hiciste caso omiso de ella. Yo soy la presidenta de la comunidad, tu vecina. ¿Hay algún problema por el que no quieras hablar conmigo?

—No, no Mari. ¡Qué va!, pero es que...

—¡Vamos, “joder”, Campillo! —gritó Basilio perdiendo la paciencia—. ¡Que ya sabemos que ese abogaducho te tiene amenazado. ¿Te crees que estamos en el limbo?

El anciano abrió mucho los ojos sin articular palabra. Lo sabían todo; así es que, de nada servía negar la evidencia. En un instante, se vino abajo por completo. Los dos policías pudieron ver cómo sus ojos se llenaban de lágrimas que escurrieron por su larga barba blanca. En un susurro comenzó su verdadera confesión; aquello que llevaba años queriendo echar fuera y le impedía dormir por las noches.

—Es que, si no hago lo que él dice, me manda a los de hacienda a casa —acertó a decir en un susurro.

—¿Los de hacienda? —Los dos policías se miraron con gesto de no entender nada.

—Sí, los de hacienda. Yo tengo unos locales alquilados y no declaro el IVA ni ni nada. Son demasiados papeles para mí y no entiendo de eso. Él tiene un amigo que es un cargo muy importante en hacienda y me tiene dicho que, si no hago todo lo que me manda, se lo dice a su amigo. Lo mismo hace con

Aníbal, un vecino de mi portal que se ha quedado sin trabajo y cobra el paro. El hombre da unas clases particulares en su casa y José Luis le dice que es ilegal y que se lo va a decir a su amigo.

—Pero, eso que hace es un delito. No puede hacerlo.

Mari trataba de dar un poco de ánimos a Campillo.

—No sé, él es abogado y sabe mucho de esas cosas. Yo no quiero tener problemas con hacienda. Mi mujer me dice que soy un tonto, pero yo no quiero preocupar a mis hijos.

—Vamos a ver, Campillo. A partir de hoy no quiero volver a verte junto a ese tipo. No quiero que le abras la puerta de tu casa ni que le cojas el teléfono. No quiero que te relaciones con él para nada. ¿Estás de acuerdo?

—Como tú digas, Mari, pero, ¿y si me llaman los de hacienda?

—No te llamarán, te lo garantizo. Ahora te llevaré yo a tu casa, no quiero que lo haga ese chantajista manipulador. Sácale la declaración y que la firme. Voy a hablar con el señor Alonso un momento.

—Pero... —fue a protestar Campillo.

—No hay peros. Fíate de mí, que hasta ahora bastante te han engañado — le dijo tratando de disipar sus dudas.

El señor Alonso no se encontraba en la sala de espera. Su compañero le indicó que lo envió a la calle porque se puso a hablar mal de la policía a los que esperaban para poner denuncia y en un momento se preparó allí un buen revuelo. «Supongo que estará esperando fuera», le indicó el policía de uniforme.

Efectivamente, allí lo encontró paseando nervioso por la acera. Cuando la vio aparecer en su dirección, aceleró el paso a su encuentro y, con ello, el meneo de su cartera. La conversación apenas duró un par de minutos, los que empleó Mari en decirle lo que quería que él supiera. Solo habló la policía porque el señor Alonso bajó la vista a sus zapatos y no articuló una sola palabra. Cuando ella hubo acabado, los dos giraron sobre sus talones y tomaron sus respectivos rumbos.

CAPÍTULO DIECISIETE

MARI NO COMENTÓ con Basilio ni una sola palabra sobre lo dicho por Campillo del gasóleo, no quería mezclar las cuestiones comunitarias con la investigación policial de la muerte del perro. Él tampoco lo mencionó, pero sin duda, no le había pasado desapercibido.

De camino a su oficina, comprendió la importancia de aclarar aquel punto. Campillo no parecía conocer de lo que estaba hablando pero, a ella, aquello le olía mal. Por ese motivo, lo primero que hizo fue llamar a la administradora.

—Hola Piedad, necesito que me pases el teléfono de Gasóleos Lillo, ¿puede ser?

—¿Lillo?, no me suena. ¿Podría ser Gasóleos Lino? —preguntó la administradora, tras una pausa.

—Podría ser, investiga un poco y me lo metes por el *Wass*, como siempre.

—¿Puedo preguntarte, para qué quieres contactar con esa gente?

—Bueno... —Mari dudó—, me han hablado de ellos y quiero saber si puede ser interesante comprarles gasóleo; a lo mejor podemos ahorrarnos un dinerillo...

—Si es Lino, no te lo recomiendo.

—¿Y eso?

—Es un pirata. Le mandé echar una vez en una comunidad y tuvimos que cambiar los filtros de la caldera.

—Pues, a mí me han hablado muy bien de él.

—No te digo más que casi pierdo la comunidad por su culpa. Ten cuidado con él.

—Gracias por la información, pero mándame el teléfono de todas formas —fue la respuesta a modo de despedida de la presidenta.

Piedad sabía que Mari no le había dicho la verdad. Evidentemente, se trataba de Lino porque sabía, de sobra, que andaba loco por echar gasóleo allí; bueno andaba loco por echar gasóleo. Esperaría a ver lo que daba de sí esta nueva idea de la presidenta investigadora; no obstante, aquello no la gustaba nada.

Como era víspera de fiesta el último día de Basilio, se reunieron al final de la mañana los cuatro.

—Parece que el viejo sí sabía cosas, ¿no? —preguntó Mari introduciendo la conversación.

—Claro, está siempre al lado de su jefe... —dijo Luis.

—Y lo que no nos ha contado...—apuntó Basilio.

—¿Tú crees? —preguntó Mari con extrañeza.

—Seguro. Pero necesitamos que Aníbal nos confirme todo eso —continuó Basilio.

—Habrá que tomarle declaración. Hablaré con él esta tarde. —Mari estaba contenta.

—No sé por qué me da que Aníbal está deseando denunciarlo. Esto se pone interesante —intervino Carlos.

—Recopilemos lo que tenemos —Mari estaba impaciente.

—Aún no tenemos nada. —Basilio parecía que no le daba mucha importancia a todo aquello.

—Coacciones a dos personas. —Carlos lo tenía claro—. Puede que aparezcan más cosas.

—También está la alarma social y los daños a los aspersores —dijo Luis.

—Pero habréis observado que del perro, nada —dijo Mari con cierta decepción.

—Conmigo no contéis hasta dentro de quince días —dijo Basilio levantando las manos.

—Estoy por irme yo también de vacaciones y dejarlo todo “empantanado” —intervino ella con enojo fingido.

—Román nos mata a todos —Carlos reía.

—O le da un infarto —remató Luis.

—También puedo daros un par de conejos antes de irme; si los queréis, claro —dijo Basilio haciéndose el interesante y dirigiéndose a Mari.

—Por supuesto —contestó ella con rapidez.

—Hoy hemos visto la posible comisión de nuevos delitos. Cuando investigas, suele ocurrir que descubres nuevas tramas que te llevan hacia caminos diferentes al que sigues, pero no debes perder de vista cuál es el objetivo principal que nos mueve; es decir: el perro.

—Entiendo.

—Todo esto ya lo veremos al final. Ahora, no debemos dispersarnos, no

nos metamos por sendas que nos aparten de nuestro objetivo. Piensa que estamos en la fase de recoger pruebas y todas las que nos surjan son buenas, luego las usaremos para acusar a uno o a otro, para defender un delito u otro. De momento, hasta que no sepamos quién mató al perro, preguntamos, escarbamos, movemos y, si sale algo, recogemos.

—Ya, pero es que llevamos quince días y esto no mejora, al contrario.

—Ten paciencia. No desesperes. Piensa que estos quince días que yo no voy a estar, ésa es vuestra función. Si alguien os apremia, le decís que estamos en agosto y que en este mes descansan hasta lo delincuentes. Hasta septiembre no encontraremos al culpable.

Basilio rio satisfecho y su seguridad dejó más tranquila a Mari.

Mariana sabía que con aquel tipo se la jugaba, pero no se le ocurría otra forma mejor de hacerlo. No quería que él llamase a su amigo el señor Alonso y se informase de que ella era policía porque si lo hacía, se cerraría y la entrevista no serviría para nada.

Había terminado de comer, era la hora del café. Cuanto menos tiempo transcurriera entre la cita y la entrevista, mejor; así es que, cerró los ojos y se lanzó a la piscina.

—¿Lino?, ¿Es usted Lino de “Gasóleos Lino”?

—Sí, sí. Dígame.

—Mire, soy la presidenta de la comunidad de propietarios de la calle La industria 37. Quería entrevistarme con usted, si es posible.

—Espere, la Industria... ¿No es en ese el edificio donde vive el señor Alonso?

—Efectivamente, el mismo.

—Bueno, pues me parece bien. ¿Cuándo quiere que nos veamos?

—Ahora mismo, ¿puede ser?

—Es que ahora..., no sé si podré. —Mari dio otra vuelta de tuerca, no le podía dar tiempo para reaccionar.

—En quince minutos estoy en El Horno, debajo de mi casa. ¿Le va bien?

—¿No lo podemos dejar para más tarde o para mañana?

—Imposible, mañana es fiesta y esta tarde no estoy. Tengo la maleta preparada para salir en un hora y no vuelvo hasta el lunes. Si no arreglo esto con usted ahora, tendré que decirle a la administradora que eche gasóleo el jueves con el suministrador que estime oportuno —mintió.

—Vale, salgo para allí, pero si me retraso, espéreme.

—No hay problema.

Mariana colgó el teléfono y se quedó pensando, «anda que ha tardado el tío en descubrir que conoce al señor Alonso». «Si es cierto lo que dice Campillo, puede que no se lleven tan bien como a él le parece y prefiera no informarle de la cita».

—¿De qué conoce usted al señor Alonso?

—Don José Luis y yo somos amigos desde hace tiempo —dijo muy ufano.

—Ya me han dicho —fue la enigmática respuesta de Mari. Estaban sentados en una mesa. A esa hora, la cafetería presentaba un gran ambiente y muchos eran vecinos. En una esquina, observando, se había colocado Francisco.

—¿A cuánto vende usted el gasóleo, señor Lino?

—Mire, si usted me compra el suministro de todo el año, yo le garantizo un precio de tres céntimos menos que cualquier suministrador de León. Es mucho dinero, ¿eh! —afirmó él levantando el dedo índice de su mano izquierda.

—Tres céntimos, sí que me lo pone usted fácil...

—No encontrará quién se lo ponga mejor.

—En esas condiciones, ¿gana usted dinero?

—Bueno, estoy empezando y si quiero abrir mercado, es lo que me queda.

—¿Qué tal es el gasóleo que vende? ¿No me irá a meter gasóleo de mala calidad!

—No, no, yo solo vendo gasóleo de primera, CLH cien por cien —Mari sabía que la estaba engañando. La información facilitada por la administradora no coincidía con la versión de Lino; así es que arriesgó.

—No sé, creo que no lo veo claro.

—Mire, le puedo dejar un par de céntimos por litro para usted, por ser usted y porque es la comunidad del señor Alonso. Es mucho dinero al final del año. Pero solo si yo meto todo el gasóleo que consuman.

—¿Es esto lo que le había ofrecido también al señor Alonso, si conseguía hacerse con la administración de la comunidad? ¿Es así, señor Lino?

Lino se puso blanco. Fue a dar un golpe en la mesa, aunque se controló. Mariana lo observaba con un sonrisa burlona en los labios. Sabía que de un momento a otro podía soltar dos juramentos allí mismo, pero estaban en un lugar público y ella jugaba en casa; allí, todos eran sus aliados.

—Seamos claros, señor Lino. Si usted quiere echar gasóleo aquí, debo

conocer el acuerdo que tiene con el señor Alonso.

Su interlocutor se acercó a ella hablando bajo y arrastrando las palabras.

—Ese abogaducho es un “cabrón”, lleva tres años diciéndome que me va a dar la comunidad y no he metido ni un solo litro. Ya estoy harto de hacerle favores. Claro que se iba a llevar una comisión. ¿No se la acabo de ofrecer a usted? ¿Por qué no se la iba a ofrecer también a él? —Hizo una pausa para volver a su posición y continuó—, pero una comisión de cero es cero, ¿no es verdad?

Mari se sorprendió de su locuacidad; sin embargo, tanto el uno como la otra sabían que Lino seguiría sin meter un solo litro de su gasóleo en la comunidad. Ella se levantó de la mesa, le hizo un gesto a su marido y se fue sin despedirse.

CAPÍTULO DIECIOCHO

A LAS OCHO de la tarde y en víspera de fiesta, Piedad recibió un WhatsApp de Mari que le decía: «Quiero saber quién es el agente de la póliza de seguros de la comunidad. Si no lo sabes, investigalo. Si es el señor Alonso, quiero saber cuánto se lleva de comisión».

Piedad asoció este mensaje con su solicitud de la mañana en referencia a gasóleos Lino. Se dio cuenta que sus sospechas no habían sido acertadas. Ahora todo comenzaba a tener sentido. Otro sentido diferente al que le había dado solo horas antes.

«Esa tía no para. ¡Vaya actividad!, ahora el seguro de la comunidad. Esto se pone interesante. Pero todo esto no tiene nada que ver con el perro, ¿o sí? En cualquier caso, pinta bien», pensó al leer el mensaje.

El jueves, a primera hora, Piedad pulsó su contacto en la compañía de seguros.

—El agente lo tienes en la póliza, ya lo sabes de siempre, no hay ningún secreto en eso —le dijo Santiago.

—No es lo que te estoy pidiendo. Me interesa conocer quién cobra la comisión de esa póliza y, si el agente la comparte, quiero saber con quién.

Ése era, precisamente, el punto que Santiago trataba de evitar.

—No te puedo dar ese dato, Piedad, es información confidencial.

—Mira, Santiago, no quiero que transgredas todas las normas de la protección de datos por mi culpa. En la comunidad tenemos la sospecha de que un vecino llamado José Luis Alonso García está cobrando la comisión de esa póliza. Solo quiero que me digas «Sí» «No». Cuando lo hagas, piensa en una cosa: esa póliza lleva muchos años con vosotros, puede que siga o puede que cambie, y dependerá de tu respuesta.

El tono contundente de Piedad no le dejó lugar a dudas a Santiago. A ella le hubiera gustado ser más sutil pero, en esas circunstancias, no le quedaba otra opción.

Por supuesto que su respuesta fue «Sí», aunque se negó rotundamente a desvelar la cuantía de la comisión del último recibo. A ella no le importó lo más mínimo porque, este extremo, era ya secundario.

Cuando la secretaria del comisario la llamó para decirle que el gran jefe quería verla, no le sorprendió en absoluto.

Los periódicos del martes y las fotos de la comisaría en primera página, en las que aparecía un grupo de cincuenta manifestantes como si se tratara de quinientos, eran suficiente argumento para que todos los estamentos políticos se pusieran en marcha. Si no la había llamado antes era porque el miércoles fue festivo, pero hoy jueves, a primera hora, tocaba ir a dar explicaciones.

«Supongo que antes habrá pasado Román y me habrá puesto de inútil para arriba, así se justifica él. Es el juego, ¡qué le vamos a hacer!», pensó resignada.

—Vamos a ver Mariana, ¿qué hace la jefa de violencia de género investigando un caso de delincuencia urbana? —Macario hablaba en un tono cortante dejando ver su irritación.

—Soy la presidenta de la comunidad y tengo mucho interés en lo que pasa en ella. Además, Basilio me pidió ayuda.

—¿Basilio, ayuda? No es eso lo que a mí me han contado.

—No sé lo que a usted le habrán dicho, jefe, pero ésa es la verdad. Basilio y yo somos amigos desde hace tiempo y nos ayudamos si podemos.

—¿No me estará usted descuidando sus tareas?, porque la violencia de género es una materia muy sensible. A ver si vamos a salir todos los días en el periódico.

—En absoluto, en mi grupo lo llevamos todo al día. No obstante, si tenemos que salir en los periódicos, no hay ningún problema. La publicidad es buena.

—Bueno, eso depende...

—En absoluto, jefe. La publicidad siempre es buena; es más, la gente paga por ella —Macario se quedó en silencio observándola y cambió de tema.

—Y lo del perro, ¿cómo va?

—Pues no lo sé muy bien. En realidad no sabría qué decirle.

—Osea, que no tenemos nada.

—Efectivamente. Hemos averiguado cosas, pero aún no sabemos quién mató al perro —concluyó Mari tratando de no profundizar demasiado.

—Ahí estaba la administradora implicada ¿no?

—Eso dice el propietario del perro, pero no hay nada definitivo sobre ella. Es una sospechosa más.

—Oye, ¿es verdad que ese tipo es abogado?, porque me está montando unos «pollos» en la comisaría de mucho cuidado.

—Eso es lo que pone en su placa, no le he preguntado al Colegio de Abogados por su colegiación.

—Pues debería hacerlo, no sea que... Por cierto, ¿ya sabemos quién montó el «tinglao» del martes?

—Sí, jefe, ya lo sabemos —dijo Mari con resignación.

—No me diga que ha sido él...

—Pues claro que ha sido él.

—«¡La madre que lo parió!»». Quiero que lo empapeles, Mariana, ¿me has oído?, ¡que lo empapeles!

—Todo a su tiempo, jefe —contestó ella en un tono pausado y hasta resignado.

—Nada de a su tiempo. No quiero que me vuelva a montar otro “sarao” delante de la puerta de la comisaría.

—No lo hará.

—Más te vale, porque te hago responsable de ello. Me tiene la Oficina de Denuncias inundada de quejas sobre desapariciones de perros. Vienen de todas partes de León. Nunca me hubiera imaginado que desaparecían tantos perros. Voy a tener que destinar a un policía solamente para explicar a la gente que ése no es un hecho denunciabile.

—Ésa es una buena idea, aunque lo mejor sería que los mandaran a los municipales. Es mejor que perderse en explicaciones. —El jefe la miró sin saber muy bien qué decir. Le había sorprendido cambiando de tema, pero debía reconocer que la idea era buena.

—Quiero resultados, Mariana, ¿me has entendido? Resultados. Quiero cerrar ese caso cuanto antes y, sobre todo, nada de manifestaciones ni periódicos ni alarmas sociales. Esta mañana me ha llamado el Jefe Superior y me temo que el asunto haya llegado mucho más arriba. No sé por qué, estas tonterías son las que más interesan a la gente, y nosotros tenemos que mantener una imagen.

—Lo he entendido perfectamente, jefe, perfectamente.

—Me alegro mucho —dijo Macario a modo de despedida.

Mari no había estado parada. El mismo día de la declaración de Campillo, después de la aventura con Lino, había ido a ver a Aníbal. El hombre estaba en casa y le abrió la puerta, pero la recibió con un tono brusco y poco amigable, por lo que su primera intención fue citarlo en la comisaría para tomarle declaración. Sin embargo, la sorprendió invitándola a pasar al

interior.

Su actitud cambió de puertas adentro, tornándose colaborador y amable. No solo reconoció lo que había declarado Campillo, sino que se mostró dispuesto a confirmarlo en una declaración formal.

—Esta mañana necesito que uno de los dos me eche una mano. —Estaban tomando café en la cafetería de siempre.

—Claro, Mari. Tú dirás.

—Para las doce tengo citado a Aníbal. Hay que recogerle la declaración.

—Yo mismo —dijo Carlos.

—Tengo hecho un boceto. Es sencilla. Ya hablé el martes con él y está dispuesto a declarar y a confirmar lo que dijo Campillo.

—Vale, me das el esquema y la preparo.

—Yo no quiero estar presente todo el tiempo. Pasaré al principio, para que se sienta tranquilo y al final para acompañarlo a la salida.

—Ok, jefa —fue la respuesta de Carlos.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Francisco.

—Fatal. Menuda semana. Ha sido de locos: el lunes la “manifa”, el martes Campillo y hoy el comisario metiendo caña. Menos mal que el quince fue festivo —contestó ella—. Para colmo, Basilio se ha «pirao» de vacaciones y me ha dejado con todo «el marrón».

—Bueno, mañana ya es viernes y viene el fin de semana, si quieres nos vamos a la playa.

—Es una buena idea, a ver si me da tiempo a pensar.

—¿Habéis descubierto algo?

—Pues no lo sé, la verdad. No sé si voy para adelante o para atrás. Mañana tengo a Rodri, que no veas lo que me ha costado quedar con él. Una semana llevo detrás y, cuando no es el curso de electricista es que tiene que llevar a su abuela al médico. Menudo tipo. —Mari se interrumpió un instante—. A ver lo que me cuenta mañana.

—¿Sabes algo de él?

—Tiene antecedentes, nada importante. Un par de detenciones. Una por droga, poca cosa, y la otra por resistencia. Estaría puesto hasta arriba y se hizo el valiente con la patrulla. Son de hace tiempo. La más reciente es de hace cuatro años, pero seguro que sigue fumando porque tiene una pinta “fumeta” que no veas.

—Bueno, eso no quiere decir nada —dijo Francisco un poco molesto—.

Los policías sois increíbles, enseguida clasificáis a las personas. Con solo mirarlas, ya creéis conocer toda su vida.

—«¡Qué va!, “¡qué va!»». Los policías investigamos antes de clasificaros; o, ¿tú qué te crees, que no te he investigado a ti?

—¿A eso te dedicas en el trabajo?

—Bueno, también cuando estoy fuera. —Los dos rieron.

—Espero que no hayas encontrado nada comprometido —dijo Francisco siguiendo la broma.

—El que está resultando una joya es el señor Alonso. A lo que te conté ayer sobre sus planes con el gasóleo hay que añadir la póliza del seguro.

Mariana contó a su marido la información que, esa misma mañana, le había facilitado la administradora.

—Vaya con el aspirante a administrador..., si lo saben los vecinos lo “pelan”.

—Pues lo sabrán. Algún día lo sabrán todo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

—HOMBRE, RODRI. AL fin has venido. Cuidado que es difícil quedar contigo, ¿no?

—Verá señora comisaria, es que estoy muy «liao». Todo el día de acá para allá. Si no son las lecturas, es el curso y, si no, las cargas familiares.

—Entiendo, entiendo —le dijo Mari indicándole la silla que había ante su mesa.

Rodri hablaba un poco de nariz y como masticando las palabras. Un estilo muy característico de los jóvenes de su edad en los ambientes que se le suponían. Mari había decidido que aquella declaración la recogería ella; así es que, tras una breve pausa, continuó.

—No es necesario que me llames comisaria, no me asciendas así de golpe. Soy subinspectora y puedes llamarme policía. También soy la presidenta de la comunidad de la calle la Industria en Eras, donde colgaron al perro. No sé si te has enterado...

—Claro, claro. ¡Vaya movida! Además, dicen que hay alguien que se dedica a matar perros por la zona. Esto ya parece El Bronx.

—¿El qué? —Rodri la miró con los ojos muy abiertos. No podía ser que aquella «poli» no hubiera oído hablar de aquel barrio que salía en todas las películas.

—El Bronx, ese barrio de Nueva York que sale en todas las películas —aclaró él con una sonrisa.

—¡Ah, ya! El Bronx. ¡Qué va!, ¡qué va!. León es muy diferente, aquí hablamos castellano. Anda, dame tu DNI.

Rodri sacó su cartera y cogió con cuidado su carnet de identidad para dárselo a la policía, que lo asió con su mano derecha, lo inspeccionó por ambos lados y se puso a escribir en el ordenador. Mari observaba al chico de reojo por si veía algún gesto de nerviosismo, pero no observó ninguno; es más, se dio cuenta de que él también la observaba.

—Dime, Rodri, ¿qué sabes tú del perro?

—Yooo —dijo él con un gesto de extrañeza—, yo no sé nada más que lo que he oído por ahí.

—¿Y qué es lo que has oído? —quiso saber ella.

—En los últimos días no se habla de otra cosa. Los vecinos de mi comunidad que tienen perro, están «acojonaos». Otros dicen que ojalá llegue alguien y acabe con todos porque, de esa forma, se pondría fin a los ladridos nocturnos, al que mea en el portal, al que caga en la acera... Pero ¿de verdad existe ese paisano?

Rodri acercó mucho su cabeza por encima de la mesa y dijo esas últimas palabras en un susurro, como si tuviera miedo de que alguien lo pudiera oír desde el pasillo.

—No hagas caso, eso son todo invenciones de la prensa —contestó ella sonriendo.

—Ya, vaya movida, con la comisaría en primera página —Ahora Rodri rio abiertamente y simuló con las dos manos los titulares del periódico.

—Tú tienes un perro, ¿entre cuáles te encuentras, entre los que se alegran o los otros?

—No, no, yo no tengo perro. A mí los perros me molestan, sobre todo cuando piso una mierda en la calle —dijo ahora muy serio.

—Pero, si a mí me han dicho...

—La han informado mal, señora comisaria, perdón, señora policía; yo no tengo perro.

—¿Sabes quién era el dueño del perro?

—Claro, el señor ese del bigotito que vive en el tercero de su portal. Es un señor muy gracioso. Somos buenos amigos. Nada más que llego a la comunidad, allí está como un clavo con su «pedazo agenda del siete». No sé cómo lo hace, pero siempre aparece. Mire que he probado a empezar por otros portales diferentes al suyo, pues se entera y, ¡allí aparece! Algún día le tengo que preguntar cómo lo descubre. Seguro que tiene superpoderes o algo de eso. —Rodri rio su propia gracia.

—¿Dices que te llevas bien con él?

—Estupendamente. Me ayuda mucho a tomar las lecturas. Él me dice, «No, así no, Rodri», y yo le digo, «Hágalo usted, señor Alonso, que lo hace mejor», y todo va como la seda: él va leyendo y yo solo tengo que apuntar lo que él me dice.

Mari se quedó mirándolo mientras se preguntaba si aquel chaval casi imberbe, le estaba tomando el pelo o era un superdotado en realidad. «El primero que me habla bien del señor Alonso», se dijo. «Algunos piensan que es tonto, pero me parece el más cuerdo de todos. ¡A ver si Rodri es el que nos está dando la solución para que nos deje en paz ese trastornado!»

—¿Le pasa algo, señora comisaria? —dijo Rodri sacándola de su ensimismamiento. Ella lo miró con ternura y sonrió.

—¿No me estarás engañando con lo del perro? —insistió ella jugando la única baza que tenía.

—En absoluto, señora comisaria, perdón, señora policía. —El chico hizo una pausa y continuó—: Le voy a ser sincero, tuve uno hace tiempo. Ya sabe, ahora todo el mundo tiene perro y yo compré uno. Menudo lío que preparé. Me tenía loco: la comida, las cacas, el paseo... me lo destrozaba todo. Un caos, se lo digo yo. No me aguantó ni tres meses, así es que lo cogí un día y lo llevé para el pueblo. Le dije a mi abuelo: «"Abu" aquí te dejo a Chupi». «¿Para qué quiero yo un perro?», me dijo mi abuelo, pero yo no le hice ni caso y ahora son superamigos.

—¿Cuánto hace de eso?

—No sé, hace más de medio año, desde entonces odio los perros. Mi casa aún huele al entrar, y el sofá lo tengo lleno de pelos y de rotos que me hizo con los dientes. Es que los cachorros son muy juguetones y lo destrazan todo, dice mi abuelo, pero yo no lo sabía y...

—¿Tienes algo más que contarme sobre perros, Rodri?

—Nada, señora comisaria. Cuando quiera puede venir a mi casa para ver cómo me lo ha dejado todo ese «desgraciao» de Chupi. ¡No se me vuelve a ocurrir comprar otro perro en la vida!

La conversación del café de ese día, inevitablemente giró en torno al Rodri. En realidad era un personaje entretenido y podía amenizar varios días de tertulia. Mari quiso aprovechar la ocasión.

—Chicos, necesito que me hagáis un favor.

—Claro, tú dirás —respondió Luis.

—Hay que comprobar su versión porque no me extrañaría que nos estuviera tomando el pelo.

—Menudo tipo el Rodri. —Los dos rieron.

—Hay que ir a su domicilio y preguntar a los vecinos si tiene perro. Si lo tiene, seguro que ellos lo saben.

—Seguro, un perro siempre deja huella. —Volvieron a reír la gracia, ahora los tres.

—Esta mañana no puedo, pero el lunes, voy sin falta. Si te vale... —era Luis el que hablaba.

—Yo estoy igual. Hasta el lunes no puedo —apuntó Carlos.

—El lunes me vale y me da igual quien vaya. El que lo haga, debe leer antes la declaración y tenerlo en cuenta. No me sirve que os digan si tiene o no tiene, sino desde cuándo no lo ven con él.

—Ok, recibido, jefa. Eso de charlar con los vecinos se le da muy bien a Luis, será pan comido.

SEMANA DEL 20 DE AGOSTO

CAPÍTULO VEINTE

TRAS EL FIN de semana, Mari estaba intrigada por conocer el resultado de la investigación vecinal. El chico le caía bien, pero estaba casi segura que la había engañado.

—¿Pasaste por donde Rodri? —preguntó Mari a Luis.

—Sí, fui a primera hora. Estabas en lo cierto. Tiene un perro. Un cachorro de Husky. Debe ser una “pasada” de perro, de ésos que llaman la atención. Todos sus vecinos lo conocen. Bueno todos..., yo hablé con tres y los tres me dieron pelos y señales.

—¡Qué “cabrón”! Lo sabía. Sabía que me la estaba jugando. Lo sigue teniendo, ¿no?

—Sobre eso no supieron darme muchas explicaciones, pero uno de ellos dice que lo vio la semana pasada con el perro en la calle. Lo estaba metiendo en el coche y se fueron los dos. Dice que es normal porque lo lleva al monte, pero la semana pasada estaba ahí —terminó Luis.

—Lo voy a coger del pescuezo y se lo voy a retorcer hasta que no respire. Cuando le eche la vista encima se va a enterar el Rodri. —Mari dio rienda suelta a su decepción.

Aquel día, Mariana no pudo esperar al paseo nocturno par comentar con Francisco las novedades referentes a Rodri. Estaban los dos solo sentados a la mesa comiendo. A esa hora era lo habitual porque los horarios de los chicos no coincidían con los de sus padres y solían comer antes.

—No te vas a creer lo del Rodri. Menuda joya ha resultado —dijo Mariana a modo de introducción.

—¿Ya le tomaste declaración? —preguntó Francisco.

—Sí, se la tomé el viernes. —Mariana le contó lo ocurrido con el chico y cómo había tratado de engañarla.

—Y eso, ¿en qué cambia las cosas?

—Cambiar, cambiar, no mucho. Pero me ha mentido y si miente es que trata de ocultar algo.

—Le has cogido cariño al chico, ¿eh?

—Me cae bien. Es divertido e inteligente.

—Ves como tenía yo razón el otro día.

—¿Razón? ¿A qué te refieres?

—A que os hacéis una idea de la gente guiados por las apariencias.

—Todos lo hacemos, ¿tú no?

—No sé. Al menos intento evitarlo.

—Él me ha mentado.

—Puede que lo haga solamente por divertirse o por despistarte.

—Puede pero, en todo caso, debo averiguar por qué están mintiendo, tanto él como su tía.

—A ver si al final va a tener razón el señor Alonso y ha sido la administradora la que ha matado al perro. Ya te dije el otro día que, en la comunidad, hay mucha gente que lo cree.

—Tiene sentido. Él intrigando contra ella para echarla y ella vengándose de él donde más le duele. Creo que es la teoría de Basilio desde el principio.

—¿Basilio piensa eso?

—No me lo ha dicho; es solo una sospecha mía.

—Por cierto, me ha dicho Gaspar que nuestro vecino anda por la comunidad recogiendo firmas para pedirte una reunión. Debió ir a su casa.

—No sé ni cómo le abren la puerta los vecinos.

—Pues se la abren, ya lo ves; y hasta le firman el papel.

—¡Increíble!

—Mamá, un vecino pregunta por ti —fue la escueta afirmación de Paco asomando la cabeza por la puerta de la cocina. Mari miró su reloj: las 3:45. El chico añadió—: yo me voy, he quedado con Álvaro para ir a la piscina, vendré para la cena.

Y, con las mismas, se fue dejando al uno en la puerta y a la otra en la cocina.

—Hola, José Luis, ¿qué te trae por aquí? Pasa, pasa, no te quedes ahí— dijo Mari invitándolo a pasar mientras se secaba las manos con el paño de cocina.

—No, no, Mari, no quiero molestar. Solo te traía esta carta solicitándote una reunión. En la parte de atrás adjunto las firmas y los nombres de los vecinos que te lo pedimos. Todo está en orden. Quiero que la convoques esta semana si es posible.

—¿Esta semana? Tienes mucha prisa, ¿no?

—Las cosas, cuanto antes se hagan, mejor —fue su lacónica respuesta—.

Fírmame aquí como que has recibido la carta —remató.

Mari revisó concienzudamente el papel que el señor Alonso le daba a firmar y, tras ver que todo estaba correcto, lo firmó.

Solicitaba la reunión para el viernes y el único punto del orden del día era, cómo no, el cese de la administradora.

Aquello debía tratarlo con Piedad porque ella, en cuestiones legales, se perdía mucho.

Le sorprendió que Piedad abordara el tema con tanta profesionalidad. Le dijo que todo era correcto y que debía convocar la reunión, pero que la presidenta decidía el día, la hora y el lugar.

—Las cartas y todo eso lo preparas tú, ¿no? —preguntó Mari.

—Sí, claro, una vez que la firmes, me encargo de todo como si fuera una convocatoria normal. Si no quieres que yo acuda a la reunión, me lo dices.

—¡Ah!, ¿es posible celebrarla sin que tú estés presente?

—Sí, no es lo normal porque soy la secretaria, pero es correcto.

—¿Con cuánto tiempo de antelación hay que convocar?

—Es extraordinaria, no tiene tiempo. Puedes convocar para el día que quieras.

—Yo no quiero convocar esta reunión en estos momentos. Si no lo hago, ¿qué pasa?

—La pueden convocar ellos y sería válida igual.

—Vaya lío en el que me ha metido otra vez ese “gili...”

—La reunión se va a celebrar. Mejor que la convoques tú. Si no quieres que se tome ningún acuerdo, lo dices al inicio y si están conformes, todos para casa.

—Bien, celebrémosla el lunes día 27. Ya te diré si quiero que vengas.

—De acuerdo, déjame la documentación de solicitud que te ha entregado ése.

CAPÍTULO VEINTIUNO

MARI MIRÓ A Piedad y dudó un instante. No estaba segura de que fuera el mejor momento, pero finalmente tomó la decisión, «cualquier oportunidad es buena para mover la cesta y ahora se me presenta una», se dijo.

—Te voy a ser sincera —comenzó Mari—. Hasta aquí no te había dicho nada porque esperaba aclarar mis dudas por otras vías, pero llegados a este punto, en el que se me plantea una reunión en la que voy a defender tu continuidad como administradora de la comunidad, necesito saber si puedo confiar en ti o no.

—No te entiendo, Mari. Claro que puedes confiar en mí, ¿por qué no ibas a hacerlo?

—Me has mentado en lo del perro y tú lo sabes. Quiero que me digas la verdad.

—Yo... no sé a lo que te refieres...

—Lo sabes de sobra, Piedad, no te hagas la tonta. En tu declaración dijiste que no sabías que el señor Alonso tuviera perro y luego me entero de que, no solo lo sabes, sino que hasta le has mandado cartas trasladándole las quejas que a ti te han formulado algunos vecinos sobre las molestias que causa ese perro.

Piedad se quedó en silencio un instante, mientras Mari esperaba su respuesta.

—Yo no he sido, Mari, te lo juro, yo no tengo nada que ver con ese perro, no lo he visto en mi vida, yo... —Mari la cortó visiblemente enfadada.

—No te pongas a la defensiva otra vez, ¡«coño»! Negar no sirve de nada en este caso. —Mari estaba indignada. No quería que se justificara, sino que la dijera la verdad—. Luego está esa tontería del Rodri de que no tiene perro. ¿Es que os pensáis que me cuesta mucho trabajo a mí comprobar si tiene perro o no? ¿Acaso un Husky al que todos miran con envidia puede pasar desapercibido entre un montón de vecinos?

De nuevo dejó un pequeño silencio en su discurso para ver si Piedad se arrancaba, pero continuó, ahora bajando el tono.

—Luego está lo de Isidoro...

—¿Lo de Isidoro? ¿Qué es lo de Isidoro?

—Dice que te ha visto jugando con un perro en el descampado que hay al final de los chalés de Eras. Tú en tu declaración... —Piedad la interrumpió.

—Eso es mentira, nunca he venido con mi perro a León, ni siquiera al veterinario.

—Podía ser otro perro.

—Imposible, nunca he estado en esa zona con ningún perro. Se confunde.

—En cualquier caso, ¿sabes lo que consigues con eso?, que en mi lista de sospechosos ocupes el primer lugar junto con tu sobrino Rodri. Piénsalo bien, eres la que más tienes que perder en todo este lío. La gente busca un culpable y no se complica la vida. Cada día que pasa, más gente cree que has podido tener algo que ver en la muerte de ese perro. Tú tienes muchas comunidades por la zona y los rumores se extienden. Necesitas que esto se aclare y yo soy tu única salvación.

La sentencia de Mari hizo que Piedad se viniera abajo. Tenía razón, toda la razón. Aquello había comenzado como una excentricidad y una curiosidad, pero podía hacer tambalear su negocio. Ella estaba en la picota, se estaba cuestionando su profesionalidad y su confianza. Las lágrimas empezaron a aflorar a sus ojos, luego vinieron los sollozos. Era cierto que Mari era su única salida, por eso, cuando logró dominar la impotencia, le contó la verdad.

—¿Qué tal te ha ido con la administradora? Has estado con ella esta tarde, ¿no? —preguntó Francisco.

—Sí, y me ha ido bien. Muy bien diría yo.

—Vaya, veo que no todo son malas noticia. Me alegro. ¿Vuelves a confiar en ella?

—Creo que sí.

—¿Creo?

—Bueno, ya sabes el dicho “no me fío ni de mi padre” —Mariana rio.

—De tu padre... bueno, pero de tu marido supongo que es otra cosa.

—De ése menos. —Siguió ella con la broma.

—Te aclaró las dudas, por lo que veo.

—Sí, me dio una explicación y la creo. Hay que ver cómo se complica la gente la vida sin ninguna necesidad. —Mariana hizo una pausa. Francisco esperó—. Dice que no le pareció bien que la llamáramos a declarar, que yo desconfiara de ella, que haya sido yo, precisamente, quien la colocara como primera sospechosa. Según ella, lo que le pedía el cuerpo, en ese momento, era habernos mandado a la mierda y no declarar, pero al no poder hacerlo,

dijo lo primero que se le vino a la cabeza. Luego, se sintió bien con Basilio, se fue relajado y fue contestando con normalidad.

—Tiene sentido —dijo Francisco—. A cualquiera nos puede pasar lo mismo si nos encontramos ante una acusación sin comerlo ni beberlo.

—Sí, tiene sentido —convino ella.

—¿Y lo del chaval?

—Otra tontería. Como ella sabía detrás de lo que íbamos, cuando yo la pedí el teléfono de Rodri, se dio cuenta de que le entraría por ahí, quiso protegerlo y le dijo que se llevara el perro para el pueblo.

—No pensó que fuerais a comprobarlo.

—No.

—El típico caso en el que intentas eliminar una sospecha y, en realidad, lo que consigues es crear una mayor o, incluso, una certeza, si te pillan en el renuncio.

—Exactamente. Veo que tus dotes detectivescas mejoran. —Y ambos rieron.

Mari decidió que Piedad no fuera a la reunión. Le parecía que se iba a generar un situación muy violenta si la persona de la que iban a hablar estaba presente.

A la administradora no le importó demasiado; sin embargo, le dio las instrucciones oportunas para que celebrara la reunión, indicándole que el fin de semana debía visitar a los vecinos que ella viera más próximos para pedirles la delegación del voto, que los vocales debían ayudarla, que los asistentes solo podían hablar cuando ella les diera la palabra, que tenía que controlar la reunión en todo momento porque, si se le iba de las manos, aquello acabaría como el rosario de la aurora; finalmente, le remarcó y reiteró que la votación tenía que ser nominativa.

Mari tomó nota con el propósito firme de seguir a rajatabla aquella guía y que su primera reunión como presidenta no se convirtiera en un gallinero.

Francisco y los vocales de los portales se prestaron a colaborar y buscaron delegaciones de voto para respaldar a la presidenta en su firme propósito de hacer que todo quedara en agua de borrajas.

DESPUÉS DE LA REUNIÓN DEL 27 A

CAPÍTULO VEINTIDÓS

—¿SALIMOS HOY DE paseo? —fue la escueta pregunta de Francisco. Mariana no había abierto la boca desde que saliera de la reunión y no sabía muy bien por dónde saldría.

—Claro. Necesito pensar y conocer tus opiniones sobre lo que acaba de pasar—respondió ella en tono neutro.

Los altos niveles de adrenalina se encontraban normalizados y, su mente y todo su cuerpo, recobraban el ritmo normal tras abandonar la situación de alerta máxima.

Ahora tenía que estudiar la forma de manejar aquella nueva situación. Sus enemigos pensaban que habían ganado, pero ella intuía que la batalla acababa de comenzar. Al mostrar sus cartas, ya no disponían del factor sorpresa y la partida estaba igualada.

Le interesaba mucho conocer la opinión de Francisco porque él había vivido la reunión desde una perspectiva diferente y a unas revoluciones mucho más bajas que las suyas. Su opinión era mucho más objetiva que la suya. Por supuesto que él se la facilitó gustoso:

—No entiendo la actitud de Isidoro, ni la del vocal del 35.

Mariana le explicó cuál era la estrategia de este vecino y cómo, haciendo gala de una hipocresía sin límites, se había unido a su enemigo para lograr sus objetivos secesionista, en contra los intereses de la comunidad.

—La administradora le estorba en su propósito; así es que, por pura conveniencia, los secesionistas de ese portal unieron sus votos a los antiadministradora del señor Alonso.¿Lo entiendes ahora?

—Perfectamente, aunque eso es muy rastrero. Isidoro siempre ha sido enemigo del vecino del tercero y tiene fama de serio y coherente.

—Rastrero, sí, pero real. Y, en cuanto a lo otro, ya ves que la fama no es justificada.

La jugada de Isidoro le producía una profunda decepción. Debía reconocer su equivocación; no obstante, desde el punto de vista estratégico, podía asumirlo. En ese momento, por la mente de Mariana pasaron las palabras que le escuchó en el salón de su casa y que luego la administradora negó con rotundidad: «...Piedad jugando con un perro...¡seguro!».

—Ahora lo entiendo todo —siguió pensando en voz alta.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Isidoro me mintió cuando hablé con él en su casa. Se dio cuenta que yo consideraba a Piedad una sospechosa y me mintió para reafirmarme en la sospecha.

—¿Estás segura?

—Sí. Su objetivo de librarse del señor Alonso tiene como condición previa librarse de la administradora y ha tratado de utilizarme a mí para conseguirlo.

—Un poco retorcido ese hombre, ¿no? —Mariana soltó una carcajada.

—Aún lo estoy viendo levantarse cuando el del bigote pidió que le votaran como administrador.

—Yo pensé que le daba algo —confirmó Francisco.

—Lo que más me duele es la actitud del vocal de mi propia junta que me ha dejado en evidencia delante de todos los vecinos —reflexionó—. No puedo sacármelo de la cabeza. Ese vocal traidor estaba al corriente de todos los planes secesionistas y conspiradores y ha esperado hasta el último momento para darme la puntilla a mí. ¡A su presidenta!

—Creo que te estás implicando demasiado en todo esto. Parece que tienes un interés personal.

—¿Es así como lo ves?

—Así lo veo. Tú me has pedido mi opinión.

—Pues yo pienso que los que se lo toman desde el punto de vista personal son ellos. Yo soy la presidenta de la comunidad y no puedo dejar que me pasen por encima.

—Ése es el problema, tu preocupación por que no te pasen por encima.

—¿Actuaría mejor si me pliego a sus exigencias?

—Por supuesto que no. Pero la realidad es que no solo eres la presidenta de la comunidad, sino que también eres la investigadora del mayor misterio que hayamos tenido hasta la fecha. En el desempeño de esos dos papeles, tu mano se encontraba cargada de la suficiente información como para haber hecho saltar la reunión por los aires y que los vecinos se hubieran comido al organizador del evento; sin embargo, has preferido mantenerles el pulso desde el punto de vista personal sin usar tus potentes armas y soportándolo todo solo con tus hombros. No lo entiendo.

—Es muy sencillo. Mi principal objetivo es desentrañar ese misterio del que tu hablas: la muerte del perro. ¿Quién lo hizo? Ésa es la pregunta.

—¿Así lo vas a conseguir?

—No lo sé, pero de lo que no me cabe duda es de que, si hago saltar todo por los aires, con ello hubieran saltado también mis pocas posibilidades de conseguirlo.

Francisco reflexionaba sobre lo que su mujer acababa de decirle. Sin duda, era una mujer valiente y asumía el riesgo. Aquello no era un juego a todo o nada, porque él sabía que no abandonaría hasta conseguir su objetivo. Se sentía orgulloso de ella y afortunado por tenerla a su lado.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —Francisco sentía curiosidad por saber cuál sería su siguiente paso.

—Mañana por la mañana voy a ver a la administradora para conocer su opinión. Hay dos cosas que tengo muy claras: ni Isidoro va a conseguir segregar su portal, ni el señor Alonso va a ser administrador de la comunidad.

—¿Y la administradora?

—Ella me preocupa menos. Es una profesional y, si pierde esta comunidad, ganará otra. Lo que no quiero es que parezca que la hemos echado por el conflicto del perro y luego no tenga nada que ver en él.

—Difícil cuadrar este puzle —concluyó Francisco.

—No lo creas, una buena pista en la investigación de la muerte del perro podría hacer maravillas. —Los dos rieron.

Cuando Mariana fue a enviar el WhatsApp a Piedad para avisarla de que al día siguiente la visitaría, vio el de ésta interesándose por el resultado de la reunión. No quiso preocuparla demasiado y le contestó con una evasiva: «Un gallinero. Mañana por la mañana me paso y hablamos».

CAPÍTULO VEINTITRÉS

PIEDAD OBSERVABA A Mari mientras le contaba lo ocurrido en la reunión del día anterior tratando de reconstruir algunas de sus escenas. Ésta, a veces, se alteraba y se perdía en su relato, por lo que debía preguntar para reconducirla.

Lo de Isidoro no le sorprendió. Sabía que era peligroso y siempre trató de tenerlo a su lado en la comunidad, aunque la última embajada en la que se había embarcado sobrepasaba todos los límites y tuvo que decirle que no.

A pesar de la indignación de la presidenta, era consciente de que ese vecino tenía mucho poder entre los habitantes de su portal y el vocal se plegó. Una jugada sucia, por supuesto, pero la vida estaba llena de acciones así.

Por su parte, a Mari le sorprendía la tranquilidad en la que había ido instalándose Piedad a medida que ella hablaba. Su puesto en la comunidad no solo estaba en juego, sino que lo había perdido, y a ella parecía que no le importaba.

—¿Qué podemos hacer ahora? —preguntó Mari desconcertada.

—A pesar de que todos parecéis tener claro el resultado de la votación, lo cierto es que no es así. Mari la miró incrédula.

—No te entiendo —dijo—, diecinueve a dieciocho, pocas cosas hay tan claras como ésta.

—Efectivamente, pocas hay, pero una de ellas es una reunión de propietarios. —La expresión de la cara de la presidenta seguía sin aclararse.

—Creo que me he perdido —acertó a susurrar.

—Lo primero que haremos es revisar bien las representaciones para ver si todas están bien firmadas y, luego, comprobaremos las sumas de los votos válidos y de sus coeficientes.

—Eso, ¿cómo se hace?

—Pásame todos los asistentes. Esto nos va a llevar un buen rato.

—No me importa, espero. ¿Te ayudo? —dijo Mari solícita.

—Sí, vete separando en montones diferentes los “sí”, los “no” y las abstenciones.

—Veamos, los «sí» están todos correctos. Pasemos ahora a los «no». Esta representación no vale, no han puesto el nombre de la persona en la que

delegan el voto. Está firmada por alguien, pero se han olvidado de poner el nombre del representante. Es nula.

—Es una de las que llevaba el señor Alonso —apuntó Mari.

—Efectivamente, si no contamos esa delegación hay un empate a 18 votos. Ahora veamos la suma de coeficientes —continuó Piedad—. Piensa que tú llevabas una delegación, la del local, que tiene tres veces el coeficiente de un piso, así es que, ahora, verás lo que sale: ves, no hubieran ganado en coeficiente ni sumando el voto nulo.

—¿Cómo hay que interpretar todo esto? —preguntó la presidenta un poco ansiosa.

—La propuesta era el cese de la administradora y para acordarse, debería obtener mayoría de votos y de coeficiente, las dos a la vez; pero no ha alcanzado ninguna de ellas.

Una amplia sonrisa se dibujó en labios de la presidenta, mientras en su mente podía ver la cara de póker de Isidoro y las voces y juramentos del señor Alonso.

Mari caminaba por la calle en dirección a la comisaría. Eran las once y media de la mañana. Había aprovechado la hora del café para hablar con la administradora.

A esa hora, aún no se había echo patente el rigor el sol en toda su extensión y el paseo resultaba agradable. Iba dando vueltas al resultado real de la reunión. Debía reconocer que, si hubiera podido elegir uno, sin duda, habría elegido el que salió. Lo que ahora la preocupaba era la incertidumbre que ese resultado abría ante sus ojos. ¿Cuál iba a ser la reacción de los dos cabecillas ante lo que ellos calificarían, a buen seguro, como un atropello? Podía resultar hasta gracioso imaginárselos a los dos tan graves y vocingleros. «Al final acabarán siendo amigos», pensó.

La risa casi se le saltó en plena calle, pero pronto volvió a sus preocupaciones. Necesitaría la ayuda de Piedad para torear ese toro.

A medida que sus pasos se acercaban a la comisaría, su mente fue abandonando esos pensamientos y, sin saber muy bien cómo, se encontró ocupada por el perro del señor Alonso. «Ése sí que es un toro para torear. La reunión de ayer era una simple batalla, pero esto; esto es la guerra. Y, ¡menuda guerra!», pensó.

De pronto, tomó conciencia del punto exacto en el que se encontraba; el cruce le era bien conocido: a la izquierda, a cien metros estaba la comisaría, y

de frente, al otro lado de la calle el despacho del abogado. Un fuerte impulso la llevó a cruzar la calle y no lo reprimió.

«La verdad es que estamos como al principio. Peor, porque ahora tenemos un montón de sospechosos, pero, si te soy sincera, no sé muy bien ni por qué lo son. Nadie sabe nada, aunque todos reconocen que cualquiera pudo hacerlo.

»Uno dice que era una mujer con el objeto de colgarle el muerto a la administradora. Su esposa, que es la persona más cercana e inmediata a los hechos, que no sabe.

»Me pongo a descartar y me quedo sin ninguno.

»Basilio me dice que tengo que hacer una lista. Me resulta imposible hacer una clasificación por orden de preferencia de sospechosos porque todos están en el mismo punto.

»La administradora es la que encabeza la lista y con ella, su sobrino Rodri, el lector de contadores. Pero si te soy sincera, en estos momentos no sé si el Rodri es un sospechoso o el mejor colaborador que tengo y la administradora, más que una sospechosa, ha pasado a ser una descartada. Isidoro, quizá Isidoro...

»Cualquiera, todos, quizá, no sé nada... Vivo en la indeterminación permanente y no avanzo ni un solo metro. Esto es una frustración insoportable.

»Con razón nunca me ha gustado la investigación. Y luego Basilio dice que es bonita. Lo será para él que tiene una “pachorra” increíble y le da igual “ocho que ochenta”.

»Luego, por si fuera poco, todo el mundo habla de “el perro de Eras”. Con ese bulo que ha hecho correr el descerebrado de mi vecino, todos están “acojonaos”. Todos los días, por la mañana, cuando llego a la oficina, allí esta Román esperándome: “Qué, ¿hay algo nuevo?”, “¿ya sabemos quién lo hizo?”, “¡a ver cuándo acabáis con esto!”. “¡Díselo a Basilio que es de tu grupo, a mí ¿qué me dices?”, le respondí. “Tú eres la culpable de todo”, me dice el otro día, “tú nos has metido en esto”. ¡Qué “cabrón”! ¡Como si yo hubiera sido la que mató al perro! “¡Que yo solo soy la presidenta de la comunidad, a ver si te enteras!”, le solté en el mismo tono. ¡Qué “pesao”! Como siga así le voy a meter una denuncia por acoso laboral.

»Llevo unos cuantos días que ni duermo.

»Quizá tenga razón Román. Quizá deba mandárselo al juez y que “se lo coma con patatas”. Pero si se lo planteo ahora se me tira al cuello.

»Después está Basilio. El tío se va de vacaciones y me deja con todo “el

marrón”. ¡Que “güevazos” tiene! “No te preocupes, Mari”, me dice, “las cosas salen a la luz cuando están maduras. Tú escarba, incordia y observa; ya pillaremos el hilo bueno y, entonces, ya verás cómo corre todo”. El hilo bueno dice... el hilo gordo es lo que es él. Seguro que vuelve de las vacaciones con cuatro o cinco kilos más que cuando se fue, pero sin una sola idea nueva».

Mariana llegó con su monólogo hasta el final. No sabía si Sergio era la persona indicada para soltarle toda la frustración que le producía no encontrar ninguna salida al callejón en el que estaba metida, pero aquél era el momento.

—¿En qué has pensado que yo te puedo ayudar,? —le dijo Sergio observándola con una sonrisa en la boca, tras un breve silencio para comprobar que había acabado de soltarlo todo.

—En realidad, no lo sé. No he querido volver a la oficina porque ya no aguanto allí dentro. Entre el calor y que todos me preguntan, «¿cómo va lo del perro?» —Mari amaneró la voz en tono chillón y burlón—, se me hace insoportable. Ya no logro discernir si están interesados de verdad o me están tomando el pelo.

Un nuevo silencio sirvió para que Mari reordenara sus pensamientos. Como Sergio no decía nada, decidió continuar con su monólogo.

—Pasaba por aquí abajo y se me ocurrió picar a ver si estabas. No tenía esperanzas porque, ¡ya es difícil que un abogado esté en su oficina en el mes de agosto! Quería saber tu opinión sobre meterle la denuncia por los daños del jardín. No sé qué hacer ni por donde tirar...

—Sobre la denuncia, siempre estás a tiempo, mientras no prescriba el delito y eso depende de la cuantía de los daños. Sobre lo otro, suelo venir la última semana a preparar las cosas para iniciar septiembre con buen pié.

—Sí, claro, pero tú ¿qué opinas de la oportunidad de presentarla ahora?

—No tengo ni idea, ni creo que haya nadie que sepa lo que puede pasar después. Siguiendo las instrucciones de Basilio, ésa sería una buena forma de escarbar, de revolucionar el gallinero de la comunidad. Quizá de ahí surja un buen hilo a seguir.

—Quizá, otra vez la palabra mágica para no decir nada... —Mari hablaba en tono decepcionado—. Pero soy yo la que tengo que dar el paso y montar todo el lío sin saber lo que va a pasar después. Quizá nada...

—Te veo muy pesimista Mari. Si no meneas el árbol, no caen los frutos, eso es seguro; no obstante, no debes descartar que los que te caigan no te gusten, claro. Por cierto, hablando de descartes. No sé si puedo hacerte una pregunta.

—Claro, a ver si me iluminas.

—¿Tú has incluido en esa lista a los propietarios del perro?

—Pues... Sí; al principio lo consideré, pero luego lo descarté. No se me ocurre ningún motivo para hacerlo, la verdad. ¿Qué razón podrían tener ellos para matar a su propio perro, al que querían y mimaban, para colgarlo luego a la vista y escarnio público?

—Vaya, pues a mí se me ocurren unas cuantas. Razones me refiero.

—¿Sí? Dame una.

El pesimismo había desaparecido de la cara de Mariana y su lugar había sido ocupado por la curiosidad.

—Hasta donde yo sé, esa pareja nunca se han llevado bien; y con la hija han tenido muchos problemas. Tienen un hijo también, ¿no?

—Sí, pero el hijo no vive en casa desde hace tiempo.

—¿Y la hija?, ¿vive con ellos?

—Sí, ella vive allí.

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé con exactitud, tendrá unos veintiséis o veintisiete años.

—Pues, cuando cumplió los dieciocho, se marchó de casa porque no soportaba al padre y la encontraron seis meses después viviendo con un “mantero” en Cádiz. Su padre fue a buscarla y vivía en la más absoluta indigencia con una pandilla de negros que la habían acogido y que la explotaban sexualmente. —Mariana lo miró con expresión incrédula.

—No lo sabía. Bueno, había visto una denuncia por desaparición pero no sabía lo que había pasado en realidad.

—Eso pasó hace tiempo y no sé si ella finalmente se recuperó. La niña puede que culpe al padre de sus desgracias.

—Pues ahora que lo dices, la niña es muy callada, un poco rara, sí. No sé si siniestra sería la palabra apropiada. Andrea dice que le da repelús.

—¿Puede ser ése un motivo para matar al perro que mimaba y ama su padre, más, incluso, que a su propia hija?

—Y para colgarlo delante de sus propias narices... mientras disfruta de ello mirando por la ventana.

—Pero es que aún hay más.

—¡«Coño», Sergio!, eres una caja de sorpresas. —Con una sonrisa en los labios, Sergio continuó.

—A raíz de aquello, la pareja estuvo a punto de divorciarse.

El silencio se hizo en la habitación. Sergio esperaba la respuesta de Mari

mientras ésta meditaba en lo estúpida que había sido. No se le había ocurrido pensar que hubiera problemas en la pareja.

—No sé qué decir. No voy a preguntarte cómo sabes todo eso, pero... — Sergio no la dejó acabar.

—Ningún secreto. Los pasillos de los juzgados dan para mucho. A veces, tardamos horas en entrar en un juicio y charlamos. Allí nos juntamos abogados, procuradores, clientes, etc., y a este tipo lo conoce todo el mundo, aunque casi nadie habla bien de él; así es que, aparece por el pasillo meneando la cartera y ya ésta el tema de conversación servido.

—Entiendo. Vamos, que mejor había ido al juzgado a preguntar, en vez de a mi comunidad.

—No exageres, pero hubiera sido un buen sitio.

Sergio lanzó una carcajada. Luego, hizo una pausa para dar un poco de emoción al relato. Mari esperaba ansiosa. Él continuó.

—Aún hay una tercera razón.

—¿Otra? Cuenta, cuenta.

—Una para la niña, otra para la mujer y una tercera para él. Así equilibramos el puzle y cerramos el círculo. Ya sabes que él lleva mucho tiempo tratando de echar a Piedad de ahí. ¿Por qué no puede ser que haya provocado el incidente con el objeto de conseguir su descrédito y causarle el mayor daño posible? De hecho, es lo que está haciendo.

—Sí, esta es la teoría de la administradora. Está viciada por el interés propio y la enemistad manifiesta con el propietario de la víctima. Siempre he querido evitar el peloteo de acusaciones entre los dos.

—Pero a las acusaciones de él sí las has dado crédito incluyendo a Piedad como sospechosa.

—No tenía ningún motivo para descartarla. Si embargo, lo que me ha llevado a descartar cualquier implicación de los de dentro de la casa es no encontrar explicación al hecho de que luego hayan colgado al perro. Tu información...

Mari se interrumpió y se quedó pensativa. No entendía cómo no había sido capaz de considerar todas las posibilidades, cómo había llegado a descartar algunas sin darse cuenta de que lo estaba haciendo.

Se había dejado arrastrar por el aparente sufrimiento y victimismo de Aurora, por la intimidación vocinglera y las conspiraciones comunitarias del señor Alonso y por el silencio e invisibilidad de la niña.

Debió considerar que hubiera problemas entre los habitantes de aquella

casa, en todas las casas los había y, en algunas, muy gordos. Definitivamente, era una investigadora pésima. «¡Y el “cabrón” de Basilio observando a ver cómo me estrello!». «Ese gordo indecente, investigador de pacotilla, me va a oír», se dijo. Estos pensamientos dibujaron una sonrisa en los labios de Mari.

—¿Te ocurre algo? ¿Estás bien, Mari? —se interesó Sergio, solícito.

—No he estado tan bien en semanas, quizá en meses. Ya te contaré.

Y sin más se marchó despidiéndose con un simple, «¡Hasta luego!»

NUEVA INVESTIGACIÓN

CAPÍTULO VEINTICUATRO

BASTARON LOS DIECIOCHO escalones que separaban el despacho del abogado del portal del edificio para que la euforia desapareciera de la mente de Mari. «En realidad, ¿qué es lo que tengo? Nada. Tres nuevos sospechosos, pero nada contra ellos. Solo meras especulaciones. Es cierto que he sido una “burra” no incluyéndolos en la lista desde el principio, aunque ahora no sabría ni en qué lugar colocarlos. Sergio los colocaría los primeros, seguro, pero él es amigo de la administradora... ¡Pruebas, lo que necesito son pruebas!».

En el mismo momento en que Mari tocó el acero de la manilla de la puerta para abrirla, un cuenco de plástico color rojo apareció ante sus propios ojos. «¡El cuenco, Mari, el cuenco!».

«Pero, ¡si lo tengo en casa!».

Tiró de la puerta bruscamente y la empujó con fuerza contra el tope haciendo un fuerte ruido, aunque ella ni lo percibió porque salió disparada hacia la comisaría que estaba a unos doscientos metros. «Si incluimos a los habitantes de la casa, la inyección letal ya no es la única posibilidad» se dijo mientras caminaba deprisa sin que el cuenco desapareciera del lugar preferente que su cabeza le había asignado justo encima de sus dos pestañas.

Cuando estaba ya llegando a la barrera de entrada al patio interior, se paró en seco y comenzó a hurgar en su bolso. Allí estaban las llaves del «K». Cogió el coche y salió «a toda pastilla». El tiempo que estuvo esperando a que el policía abriera la barrera le pareció interminable. El corazón le iba a cien. Ahora empezaba a experimentar la emoción de la investigación, pero aquello era inhumano. Le entro el pánico. «¿Y si de allí no saco nada, volverá la frustración? ¡No, la frustración no!. No puedo volver a caer en ella», pensó a toda prisa.

Hurgó bajo el fregadero buscando su preciado tesoro, pero allí no estaba, «¡No puede ser!», gritó, «yo lo dejé aquí. Seguro que Francisco o alguno de los niños lo han tirado a la basura. ¡Mira que les he dicho que no me tiren nada sin mi permiso! ¡Mierda!»

Ya estaba buscando en el móvil el teléfono de su marido cuando se dio cuenta de que, con las prisas, no había mirado en el interior del caldero azul que había en el fondo, lleno de bolsas de plástico. Con rapidez, se puso de rodillas y sacó el cubo volteándolo para que cayera en el suelo todo su

contenido. ¡Allí estaba el cuenco que buscaba! Un fuerte resoplido alivió su tensión y relajó su mente, mientras lo metía en una de las bolsas y salía a toda prisa agarrándolo con su mano derecha como si fuera el tesoro más grande que nunca hubiera poseído.

Mari leyó varias veces el acta antes de firmarla. Sabía que aquel documento iba a preparar un revuelo en la comunidad, pero tenía que reconocer que estaba perfectamente confeccionada. Allí se encontraban detallados los asistentes, los votos, los porcentajes y hasta el voto nulo. Todo ello con sus sumas, restas y demás circunstancias de la reunión. Ahora, que unos y otros le metieran el diente, si podían.

—¿Todo bien, Mari? —le preguntó Piedad.

—Todo bien. Perfecto, diría yo —fue su respuesta con una radiante sonrisa en los labios.

—Pues firmala. Esta tarde la puede tener Isidoro en su buzón.

—No, no quiero que la notifiques aún.

—¿Y eso?. ¡Ah!, que quieres dar suspense al asunto...

—No, no pensaba en eso, aunque ahora que lo dices, no le vendrá mal un poco de emoción, ¡que se fastidien esos dos!

—Pues, en un par de días ya tengo aquí el correo del señor Alonso pidiendo el acta.

—Eso está bien, que escriba.

—Pero yo tengo que leerlo...

—Pues no lo leas, total, para lo que dice... —Las dos rieron a carcajadas, Mari continuó—. No me interesa que lo notifiques ahora. Quiero que esperes unos días. Ya te aviso yo.

—Como tú digas, pero no tardes porque a mí no me interesa dilatar esto. Los rumores de que estoy fuera de la comunidad no me benefician.

Mari se quedó pensativa: «Es cierto lo que dice».

—Un par de días será suficiente. Luego la envías —dijo Mari mientras firmaba el documento.

—Me parece bien.

—Lo que quiero es que me hables de lo que puede pasar si éstos la impugnan.

—No lo harán. Una cosa es vociferar y decir que te llevarán al juzgado y otra hacerlo. La gran diferencia radica en que lo primero es gratis y lo segundo no.

—Ya, entiendo. ¿Y si lo hicieran? Ten en cuenta que uno es abogado y está loco; el otro no lo está, pero me parece aún más peligroso —apuntó Mari.

—Si lo hicieran, estarían locos los dos, porque perderían el pleito. Ningún juez va a dar ese voto como válido y, aunque lo hiciera, la votación seguiría estando en su contra por el coeficiente. No te preocupes, los dos saben sumar y restar, y no van a arriesgar su dinero.

Mari no quiso decir nada del giro que habían tomado las investigaciones, pero con el cuenco esperando el informe de Científica, se sentía invencible y se resistía a montar un revuelo de órdago en la comunidad. Por otro lado, era hora de poner en su sitio a algunos vecinos que se habían extralimitado en sus funciones y el acta le venía como anillo al dedo. Decidió mantener la orden de su publicación en el plazo de dos días.

Jose estaba vestido con su mejor bata blanca y, al verla entrar, comenzó a hablar como si tuviera prisa.

—Los resultados son positivos. En ese cuenco ha habido un producto que se llama bromadiolona, es un componente muy utilizado en los raticidas comunes. En dosis adecuadas es letal. El cuenco ha sido lavado con lejía pero, al ser de plástico, conserva ciertas sustancias.

—¿Cuánto tarda en actuar esa broma... como se llame?

—Depende de la masa del sujeto. En los ratones, lo comen, se van correteando y a los diez metros, quizá menos, empiezan a tambalearse y luego se caen. En este perro, puede que tres cuatro minutos. Justo el tiempo de terminar la cena servida en el cuenco y salir de casa. Seguro que en el ascensor ya se había tumbado. Luego, su dueño o dueña, lo cogió en brazos y a la calle.

—Todo cuadra con lo que vimos cuando analizamos el cuerpo del perro en el momento de descolgarlo del árbol.

—Así es —afirmó Jose.

—Harás un informe detallando de todo, ¿no?

—Claro, ahora te doy un borrador con la sustancia encontrada, pero para hacer el informe definitivo tienes que decirme de dónde ha salido el cuenco y cómo lo has conseguido. Es imprescindible por lo de la cadena de custodia y todo eso.

—No te preocupes, lo tendrás. Dame un par de días.

Había pasado una semana desde que dejara el cuenco en Científica para su

análisis; sin duda, la semana más larga de su vida.

En ese tiempo, se había preguntado, varias veces, por el motivo que le había impulsado a conservar aquel trozo de plástico. «Para tirarlo siempre hay tiempo», era la frase que acudía con frecuencia a su mente.

Hacía ya un par de días que Basilio había vuelto de sus vacaciones, como ella había anticipado, visiblemente más gordo.

Consciente de que el cuenco podía dinamitar la marcha del caso, Mari utilizó todas las disculpas habidas y por haber con el fin de evitar cualquier contacto con su amigo y coinvestigador, y con los demás compañeros de Delincuencia Urbana.

Si todo salía como esperaba, aguardaría hasta tener los resultados de Científica y, entonces, les daría a todos una sorpresa de órdago.

Era su pequeña venganza; así es que, con el borrador que Jose le había entregado, se plantó ante la mesa de su amigo.

—Vaya, la desaparecida —saludó éste.

—Ya tomamos café esta mañana —precisó Carlos.

—Pensamos que estabas de vacaciones —continuó el primero.

—¿De vacaciones yo? ¿Y dejar lo del perro en vuestras manos? ¡Estáis locos!

Mari desbordaba seguridad y arrogancia. Los otros la miraron desconcertados. Carlos quiso hacer una broma.

—No sé, igual habías huido. Con Román por un lado y el comisario por el otro... yo lo hubiera hecho. —Y soltó una carcajada.

—¿Huir yo? Eso solo lo hacen las ratas —dijo Mari sonriendo y señalando con los papeles que llevaba en la mano hacia Basilio.

Éste la miró de reojo y, sin hacerle mucho caso, volvió la vista hacia unos listados de llamadas telefónicas. «Si ha aparecido, es porque quiere algo. Esperemos a ver lo que es», pensó.

—Echa un vistazo a esto —continuó ella.

—¿De qué se trata? —pregunto Basilio parsimonioso, levantando la vista de sus papeles como si se tratara de los más interesantes del mundo.

—Pues ¿qué va a ser?, la vieja relación de sospechosos.

—Ya lo he visto, pero está tachada.

—Porque ya no son sospechosos.

—¡Ah! ¿Hemos cerrado el caso?

Basilio la desesperaba, pero trató de que no se le notara.

—Aún no.

—¿Ya no tenemos sospechosos?

—Claro que los tenemos. Mira, éstos son los nuevos.

Mari puso sobre la mesa un nuevo listado con tres nombres en mayúsculas. Basilio los leyó lentamente, la miró y los volvió a leer.

—¿Me he perdido algo? —preguntó sin alterarse lo más mínimo.

—Sí, esto.

Ahora, Mari le puso sobre la mesa el borrador de científica.

Basilio se tomó su tiempo. Ella se echó hacia atrás en la silla en la que estaba sentada y esperó. Había preparado aquel numerito para ver cuál era la reacción de su amigo, así es que esperaría con paciencia y disfrutaría observándolo.

—Un cuenco y bromadiolona —fue lo único que dijo Basilio reposando su inmensa espalda en el respaldo de su sillón—. ¿Qué es la bromadiolona? ¿De dónde demonios ha salido ese cuenco? Y, lo más importante, ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

—La bromadiolona es un anticoagulante, un componente de los raticidas habituales. Es muy potente y fulmina a las ratas en un instante.

—¿Un raticida? Ya entiendo. Y el cuenco... —dijo Basilio dejando la frase a medio acabar.

En ese momento, Mari se percató de que la mano de Carlos, con sigilo, se apoderaba de los papeles que había dejado sobre la mesa y los leía incrédulo.

—Lo del cuenco es una larga historia —continuó—, digamos que ha estado en mi cabeza y yo no lo había detectado —concluyó Mari riéndose.

—Dirás mejor en tu chistera, ¿no? —puntualizó Basilio.

—Eso quise decir.

—Ya me contarás lo del cuenco; de momento, parece que vamos a solventar el caso.

—¿Vamos? ¡Querrás decir voy! —Le dijo Mari con sorna.

—No, no. Quise decir vamos. Ahora es cuando empieza lo bueno y no estoy dispuesto a perdérmelo.

—Ya, pero si no aparece el cuenco, me hubieras dejado sola a los pies de Román y del comisario, seguro.

—Mujer, ¡cómo eres! Si no hubiera aparecido el cuenco, algo habríamos hecho —contestó él con total parsimonia y naturalidad—. Ya te dije, que en esto de la investigación, las cosas surgen cuando surgen, no cuando uno quiere que surjan. Ves, ahora es el momento.

—No sé cómo tienes tanta “pachorra”, Basilio.

—«Pachorra» no, Mari. Experiencia, que no es lo mismo. Y ahora vamos a tomar un café y me explicas lo del cuenco.

Los dos salieron de la sala del grupo y, mientras caminaban por el pasillo, Mari le iba dando toda clase de explicaciones de cómo había llegado hasta aquel listado. Estaba entusiasmada, eufórica, feliz. Evidentemente, aquélla era una sensación nueva para ella. Percibía que la madeja, ayer prieta y enredada, hoy se había suavizado y comenzaba a desenredarse. Y solo con un “clic”. Solo por haber pulsado una tecla; solo por haber enfocado la mirada hacia el lugar indicado.

Basilio no decía nada, solo escuchaba. Aquél era su momento y le traía grandes recuerdos. Él también había tenido su primer caso importante, luego vinieron otros, pero aún sentía esa sensación inexplicable cuando comprendía que había cogido el camino bueno, cuando sentía que el bien volvía a triunfar sobre el mal, cuando veía al delincuente acorralado.

Ese era el momento más peligroso porque había que rematar la faena; para eso estaba Basilio.

—Oye, Mari. Vamos a tener que tomar declaración a esos tres pájaros — le dijo en cuanto ella hubo terminado.

—Será un placer.

—Estas declaraciones tenemos que prepararlas con mucho cuidado. Ahora son investigados y estarán asistidos de abogado. Quiero hablar con ellos antes de la declaración. Alguno de los tres no tiene nada que ver en esto y es mejor limpiar la paja antes de acusarlos

—Yo me encargo de citarlos.

—Tenemos que conseguir que vengan los tres a comisaría de buen rollo, pillarlos desprevenidos, con la guardia baja, luego los metemos a cada uno en una sala y les apretamos las tuercas, a ver qué dicen. A ti te corresponde hacer que vengan desprevenidos. Invéntate algo. Cualquier cosa sirve. Eres la presidenta de la comunidad, pon un poco de imaginación y será suficiente. Mañana por la mañana será un buen día.

—¿Tú crees que van a «cantar»?

—Seguro, éstos no son delincuentes profesionales y nunca se han visto en otra igual. Se vienen abajo en cinco minutos. Tú déjame a mí. Ya te dije que ahora empieza lo bueno.

Mari se había olvidado ya de que tenía una cuenta pendiente con Científica, pero Basilio conocía a la perfección el procedimiento.

—Jose nos reclama que le digamos cómo nos hicimos con el cuenco. Este extremos es muy importante, porque es la prueba capital del caso, si nos la anulan, nos hemos quedado sin caso.

—Tú ya sabes cómo fue.

—Si contamos esa película en las diligencias, cualquier abogado de medio pelo nos la echará abajo y, con ello, todo nuestro trabajo.

—Eso no puede suceder —dijo Mari.

—En estos casos, lo que hacemos es tunear un poco la historia.

—¿Tunearla?

—Sí, verás. Diremos todo tal cual sucedió hasta que ella llegó a la calle y os separasteis. En ese momento viste cómo, al meter la bolsa de basura en el contenedor, el cuenco se cayó al suelo. Tú lo observaste todo a no más de diez metros de distancia. Cuando ella marchó, te acercaste, lo cogiste y viniste a comisaría para guardarlo bajo siete llaves en ese armario; donde estuvo hasta que lo llevaste a Científica y se lo entregaste a Jose.

—Ahora que lo dices, creo que fue exactamente así como ocurrió.

—Una cosa más: cuando bajabais en el ascensor, tú la preguntaste por el cuenco y ella te confirmó que era en el que comía el perro muerto.

—Claro, y así fue, Francisco es testigo.

—No se te olvide contarle a tu marido la versión oficial, no sea que se le ocurra largar en cualquier sitio que sucedió de otra manera.

—Descuida, lo haré. Es un poco complicado todo esto, ¿no?

—Lo es —dijo Basilio—. Piensa que las pruebas son la base de nuestro trabajo. Sin pruebas no tiene importancia todo lo demás. De nada sirve hacer unas diligencias muy bonitas, detener a mucha gente, hacer largas esperas, seguimientos, escuchas, etc., porque si no conseguimos materializar todo eso en pruebas sólidas, nuestro trabajo y nuestro tiempo no habrá servido para nada. El juez no podrá condenar al delincuente, éste volverá a la calle y nosotros tendremos que empezar de nuevo. No lo olvides, las pruebas son lo único que permite meter al delincuente en la cárcel y nosotros trabajamos para conseguirlas.

—Pero eso de tunear, me parece a mí que...

—¿Qué te crees, qué el juez no tunea sus sentencias? Pues claro que las tunea, y miente si es necesario para que sean sólidas y no se las tumben en la Audiencia.

—Nunca lo había visto desde ese punto de vista.

—Es normal porque en violencia de género, las cosas funcionan al revés.

El policía no tiene que buscar pruebas. El hombre es culpable desde el mismo momento en que la mujer pone el pie en la comisaría. Al policía lo han convertido en un mero secretario que escribe, informa, organiza un juicio, cita...; en fin, cuida de que el protocolo se cumpla en toda su magnitud. Tú estás acostumbrada a ese sistema y no piensas en las pruebas ni en su importancia porque no las necesitas.

—Tendré que cambiar de sitio, parece ser —dijo Mari y los dos rieron.

CAPÍTULO VEINTICINCO

MARI NO SE complicó la vida. Lo estuvo pensado y tomó el camino más recto. No tenía el *WhatsApp* de ninguno de ellos, así es que le pidió a la administradora el correo del señor Alonso y le redactó uno con membrete oficial: «Ha habido novedades en el caso del perro. Por favor, pasaos por la comisaría mañana a primera hora porque quiero hablar con vosotros. Si es posible, que venga vuestra hija. Es urgente que hablemos porque me voy de vacaciones y no quiero dejar esto un mes pendiente».

No falló. A la mañana siguiente, al llegar a la comisaría, ya estaban los tres esperándola.

Basilio distribuyó el trabajo con rapidez.

—Los tres son investigados. Deben saber que, en función de su nivel de colaboración, acabarán en el calabozo o se librarán de él. Yo me quedo con el abogaducho. Tú, Mari, coges a la mujer. Luis, tú a la chica. Te la llevas al despacho de Mari, le pides el DNI y no haces nada más. Cuando digo nada más es, nada. No quiero ni que hables con ella. Si se dirige a ti, le das una evasiva y mantienes el silencio. Quiero que se ponga nerviosa, ansiosa; que la espera la saque de sus casillas si puede ser, ¿me has entendido?

—Claro, ya lo hemos hecho otras veces.

—Mari, sé muy cariñosa con su mujer, cómplice si es posible. El objetivo es: primero que reconozca el cuenco como el suyo, y segundo que largue quién fue el que envenenó al perro. No me sirve que diga que ella no fue.

—Entiendo.

—Dile, suavemente, que se puede pasar la noche en el «trullo». Ella nunca ha estado ahí abajo, así es que explícale cómo es el lugar y de cuánto tiempo dispondría para pensar. Eso suele ablandar a la gente y ayuda a que se decidan a colaborar.

Mari asintió con la cabeza y todos se fueron a su cometido. El señor Alonso fue conducido a la sala de interrogatorios en la que solo había una mesa y dos silla. Basilio había previsto utilizar aquella sala porque sabía perfectamente la impresión que causaría en su interlocutor.

Después de cinco minutos esperando, que al señor Alonso le parecieron

media hora, entró Basilio con una bolsa de plástico y fue a sentarse en la silla que había al otro lado de la mesa, justo enfrente de él.

Basilio lo observó fijamente. Ya no era el abogado vocinglero que viera la última vez amenazando con hacer efectivos todos los derechos fundamentales del mudo; ahora parecía un hombrecillo minúsculo escondido detrás de un enorme bigote.

Muy despacio, saco el cuenco de la bolsa y lo posó con suavidad sobre la mesa.

—¿Conoce ese cuenco, señor Alonso? —le preguntó sin preámbulos.

—Sí, parece... —El señor Alonso acercó su mano temeroso como queriendo tocarlo—, ¿puedo? —dijo con voz trémula.

—Claro, cójalo y examínelo.

Obediente, lo cogió y lo observó detenidamente, luego lo posó en el mismo lugar del que lo había cogido.

—No hay duda, es el cuenco de Poli. Mire, ahí tiene una muesca que le hizo con los dientes jugando —dijo.

—¿Sabe usted lo que es la bromadiolona?

—¿La qué? —Preguntó muy sorprendido y acercándose a la mesa.

—Bromadiolona —repitió Basilio muy despacio y remarcando las sílabas.

—No señor, no sé lo que es eso. Por el nombre, supongo que un componente químico.

—Así es, un componente químico —repitió Basilio—. Un veneno muy poderoso que contienen los raticidas. ¿Le suena ahora de algo?

—¿El qué?, ¿el raticida? Claro, ¿quién no ha oído hablar de los raticidas?

El señor Alonso había ido ganando confianza y aquél era el momento, así es que, Basilio se levantó de golpe dando una fuerte palmada con su enorme mano sobre la mesa, y tiró su silla al suelo haciendo que fue a parar contra la pared del fondo, y armando con todo ello un fuerte estruendo.

—¿Me estás tomando el pelo, ¡abogado de “mierda”!? ¿Quién no ha oído hablar de los raticidas? —gritó en tono burlón dando la vuelta alrededor del hombrecillo que lo miraba como si se lo fuera a comer—; Te estoy diciendo que me expliques lo que hace ese raticida letal en el cuenco del perro!

—Yo, yo... no tengo ni idea.

—Entonces, ¿quién tiene que tenerla, yo? —le susurró Basilio con la cara tan pegada a la de su interlocutor que con la nariz rozaba su mejilla.

—No, no, no quise decir eso, yo... —Al señor Alonso le temblaba la voz y ya no sabía cómo comportarse.

—¿Quién daba de comer al perro? —continuó Basilio en la misma posición y tono.

—Mi mujer o yo; normalmente yo, porque era el que lo sacaba a pasear.

—¿La niña, no?

—La niña nunca le daba de comer, ella no quería saber nada del perro.

—¿A qué hora comía?

—Le dábamos de comer una vez al día. Por la noche, antes del paseo. Así nos lo había dicho el veterinario —tartamudeó el señor Alonso que en aquella postura, con el policía hablándole a su oreja, se encontraba muy incómodo.

—¿Quién le dio de comer la noche antes de aparecer colgado?

—Ese día lo sacó ella de paseo porque yo llegué tarde a casa. Ella fue la que le dio de comer.

—Espero que no me hayas mentido porque igual tengo que retorcerte el pescuezo.

—No señor policía. No le he mentido, se lo juro.

—¿Vas a declarar esto cuando venga el abogado?

—Bueno, yo... primero tendré que hablar con él —dijo inseguro. Basilio se había incorporado y caminaba despacio hacia el lugar donde había ido a parar su silla para recogerla y recuperar de nuevo su posición inicial.

—Te voy a advertir una cosa...

Basilio apoyó los dos codos en la mesa inclinándosela hacia adelante y le hizo una seña al señor Alonso para que se acercara a la mesa, como si le fuera a hacer una confidencia; luego, le habló despacio pero de forma contundente

—Si declaras lo que me has dicho ahora, te podrás ir a tu casa a dormir esta noche, pero si no lo haces así, dormirás ahí abajo en unos calabozos que tenemos especiales para chorizos como tú, y mañana irás al juzgado en un furgón con las esposas puestas en tus dos muñecas. ¿Lo has entendido bien, señor Alonso? Pues ahora te voy a dejar solo para que lo pienses.

—Yo..., yo no soy un «chorizo» —protestó el señor Alonso en un susurro. Basilio dejó transcurrir un breve silencio y apuntilló con sorna a su interlocutor.

—No te preocupes, para los que no sois «chorizos» tenemos una suite preferente. En ella, el olor es especialmente hediondo y las mantas no pasan

las desinfecciones periódicas habituales. Los huéspedes de esa habitación son unos privilegiados y duermen sin colchoneta. El menú es cien por cien vegetariano. Supongo que veinticuatro horas en esa suite dan para pensar lo que, en tu casa, te llevaría un mes.

Basilio salió del cuarto sabiendo a ciencia cierta que aquel hombre no iba a elegir pasarse la noche en los calabozos de la comisaría.

La declaración de Aurora fue mucho más sutil. Evidentemente reconoció el cuenco sin ningún género de duda y lloró como una magdalena antes de comenzar a declarar. El numerito del llanto duró más de diez minutos y Mari asumió su papel de psicóloga. Mientras esperaba a que las nubes del llanto se disiparan en la cabeza de Aurora, la imagen de Campillo mientras declaraba vino a su mente.

Aquella frase que apenas había susurrado y que ella captó que se iniciaba con un «Si» y terminaba por un «ya», comenzó a dar vueltas en su cabeza como una peonza. «Si...ya». ¡Que estúpida había sido!, aquel «ya» no era en realidad tal cosa sino «lla», «lla» de «ella». En realidad, lo que Campillo había dicho no era otra cosa que «Si fuera ella...». «Si fuera ella la sospechosa de haber matado a su perro, os podría creer, pero él no, él imposible». ¡Esto es lo que el hombrecillo había querido decir!, aunque solo lo susurró a medias.

—¿Te encuentras mejor, Aurora?

—¿Cómo ha podido hacerme esto?

—¿A quién te refieres?

—A José Luis, ¿a quién me voy a referir?

—¿Qué es lo que te ha hecho?, explícate.

—Meterme en todo este lío.

Ella volvió otra vez a refugiarse en el llanto. Ahora, Mari sabía a ciencia cierta que actuaba.

—Mira Aurora. Si sigues así, voy a llamar al 112 para que te administren un calmante. Tú eliges.

Su actitud cambió radicalmente. Ella fue al grano. Aquello ya la estaba cansando demasiado, así es que le informó sobre el raticida que habían encontrado en el cuenco y le preguntó directamente:

—¿Quién dio de cenar al perro esa noche?

—Fue José Luis. Él le dio de cenar y lo sacó de paseo, como hacía siempre. Luego vino tarde y yo ya estaba acostada.

—Eso no es lo que nos has contado antes.

—Pero es lo que ocurrió. Te lo juro. Por la mañana cuando apareció allí colgado me dijo lo que debía decir.

—Osea, que fue él quien le administró el veneno.

—No sé lo que le puso en la cena. Él fue el que se la dio.

—¿A qué hora ocurrió todo eso?

—¿A qué hora? —Aurora dudó y, luego, continuó—. Ya habíamos cenado. Sería por lo menos las once y media o más.

Mari sabía que le estaba mintiendo. Había mentido desde el principio, primero con la mujer que había visto en el parque, ahora resultaba que ni siquiera estuvo en el parque.

—Sabes que me has mentido. Llevas todo este tiempo mintiéndome. ¿Por qué iba a creerte ahora?

—Porque es la verdad.

—Con tus mentiras has hecho daño a otras personas y no te importaba, ¿ahora pretendes que te crea?

—Pero yo no sabía que eran mentiras. Él me dijo...

—¡Basta! Eres despreciable. De sobra sabías que nunca estuviste en ese parque aquella noche. Y luego esa sarta de mentiras de una mujer y unos perros... ¿Aún eres capaz de decirme que tú no sabías que mentías y que acusabas a otra persona a sabiendas de que no era culpable?

—Yo...

—Eso es un delito, ¿sabes?, un delito.

La justificación a sus mentiras siempre era una orden de su marido. Sin duda, escondida tras aquel servilismo victimista se escondía una auténtica delincuente.

—¿Que te ha dicho? —preguntó Basilio.

—Dice que ella no ha sido, que fue su marido. Su marido dio de comer al perro y lo sacó de paseo.

—¡La madre que la parió!, pero si tiene declarado que lo sacó ella y todo lo demás —exclamó mientras resoplaba.

—No obstante, ahora dice lo contrario y lo justifica con que él le dijo que tenía que decir eso. Pero miente. Lo sé a ciencia cierta. Siempre ha mentido. Es una mentirosa patológica.

—Bueno, ahora vas donde la chica, y charlas un poco con ella. Nos interesa saber a la hora que volvió su padre a casa y quién dio de cenar al

perro, quién lo sacó de paseo, etc.

—Fue ella. ¿Recuerdas la frase de Campillo que ninguno entendimos?

—Sí, la que no quiso repetir.

—Lo que dijo fue: «Si fuera ella...». —Basilio se pasó la mano por la frente tratando de pensar.

—Hay que cuadrar esto. A ver lo que te dice la chica. Trátala con mucho cariño y si te cuenta lo que sospechamos que ha pasado, tómale declaración como testigo. A ella no la vamos a acusar de nada y su testifical nos servirá para atrapar a la madre.

—En último caso, siempre podemos volver a hablar con Campillo. Tenías razón cuando dijiste que no nos lo había contado todo.

—No será necesario —aventuró Basilio con una leve sonrisa en sus labios.

Y no lo fue, porque la hija confirmó la versión de su padre. Las dos mujeres cenaron solas y, luego su madre dio la comida al perro y se lo llevó de paseo. Aurora no tenía escapatoria.

EPÍLOGO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

MARI NO SABÍA qué hacer con el tema de los aspersores. Lo había comentado con Basilio y éste le había dicho que, salvo que fuera una cantidad importante de dinero, no tenía demasiado interés. El tipo iba bien servido con dos delitos de coacciones y otro de simulación de delito; todo ello aderezado con la alarma social que podía agravar la situación. Si a esa “fiesta” se unía la administradora con una demanda civil, tenía asegurada su presencia en los juzgados durante varios años.

—¿Tú qué me aconsejas, Piedad?

Mari quería conocer la opinión de la administradora, ya que se trataba de un dinero comunitario y desconfiaba de la reacción de los vecinos.

—En principio, estoy de acuerdo con tu compañero Basilio, aunque...

—¿Dejamos, entonces, el dinero de los aspersores a repartir entre todos?
—la interrumpió la presidenta.

—No hay por qué. Sabemos quién causó el daño. El coste de esos tres aspersores se lo asignamos a él y que los pague.

—También puede servir de ejemplo para otros vecinos que puedan sufrir malos pensamientos en el futuro.

—Claro, cuando pagamos todos no valoramos las cosas como cuando las pagas tú solo.

—¿Y qué hacemos con el resto de aspersores?

—Ahora sabemos que ha sido él el causante de esos daños desde hace tiempo, pero no sé si ante un juez sería suficiente para reclamárselos todos.

—Entiendo.

—La factura que me ha hecho el jardinero es por cuatrocientos cinco euros, suficiente para denunciarlo por delito. Si fuéramos a pedirle los gastos anteriores a esta última reparación, recomendaría poner la denuncia y que se incluya, al menos, los últimos cinco años. Ya puestos..., que el juez decida. ¿No te parece?.

—Totalmente —convino Mariana—. Yo no soy partidaria de dejar pasar este asunto. Le ha dado muchos quebraderos de cabeza a la comunidad.

—Por supuesto; no obstante, esta decisión no deberíamos tomarla ni tú ni yo. Es conveniente someterla a la junta en una reunión donde les informes de

todo lo ocurrido y que ellos tomen el acuerdo pertinente. Tendría más credibilidad ante el juez.

—Estoy de acuerdo. Avisa a Sergio para que vaya, ya lo hablé con él.

—Es una buena idea.

—Prepara la convocatoria para dentro de quince días, pero comunícala pronto, así daremos tiempo a las especulaciones.

Mariana rio abiertamente. Pasados los malos momentos, estaba disfrutando de su triunfo. La breve pausa en la conversación le dio tiempo suficiente para reflexionar: «Los vecinos van a querer sangre, y mucho más si yo los animo». «Les diré que “la espera” de aquel día la hizo uno de los compañeros del grupo de Delincuencia Urbana. Luis o Carlos estarán dispuestos, seguro. Lo hablaré con ellos mañana y lo “tunearemos”, como dice Basilio. Diremos que yo le pedí un favor y él lo hizo durante una semana, hasta que cayó. No, una semana es poco, mejor dos. Si están de acuerdo, se lo comentaré a la administradora para que sepa lo que debe decir y no “meta la pata”».

—Debería poner unos carteles informativos.

La sugerencia de Piedad la trajo a la realidad.

—¿Unos carteles, dices? ¿Para qué?

—Está bien que los vecinos especulen, pero no quiero que lo hagan conmigo.

—Olvídate. Cuando el rumor comience a circular correrá como la pólvora. Nadie leerá tus carteles, créeme.

—Puede...

La administradora dudó un instante, luego las dos rieron.

—Por cierto —continuó Mari—, ¿tú que piensas hacer?

—¿Hacer? ¿Con qué? —preguntó Piedad fingiendo no comprender de lo que le hablaba.

—Con la demanda al señor Alonso.

—Seguir adelante. El mes de agosto que me ha hecho pasar no se lo voy a perdonar en la vida, eso lo tengo muy claro.

—Me parece bien. De ésta, va a tener que afeitarse el bigote —dijo la presidenta.

—¿Y eso? —Piedad puso cara de extrañeza sin “pillar” la broma.

—Sí, para pasar desapercibido.

Las dos mujeres rieron con ganas, el vendaval había pasado y ellas sobrevivían.

Tan solo habían transcurrido unos días desde la puesta a disposición judicial de los dos acusado, cuando volvió a coincidir con Aurora en el portal. Mari se interesó por ella.

—¿Cómo estás, Aurora?

—Bien —dijo ella tímidamente y tratando de escabullirse, pero la presidenta no estaba dispuesta a desaprovechar la oportunidad.

—Siento mucho lo del otro día, créeme.

—Bueno, ya pasó. Ahora, lo peor es la vergüenza con los vecinos.

—No te lo tomes así. Todos podemos cometer errores y tenemos derecho a rectificar.

—Por otro lado, este lío ha resultado positivo para mí.

—Claro, mujer. Ésa es la actitud. —Mari trató de animarla.

—Por fin he dado el paso, al que nunca me atreví, y me he separado. Ahora él se ha ido y mi hija y yo nos hemos quedado solas. Por fin hemos conseguido liberarnos las dos de ese yugo agobiante que no nos dejaba vivir.

—Pues me alegro. Espero que tengas suerte en el juzgado.

—Mi abogado me ha animado mucho, porque el delito de maltrato animal tiene una pena pequeña y el otro, el de simulación o algo así, no me va a afectar ya que no llegué a firmar la denuncia.

—¡Ah!, ¿no la firmaste?

—No, el chico que nos la recogió nos dijo que firmáramos y él se levantó rápidamente y firmó, pero empezó a hablar y el policía retiró los papeles sin darse cuenta de que yo no había firmado.

Mari sonrió mientras pensaba en el joven e inexperto policía que solo quería que terminara aquella pesadilla. Luego, analizó el panorama que se abría ante de la comunidad. La separación solucionaba muchas cuestiones pendientes y muchos conflictos internos que el señor Alonso se llevaba consigo en su maleta; el mismo lugar donde viajaría su querido y coloreado reglamento de régimen interno. Por fin, sería una comunidad normal.

¡MUCHAS GRACIAS POR haber leído mi novela!

Ojalá hayas disfrutado tanto de su lectura como yo lo hice escribiéndola.

En mi blog podrás encontrar artículos informativos y de opinión, así como otros relatos gratuitos. Visita «www.afmoya.com»

Si te ha gustado «El Administrador de Fincas, bajo sospecha», te animo a que lo recomiendes entre aquellos de tu círculo que creas que les va a gustar. Difúndelo sin problemas. Tienes mi autorización.

Si, además, me dejas un comentario en el blog, te suscribes a él, me mandas un correo (amador@afmoya.com) o visitas mi página de Facebook «<https://www.facebook.com/intrigaymisterio/>», dejando un comentario, te lo agradeceré mucho. Sentir tu apoyo es mi energía.

Piensa que todas las opiniones positivas ayudarán mucho a difundir mi obra y, ésta es el trabajo de muchos meses. Ahora, tú como lector te has convertido en mi juez y dependo enteramente de ti.

¡Sé generoso!

MI PRÓXIMA OBRA

Como un pequeño extra, te dejo el comienzo de **mi próxima novela**. Piensa que solo es el inicio y que no te puedo adelantar nada más porque, aunque ya está casi terminada, aún le queda mucho camino por delante hasta su publicación. ¡Espero que te guste!

«Una mano recorre las desprotegidas mesas donde desarrolla su actividad el grupo de Policía Judicial. Sus dedos acarician con suavidad el canto superior plastificado del tablero, deteniéndose de tanto en tanto para observar los objetos que reposan sobre su superficie y escrutando con ojos penetrantes cada uno de sus rincones.

La noche cae sobre la comisaría de SAR, pero las luces de la calle que penetran a través de los inmensos ventanales son suficientes para seleccionar con total precisión los objetos que le interesan. Con un leve movimiento, y sin perder el contacto con la superficie gris, rodea la mesa llegando a posarse sobre el frío agarradero del cajón y tirando suavemente de él. Escudriña su interior y los rincones donde intuye que puede haber algo volviendo a dejar cada cosa en su sitio.

Sabe lo que ha venido a buscar, por eso, cuando lo encuentra, lo guarda y continúa.

Siempre hay alguna mesa que no requiere su atención, nada más ver su aspecto sabe que no encontrará nada en ella.

«Mira que son descuidados estos chicos», piensa, «no recogen nada. Cuando las cosas son compartidas es aún peor porque parece que no son de ninguno de los que las usan. Ya lo dice el refrán: “unos por otros y la casa sin barrer”».

Unas ráfagas de luz azul que penetran desde la calle le hace refugiarse instintivamente tras uno de los armarios para continuar una vez pasado el peligro. Era un coche de policía que acudía a un servicio urgente.

Todos sus sentidos se encuentran alerta; sobre todo, el del oído que le puede avisar de la llegada de cualquier intruso.

La posibilidad de que alguien descubra su presencia en aquel lugar, le aterra. Sabe que la oscuridad le sirve de amparo, pero también que su

descubrimiento sería su condena...

Si te ha gustado, suscríbete a mi página «www.afmoya.com» y recibirás las comunicaciones de su publicación.

SOBRE EL AUTOR

Hola, me llamo **Amador Fernández Moya** y soy escritor. Bueno, en realidad no es tan fácil. He hecho muchas cosas, he desempeñado profesiones apasionantes. En la actualidad soy **administrador de fincas** y también he sido abogado, policía... ¡Qué generosa es la vida que nos permite disfrutar de tantas experiencias!

Escribir es mi verdadera pasión. Llevo toda mi vida escribiendo y cada día aprendo algo nuevo.

Aprender. ¡Qué palabra tan profunda! Una sola palabra que resume toda una vida: pasado, presente y futuro.

¿Te gustan los relatos de misterio? ¿La intriga y el suspenso es lo tuyo? Estás en el lugar adecuado.

Mira a tu alrededor y concéntrate. Complicadas tramas te rodean sin que te des cuenta. Detrás de esos muros y de esas ventanas hay mundos increíbles. Utiliza la imaginación.

El mundo del crimen y el comportamiento del delincuente pueden resultar muy atractivos cuando penetras en su interior; pero, ¿quién es el delincuente?

Amador Moya